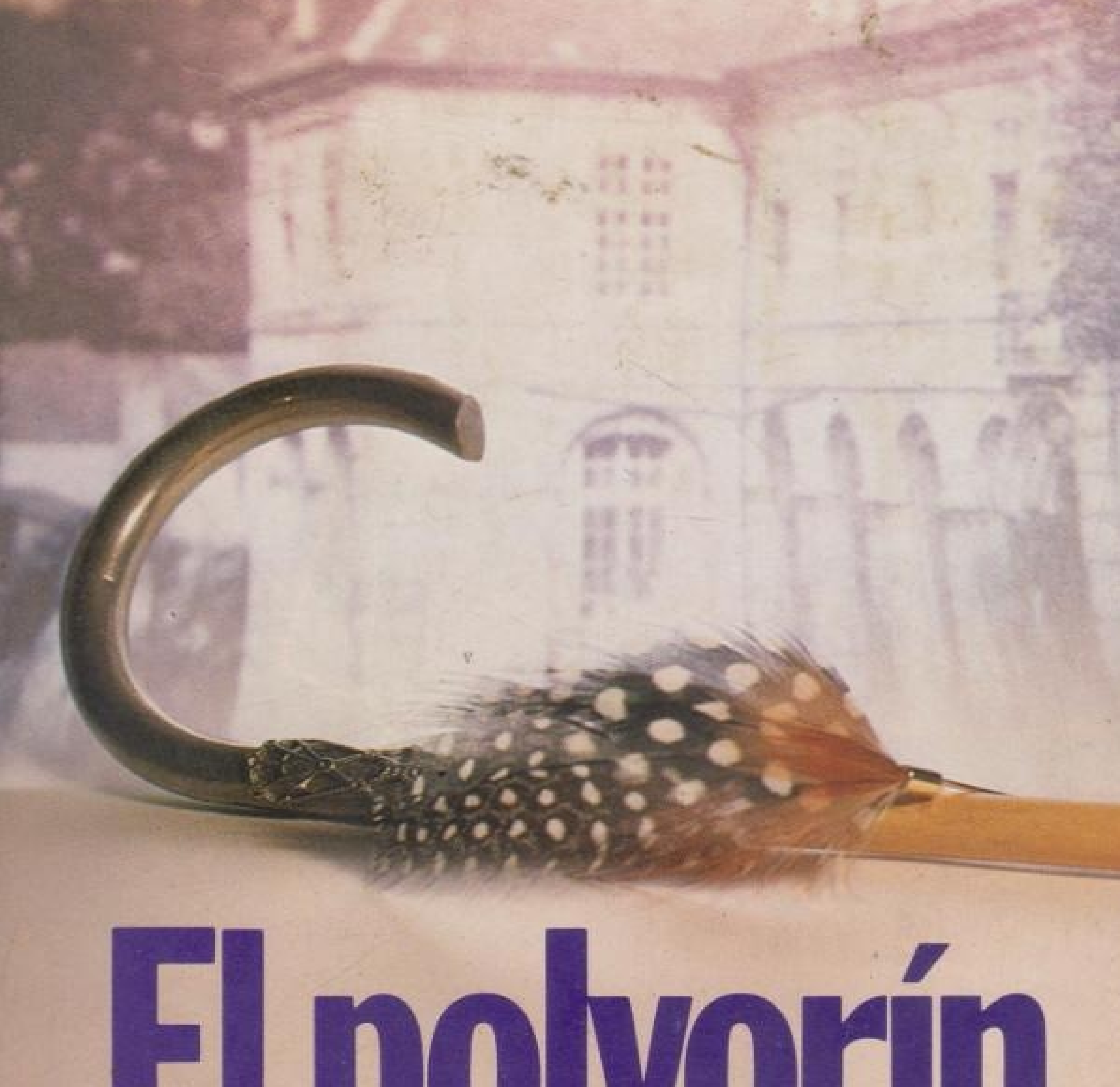


El polvorín

Arsène Lupin

Arsène Lupin resuelve un romántico e intrincado misterio en el fascinante París de la "belle époque".

Lectulandia

Arsène Lupin, el famosísimo ladrón de guante blanco, ideado en 1907 por el novelista francés Maurice Leblanc (1864-1941), después de numerosísimas aventuras, e incluso después de la muerte de su creador, vuelve a deleitar a sus lectores gracias al arte de dos grandes maestros de la novela policíaca actual, Boileau y Narcejac, que le hacen revivir con el mismo brío y el mismo perfume galante y aventurero de años atrás. Arsène Lupin, en la agonía de la *belle époque*, es un delicioso retorno a las mejores fuentes de la novela de misterio.

París en 1912, el genial bailarín Nijinski maravilla al público francés, el apuesto archiduque de Servia parece ocultar un secreto muy grave, hay una enigmática y bella condesa que contrata a detectives privados, intervienen unos misteriosos húngaros, se produce un asesinato al que siguen secuestros y persecuciones… Y esto no es más que el principio, que da idea del frenético ritmo de aventuras, emociones y sorpresas de toda la novela. Mientras Europa parece estar al borde de una guerra, ocasionada por el estallido del llamado «polvorín» de los Balcanes, Arsène Lupin tiene que resolver un embrollado asunto en el que se mezclan la política y el amor, y que aparece envuelto en una melancólica evocación del fin de la *belle époque*. Novela misteriosa y romántica, intrigante, teñida también de humor y de poesía, en la que dos grandes maestros del género policíaco, Boileau y Narcejac, rinden un emocionado homenaje a la memoria de Maurice Leblanc, el inolvidable creador de Arsène Lupin, en un verdadero alarde de talento y de sensibilidad.

Lectulandia

Pierre Boileau y Thomas Narcejac

El polvorín

ePub r1.0
Titivillus 30.01.2018

Título original: *La poudrière*
Pierre Boileau y Thomas Narcejac, 1974
Traducción: Josep Elias

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Por razones que resulta superfluo precisar, no ha habido más remedio que modificar los nombres y títulos de algunos de los personajes que aparecen en esta historia, así como el nombre del país directamente aludido.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

John Dickson Carr creó una continuación de las aventuras de Sherlock Holmes; Michael y Mollie Hardwick escribieron *La vida privada de Sherlock Holmes*, para gran alborozo de los admiradores de Conan Doyle. Cuando un personaje se vuelve mítico, cuando forma parte de un paisaje literario determinado, hay que conservar su memoria insuflándole nueva vida —por poca que sea— mediante pastiches que, de hecho, constituyen auténticos peregrinajes.

Al imaginar *El secreto de Eunerville* y *El polvorín* hemos querido satisfacer una deuda, en recuerdo de la admiración que sentimos cuando niños. Y al mismo tiempo, hemos querido rendir homenaje a Maurice Leblanc por ese inmenso talento de narrador que le hemos ido descubriendo.

Existe una escritura Leblanc, cuyo ritmo puede reproducirse sin mucho esfuerzo; pero existe además, en Leblanc, una inventiva, un modo de manejar lo inverosímil con naturalidad y elegancia, que nos intimidaba bastante. Y quizá no nos hubiéramos atrevido a correr el riesgo sin el cordial apoyo de Claude Leblanc. Vaya aquí nuestro agradecimiento. Claude Leblanc sabe que no hemos tenido más ambición que la de ofrecer al lector lo que tanto le cuesta encontrar hoy: unas aventuras brillantes y amenas, un personaje legendario, el reflejo de un mundo ya extinguido que solía combatir por el honor.

El premio Mystère, otorgado a *El secreto de Eunerville*, nos demuestra que Arsène Lupin sigue siendo el Mago.

BOILEAU-NARCEJAC

I

LA ANÉMONA BLANCA

Los espectadores, puestos en pie, aplaudían a rabiar. Desde su palco, el príncipe Sernín distinguía claramente a Nijinski y a la Karsovina. El célebre bailarín, asiendo a su compañera de la mano, saludaba por décima vez. Jadeaba todavía un poco y el excesivo maquillaje de sus ojos brillaba bajo el sudor. Gritos y ovaciones llenaban el teatro del Châtelet. Cayó el telón, volvió a alzarse. En el palco de honor, el presidente Fallières murmuraba unas palabras al oído del rey de Servia, mientras que a su izquierda el jovencísimo archiduque Miguel, olvidando el protocolo, se inclinaba hacia delante y agitaba una mano enguantada de blanco.

—Qué velada tan maravillosa —dijo alguien junto al príncipe.

Éste, tras mirar por vez postrera el resplandor de la sala, el centelleo de las joyas que refulgían en la hermosa desnudez de los hombros, se levantó para irse. Sacóse del bolsillo de su chaleco su reloj de oro. Las doce menos cuarto. ¿Y si acabara la noche en Maxim's? ¿Y por qué no volverse a casa, simplemente?

Salió, acompañado del sordo rumor de los aplausos. En una esquina conversaban unos hombres que lucían el frac con torpeza.

—La Sûreté —pensó Sernín—. ¡Ganimard no debe de estar lejos!… ¡Pobre Ganimard! Si pudiera reconocerme, se figuraría que he venido para secuestrar al rey; ¡ni más ni menos!

Se dirigió al guardarropa; allí avistó al conde de Montesquieu quien, mientras recuperaba su bastón de dorada empuñadura, cambiaba unas palabras con Boni de Castellane. Saludó discretamente a Poiret, que observó intrigado la elegante silueta del personaje. El gentío, sin embargo, iba en rápido aumento. De un golpecito, Sernín se ajustó el sombrero de copa y comenzó a bajar la escalera, entre dos hileras de guardias en uniforme de gala.

En la plaza se apiñaba una multitud de curiosos, que esperaban al rey, al archiduque y al presidente de la República. La calesa de ceremonias acababa de detenerse al pie de la escalinata. Sernín, que disfrutaba con los espectáculos de la capital, como todo chiquillo nacido en París, se coló entre los mirones y presenció, sonriendo distraído, la salida del cortejo. Muchas aclamaciones. ¡Viva Servia! El pequeño archiduque parecía muy emocionado y no acertaba a saludar con firmeza. Sus atavíos eran dignos de un soldadito de plomo y Sernín adivinó que se sonrojaba como una niña.

—¡Pardiez! ¡Tener veinticinco años y ser archiduque, qué suerte! Yo —pensaba Sernín—, cuando tenía veinticinco años…

No obstante, ya no recordaba con exactitud su vida a esa edad. Eran los tiempos del Sept-de-Coeur, del castillo de Thibermesnil, de sus primeras escaramuzas con

Sherlock Holmes. O acaso era… ¡Pero para qué soñar!… Se abrió paso a través de la plaza hasta encontrar su Mercedes Benz.

—Octave, a casa… ¡Pero por el camino más largo!

—Bien, patrón.

Sernín se entregó a la molicie de los cojines. Se sentía melancólico, cosa que jamás le ocurría. Era rico. Se había permitido todos los deleites de la vida. Entonces, qué. Debía achacarlo, sin duda, a la gran dulzura de este otoño, a la música que acababa de oír.

El coche pasó por el quai de la Mégisserie, luego por el quai del Louvre. Se veía cada vez menos gente en la calle. De vez en cuando, una pareja, al amparo de un árbol.

—No tan aprisa, Octave. Hay tiempo de sobra.

El Mercedes, zumbando suavemente, transitaba a una velocidad de birlocho. Se adentró por el quai de las Tullerías. De pronto, Sernín se enderezó. Ante él a menos de trescientos metros, corría un hombre por la acera y, visiblemente, procuraba no hacer ruido alguno. Se ocultó detrás de un plátano, luego, al cabo de breves segundos, reanudó su carrera y se pegó al plátano siguiente.

—Octave, ¿le ves?

—Sí, patrón. Y además veo a otro, a la izquierda. Mire… allí… Ahora pasará por debajo del farol.

Y, en efecto, había otro hombre, que corría de árbol en árbol.

—¿Te has fijado, Octave?

—Sí, patrón. Van de frac.

—Acelera un poco. Me imagino que estarán persiguiendo a alguien. ¡A ver si ahora resulta que los apaches se visten de etiqueta!

El coche se acercó. Sernín, asomado a la ventanilla, escrutaba las tinieblas y divisó una silueta fina, graciosa, que se apresuraba. Una joven, con traje de noche, bajo la capa… Y, mientras Sernín dudaba acerca de qué postura adoptar, se precipitaron los acontecimientos. ¿Habría hecho algún ruido el perseguidor más cercano? La joven se volvió. El hombre que acechaba desde la otra acera, cruzó corriendo la calzada. Al mismo tiempo su cómplice, viéndose descubierto, decidió arremeter. Sernín gritó:

—¡A todo gas!

Aceleró el Mercedes, usando de su entera potencia, y rebasó a los dos malandrines. Octave había comprendido la intención de Sernín. Se desvió, se arrimó al bordillo, mientras el príncipe abría la portezuela de par en par. La joven había echado a correr, aunque ya se hallaba sin aliento.

—¡Aprisa! —gritó Sernín.

Octave frenó en seco. La desconocida tendió ambas manos, como alguien que se estuviera ahogando. Sernín la agarró por los hombros, la levantó, al tiempo que se echaba hacia atrás. Por el impulso del tirón, la joven cayó sobre los almohadones.

Octave, mientras, puso la segunda y después la tercera.

Los dos hombres se detuvieron, con los brazos inertes, en esa ridícula actitud de dos viajeros que acaban de perder el tren. Sernín, que les observaba, soltó una carcajada, ocupándose luego de instalar cómodamente a la joven.

—No tenga miedo —dijo—. Está usted al lado de su ángel de la guarda… Ya ve, una de mis rondas de rutina. A estas horas, a veces, hay alguien que me necesita.

La joven le miraba con expresión aturdida. Se le había resbalado la capa, descubriendo su vestido de noche, del que cayó una anémona blanca, que Sernín recogió para depositarla al lado de Octave.

—¡Vamos! Sosiéguese.

Puso de nuevo la capa sobre los lindos hombros de una blancura de leche. Rubia… encantadora… No más de veinticinco años… Sernín era tan entendido en joyas como en mujeres. La joven, con sus manos crispadas, sujetaba un bolso minúsculo hecho de mallas de plata y el programa del Châtelet. Cerró los ojos, respiró hondamente.

—Está usted en su casa —insistió Sernín—. La llevo adonde quiera.

—Gracias… A la calle de Anjou esquina faubourg Saint-Honoré, por favor.

—Octave, ¿has oído?

—Sí, patrón. Es cosa de cinco minutos.

—¿Qué?… Se siente mejor, ¿no?… ¿Conocía a esos tipos?

—En absoluto. Unos maleantes, supongo.

«Mira que mentir tan mal —pensó Sernín—, ¡pero qué bonita está cuando miente!». Y, por gozar aún más de su turbación, añadió:

—¿Vio cómo iban vestidos?

—No… No tuve tiempo… Me asusté.

—Comprendo. Yo, en cambio, puedo asegurarle que salían del Châtelet.

Asió la mano de la desconocida, la llevó a sus labios cortésmente, en un gesto que denotaba respeto y buen humor.

—Qué le vamos a hacer —comentó—. Nuestros apaches se civilizan. Van a aplaudir *El espectro de la rosa*, a la espera de que se vacíen las calles… ¿Me permite? Está usted un poco despeinada… Con cuidado, Octave.

Cogió el bolso, lo abrió, sacó un espejito.

—Se lo sostengo, señora… ¿o señorita?

—Señorita… señorita Vincent.

—Príncipe Sernín… Mire, se le ha soltado un rizo.

Travieso, reposado, saboreaba el momento, la singularidad de este paseo nocturno, en el interior de un coche acolchado como una alcoba, presentando un espejo a una hermosa joven que se arreglaba el peinado como si saliera de una cita galante.

—¿Por qué se ríe? —preguntó ella.

Él no se atrevió a contestar: «Me río porque eres tan Vincent como yo Sernín.

Porque te encuentro guapa… Porque no tengo ganas de perderte. Porque me encantan las chicas misteriosas que sufren el acoso de unos raptores vestidos de etiqueta pasada ya la medianoche». Se limitó a decir:

—No lo conseguirá usted sola… Déjeme a mí.

Con una delicadeza infinita, ordenó el peinado.

—Así… Si su señora madre la está esperando, no se dará cuenta de nada y supongo que usted, por su parte, no tiene intención de explicarle el contratiempo.

El Mercedes aminoró la velocidad al llegar ante la esquina de la calle de Anjou.

—Ya estamos —dijo Sernín—. ¡Stop!

Bajó, corrió a abrir la portezuela, ayudó a que bajara la joven, la acompañó hasta la puerta y llamó.

—Gracias una vez más, señor —murmuró la desconocida—. Crea que no me olvidaré…

Desapareció. La puerta se cerró silenciosamente.

—Adiós, bonita. Parece que nuestros caminos se separan, pero para juntarse mejor en otra ocasión.

Sernín canturreaba al volver al coche.

—¡Patrón!… ¡Patrón!

—Sí, ya sé. La casa tiene dos salidas. Precisamente, ahí radica su encanto… Apártate un poco… Me gusta ir delante. ¡Ah, cáspita! ¡La anémona!… Casi la aplasto.

Sernín cogió la flor, la contempló pensativo, se la hincó luego en el ojal.

—¿A casa? —dijo Octave.

—¿Tienes sueño?

—No. Pero creía…

Sernín le plantó bajo las narices una cartulina.

—¿Qué es esto, patrón?

—Un bristol, que acabo de pescar en el bolso de nuestra protegida. Simple curiosidad… Lee… Lee, ya animal.

Octave orientó el bristol para recibir la luz de la farola que alumbraba la esquina.

La Baronesa de Grège recibirá el jueves
24 de noviembre a partir de medianoche.

—¿Estamos a 24?

—Sí.

—¿Y es más de medianoche?

—Sí.

—Pues bueno, ¿a qué esperas? ¡Vamos a casa de la baronesa, pardiez! Y, esta vez, hay prisa… Calle de Varenne… ¿No conoces a la baronesa? ¡Ah, qué lástima! Sólo vive de noche. Tiene criados negros. Se toma un poco por la reina de Saba. Chiflada

perdida, ¡pero qué mesa!… Con decirte que su chófer se va hasta Niza, en Rolls-Royce, para comprar los salmonetes porque a ella le gustan recién pescados.

Una jocunda animación brillaba en los ojos del príncipe.

—Y hay algo más, Octave.

—No lo dudo, patrón. Con usted, siempre hay algo más… ¿La chica?

—Sí, la chica, como dices… ¿Qué te apuestas a que iba a la calle de Varenne?

—¡Es posible! ¡Pero después del susto que le han dado!…

—No ha sido obstáculo para que nos hiciera la jugada de la casa con dos puertas. Esto nos demuestra que conservaba su sangre fría… También nos demuestra…

Sernín calló. La fertilidad de su mente ya le sugería otras hipótesis. Cuando había hecho su ofrecimiento de acompañar a esta señorita en peligro adonde quisiera, no le costaba nada, a ella, indicar la calle de Varenne. Había preferido despistar a su salvador. ¿Por qué? ¿Por miedo a que insistiera en llevarla hasta la mansión de la baronesa? Desde luego que no. ¿Confiaba, simplemente, en guardar el secreto de esta visita? El todo París, sin embargo, se reunía en las veladas de la baronesa de Grège. No había nadie que se mantuviera de incógnito. Muchos eran los periodistas que acudían a la caza de chismes y noticias… ¿Y esos dos hombres de frac, que la perseguían? Estaba claro que no lo hacían por el bolso… ¿Existía alguna relación entre la fallida agresión y la invitación de la baronesa?… Sernín no detestaba las preguntas sin respuesta. Son la sal de la vida.

El Mercedes cruzó el puente Alexandre III, entró en la Esplanade des Invalides. Por supuesto, había escasas probabilidades de tropezarse con la tal señorita Vincent. No obstante, sería tan divertido rastrear la multitud en pos de esta enigmática chiquilla, para luego ofrecerle una copa de champán y decirle: «He venido por usted… Su anémona, se acuerda… Se la olvidó en el coche… Y como soy hombre honrado…».

El Mercedes dobló a la altura de la casa de Biron.

—Justo después, Octave… Me dejas ahí y te vuelves a casa… Quizá me quede un buen rato.

Octave asintió con aires de complicidad. Viró en el patio de honor, que se hallaba atestado de coches de todas marcas, y se detuvo al pie de la escalinata. Un criado se precipitó a abrir la portezuela. El príncipe, simulando el aspecto algo distraído de un familiar de la baronesa, subió los escalones con indolencia, entró en el vestíbulo. A lo lejos, una orquesta tocaba *Tu ne sauras jamais*.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó un solemne mayordomo.

—Ya me han anunciado —dijo Sernín—. Salí a buscar los cigarrillos.

Y penetró en el primer salón, con soltura, una sonrisa mundana en los labios… Reconoció a la baronesa en medio de un grupo. Se apoyaba en un bastón de ébano y sostenía unos impertinentes que le servían, a ratos, para observar a sus invitados. Sernín pasó tan campante. Muchos uniformes. Rostros célebres. Rostand, junto a la chimenea, conversando con Le Bargy… Más allá, Henry Bataille… y el conde de

Montesquieu, que había venido al salir del Châtelet, y el abogado Henri-Robert… pero no la que él buscaba. Se abrió paso con dificultad, escrutando sin cesar. Había parejas que se deslizaban, que bailaban. Si distinguía a una rubia, se estremecía, y luego, defraudado, seguía explorando. «Lupin —se decía—, cuidado, que te lanzas… Te va a perder la curiosidad». Se obstinaba, sin embargo. En vano. No tardó en admitir su derrota. La joven no estaba.

Se acercó a una de las mesas, suntuosamente provistas. ¡En fin! Nunca sabría quién era esa señorita anónima. Pidió una copa de champán, advirtió, a su lado, la presencia de una mujer morena muy agradable, le tendió su copa.

La mujer le sonrió, agradecida.

—¿Baila? —preguntó Sernín.

—Tirando a mal… Y además los valses me aturden.

Tenía un acento extranjero muy pronunciado. ¿Ruso acaso?

—Probemos —dijo Sernín—. Le prometo que la llevaré despacio.

La condujo hasta los que bailaban, procurando que siguiera el ritmo sin apremios, y, a su pesar, no dejaba de escrutar con la vista los vanos de las ventanas, las inmediaciones de las mesas, cualquier sitio que agrupara a gente, con posibilidad de incluir a la desconocida.

«Razonemos —pensaba Sernín—. Ha tenido que buscar un taxi, mientras yo me venía directo hacia aquí. Pero seguramente ha debido bajar hasta la Madeleine. O sea que me he anticipado… una media hora, al menos. Llegará. Quiero que llegue». Y maquinalmente seguía bailando al ritmo del *Danubio azul*, esperando con impaciencia que se acabara la música para consultar su reloj. Los dedos de la morena se crisparon sobre la mano de Sernín.

—Basta —murmuró la mujer—. Me da vueltas la cabeza. Lo siento.

—A mí me toca disculparme. He hecho mal en insistir. ¿Quiere que salgamos a tomar el aire?

—Sí, por favor.

Sernín le ofreció el brazo, vaciló, ya en el umbral del salón de invierno. Lanzó una última ojeada a sus espaldas. ¡Bah!, bien podía ausentarse cinco minutos. ¡Cuando volviera, ella estaría allí!

—Vayamos al parque —dijo la joven rusa, la joven polaca, la joven eslava… en fin, esta joven que articulaba las erres de un modo tan encantador. Sernín la guió a través del salón de invierno y poco después se hallaban bajo los árboles.

—¿Se siente mejor? —preguntó con su acostumbrada cortesía. Aun así, tenía prisa por regresar.

—Sí, gracias. Le parezco una estúpida, ¿no es cierto?… Vayamos hasta el final del sendero. Después de tanto bullicio, este silencio me tranquiliza.

—¿Será quizá que no suele usted salir mucho?

—No. Es la primera vez desde que…

Suspiró y prosiguió en voz baja:

—Llevaba luto.

—¡Oh, perdón!

Llegaron a la tapia del parque. Apenas se distinguían ya los ecos de la fiesta.

—En mi país —dijo la mujer—, hay mucha gente que lleva luto.

Había pronunciado estas palabras con tanto odio y desamparo que Sernín se olvidó de sus preocupaciones momentáneas.

—Me intriga, señorita. Le confieso que me gustaría saber más, si es que no soy indiscreto.

—Puedo complacerle fácilmente.

Retiró el brazo, retrocedió un paso y se llevó a los labios un pequeño silbato de plata que acababa de sacar del bolso con gesto tan raudo que Sernín apenas tuvo tiempo de verlo. El silbato emitió un pitido agudo y, como por milagro, dos siluetas surgieron de las matas, saltando hacia adelante: los dos hombres que habían perseguido a la desconocida.

Sernín reconoció su corpulencia en la penumbra. Ambos le apuntaban con un revólver. Toda resistencia era inútil.

—Muy bien, señorita… Aprecio su respuesta. Rebosa poesía. Es usted un hada de verdad. ¿No le apetecería repetirlo? Un pitido y hale… dos esbirros para el señor.

Se reía tan a gusto que sus agresores, desconcertados, miraron a la joven con zozobra. Ésta les dijo unas palabras en una lengua que Sernín jamás había oído. Uno de ellos movió el arma e indicó una puerta, abierta en la tapia que rodeaba el parque.

—¡Por aquí!

Sernín se inclinó ante su pareja, que ya se disponía a dar media vuelta.

—Señorita, lamento tener que dejarla tan pronto. He pasado, no obstante, un rato muy agradable en su compañía.

Se dirigió a la puerta, notando la presión del revólver en los riñones. Uno de los dos hombres, el más alto, la abrió y Sernín descubrió un coche aparcado, con las cortinillas corridas.

—Y ahora —dijo—, la calabaza se ha transformado en carroza. Me parece excesivo. No sé qué pensar.

El revólver le empujó hacia delante. Se volvió a medias, agitó la mano.

—Adiós, querida Cenicienta. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos.

El más alto subió el primero, tiró de Sernín hacia dentro. Luego se sentó el otro. Sernín, aprisionado entre los dos, no podía moverse. Al instante, el chófer se puso en marcha. El príncipe se sentía más intrigado que inquieto. Pues en fin, jamás se había tropezado antes con la morena. Y los denominados «esbirros» sólo le habían visto los brazos asomados a la ventanilla del Mercedes, cuando ya casi alcanzaban a la joven rubia en el quai de las Tullerías. No podían saber que era él quien les había chasqueado. Y el trío ignoraba asimismo su propósito de visitar a la baronesa, puesto que ni tan sólo el propio Sernín pensaba hacerlo una hora antes. Sin embargo, le esperaban. La morena le acechaba. No se hallaba junto a la mesa por casualidad. ¡Y

qué hábil había sido llevándolo al final del parque! Echó la cabeza hacia atrás, se cruzó de piernas.

—¡Ah! —dijo—, qué bien se está. Un poco estrechos, tal vez… Sin afán de censura, señores, he de decirles que están ustedes algo gordos. Ocupan todo el sitio. ¿Vamos a seguir mucho rato así?… ¿Se han molestado?… ¿No hay respuesta?… ¡Qué mohínos!… ¿No podrían decirle al compinche de delante que no conduzca tan aprisa?… ¿No? ¿Niet? ¿Non?… Bueno, porras, pues me voy a dormir.

Cerró los ojos. Al principio, había logrado calcular la dirección que seguían. Estaba seguro de que habían cruzado el Sena. Ahora, empero, ya no acertaba a orientarse. Y las cortinillas cubrían los cristales herméticamente. Aun así, había dejado de notar el traqueteo causado por los adoquines de París. ¿Habrían llegado a las afueras?

«Sin duda, terminaré la noche en algún sótano —pensó Sernín—. Si me calientan los cascos, tendré que zurrarles. Seguro que, con lo pesados que son, no habrán practicado nunca el pancracio. Pero prefiero esperar un poco».

No tuvo que esperar mucho más pues el vehículo disminuyó su velocidad y se detuvo. Bajó el chófer. Chirrió una verja. Luego el coche corrió sobre grava por espacio de veinte metros y volvió a pararse. El más alto abrió la portezuela y, con un movimiento de su revólver, conminó a Sernín para que saliera.

—¿Será el castillo de If? —preguntó Sernín—. No, más bien se parece a la casa de un notario… Sillares de los buenos… Y un parque bonito… ¡Comienzo a ser un experto en parques!

Percibía que sus pullas irritaban a los dos esbirros. Era una ventaja que no debía desdeñar.

—Caminar —dijo el bajito.

—¡Pues claro!… Me urge visitar esta encantadora morada.

El más alto se sacó del bolsillo un manojo de llaves y se inclinó ante la cerradura. ¡Qué lástima! Una patada en los riñones y lo estrellaba contra la puerta. Y al otro, un codazo bastaba para dejarlo fuera de combate. La verdad es que eran unos principiantes. ¡Paciencia! Ya vendría el momento de ajustar cuentas.

Sernín entró en un amplio vestíbulo iluminado por un aplique de gas. La casa estaba habitada. Lo más probable es que le condujeran a presencia de alguien…

—¡Ajajá! —exclamó Sernín—. El acto final. Frente a frente. Trata de un gentilhombre que se las ha de ver con un ser muy avieso. Señores, que esto resulta un Dumas malísimo.

Mientras pronunciaba estas palabras, entró en una vasta biblioteca. Estaba vacía. Dos macizas lámparas de petróleo, colocadas sobre un escritorio, despedían a su alrededor una claridad reducida. El suave brillo de las encuadernaciones se extendía por toda la pieza. Sernín se volvió. Los esbirros le estaban indicando un sillón, al tiempo que acercaban sillas para sí mismos, sin dejar de apuntarle con los revólveres.

—¡Ah!, a ver si me lo aclaran —dijo Sernín—. Una mazmorra, vale. Pan negro,

un jarro con agua, y ratas para completar el cuadro. ¡De acuerdo! Pero esta sala de espera, no. Les aviso. No pienso esperar mucho tiempo.

Los dos hombres se habían sentado. Sernín los examinó: semblantes rudos, campesinos, bigotes terribles, antebrazos peludos. Su traje de etiqueta les caía como un disfraz. Sernín, en cambio, se los imaginaba vestidos con la túnica abrochada al hombro, calzando botas, dispuestos a bailar alguna danza ucraniana. Cada vez lo entendía menos.

—Yo, príncipe Sernín —insistió—. Ustedes, equivocación… Ustedes, no raptar el bueno… Ustedes… raptar a otro… Ustedes no enterarse, ¿eh?… Ustedes… tontos de capirote.

—Más vale que lea un poco —dijo el más alto—. Se está poniendo nervioso.

Estupefacto, Sernín se desplomó sobre el sillón.

Se recuperó en seguida. No tenía por costumbre dejar que el adversario adivinase sus sentimientos. Se sacó del bolsillo una lujosa purera, eligió un habano y gozó de su aroma, sin prisas. Comenzaba a intuir la maniobra. Lo retiraban de la circulación para poder actuar sin trabas en otra parte. Quizá, en este mismo momento, se apoderaban de la hermosa y rubia desconocida, tras tenderle otra encerrona en algún parque. ¡Pero si ignoraban que la conocía!… Una y otra vez tropezaba con el mismo escollo. Su propio secuestro carecía de sentido. ¡Y, en fin, no iba a tener la baronesa un parque plagado de sicarios!

Aun así, había, entre la rubia y él, una relación, un nexo, algo que se le escapaba. Le enojaba sentirse frenado por la insignificancia de este enigma, habida cuenta que había resuelto otros problemas tan arduos. Al mismo tiempo, se acordaba con cierta emoción de esa joven tan decidida, enfrentada a la amenaza de un gran peligro.

—A ver, Lupin —se reprendió—, ¿piensas resignarte a pasar la noche entera en este sillón mientras hay alguien que te necesita? ¿Vas a dejarte impresionar por estos dos zacatecas? ¡Dos puños contra dos revólveres! ¡Estás en igualdad de condiciones!

Lanzó hacia el techo una voluptuosa bocanada de humo.

—Díganme, gentlemen, ¿van a tenerme aquí mucho rato?

El alto, con la mirada consultó al bajito.

—Hasta mañana por la mañana —dijo.

Mantenía ese extraño acento, suave y gutural a la vez.

—¿Y luego?

—Quedará en libertad. Le llevaremos adonde quiera.

—Qué amables… ¿Puedo moverme?

Nueva mirada inquisitiva. El bajito asintió con la cabeza.

—No está usted preso —dijo el alto—. Está… está…

Buscaba la palabra.

—Vedado —propuso Sernín.

—Eso. Vedado… La lengua francesa resulta temible.

Disminuía la tirantez del ambiente. Sernín se levantó, se desperezó, buscó un

cenicero para depositar la larga ceniza del puro. No cesaba de prestar atención al menor ruido. La casa parecía vacía. Consultó su reloj. Las dos. Paseó despacio examinando las estanterías repletas de libros. Ante todo, distraer la desconfianza de sus guardianes. Dar impresión de cansancio. Coger un libro y fingir que lo leía, dar luego algunas cabezadas, como si le venciera el sueño. Bostezó discretamente, tapándose la boca con la mano. Libros de derecho, de historia… Lavisse, Mathiez… Novelas, Bourget, Loti, France… una sección de autores latinos… Virgilio, Tito Livio, Séneca… Sacó las *Cartas a Lucilio*, para después restituir el volumen a su sitio. Necesitaba algo grueso, algo pesado… Un tomo del *Littré* resultaría más oportuno. Asió la enorme obra y se volvió al sillón.

Por puro juego, simuló buscar unos datos precisos, dejando que su índice recorriera los márgenes, parándose, subrayando con la uña ciertas líneas. Adoptaba una expresión algo ceñuda, como si se esforzara en aprovechar la obligada pausa que le concedían para proseguir una tarea erudita que ya tenía iniciada. Fascinados, los dos guardianes habían abandonado sus manos armadas sobre las rodillas. «Qué gaznápiros —pensó Sernín—. Si los tuviera a mis órdenes, los ponía verdes». Movía los labios, fruncía las cejas. Se puso a contar con los dedos. Los otros dos alargaban el cuello.

—¡Es imposible! —murmuró Sernín, hablando para sí—. Vamos a ver, vamos a ver…

Cerró el volumen, apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se sumió en una meditación profunda. Al cabo de un rato, su respiración cobró mayor fuerza y se le escapó un leve ronquido.

Transcurrieron algunos minutos. Al fin, el alto comentó algo con su compañero sin que Sernín pudiera entenderlo, aunque la mímica que incluyó el comentario resultó significativa.

«Claro que duermo —se dijo Sernín, que no cesaba de observar a los dos por entre sus entornados párpados—. Tengo un sueño tan pesado que dentro de poco se caerá el *Littré*. El ruido me hará estremecer. Recogeré el libro a tientas. Vosotros os acercaréis a ayudarme. No os sabréis contener. Y entonces…».

De súbito, creció un ruido en la calle adyacente. No tardaron en oírse los frenos de un coche. Los dos esbirros se habían erguido y escuchaban atentos. Sernín no había chistado aunque, con una pierna encogida, se hallaba listo para saltar. Chirrió la verja y, en ese mismo instante, retumbó una sorda detonación.

El bajito se inclinó hacia su compinche, pronunció unas palabras en la lengua que Sernín seguía sin identificar y salió corriendo de la habitación. Sus pasos resonaron en el vestíbulo.

El alto había desviado la mirada para entender mejor lo que ocurría. El *Littré*, arrojado con fuerza, le alcanzó en pleno rostro.

Semiaturdido, cayó de la silla.

—El francés es temible —dijo Sernín.

Recogió el revólver y se lanzó fuera de la biblioteca. Cruzó el vestíbulo; vio entreabierta la puerta que daba al parque. Había, en la alameda, un automóvil cuyos faros delataban la presencia de tres siluetas: no costaba mucho reconocer al bajito. Los otros dos eran nuevos.

—Toda una banda —se dijo Sernín—. ¡Ah! ¡Y ella también está!

La morena acababa de entrar en el área luminosa creada por los faros. Discutía acremente con los otros tres. No había modo de salir. A menos que los cogiera por sorpresa, saltando al grito de «¡Arriba las manos!». ¡Hum! Qué problemático. Sernín, no obstante, ya se decidía a intentarlo cuando unos postigos, empujados con rabia, chocaron contra la pared. Una voz angustiada soltó palabras incomprensibles. El alto, en la biblioteca, había recobrado los sentidos y solicitaba ayuda.

—Voto al chápiro —pensó Sernín—. Esta vez, me trincan.

Volvióse atrás de puntillas, abrió la primera puerta que viese y se metió en una habitación oscura, que sin duda era un salón. Los tres de fuera, adelantándose a la mujer, llegaban en tromba. Cruzaron el vestíbulo e invadieron la biblioteca. Sernín, sin perder un segundo, salió de su escondrijo y corrió hacia el coche. Éste aún tenía el motor en marcha y su zumbido era promesa de salvación.

Sernín embragó y, dando marcha atrás, bajó por la alameda a toda pastilla. Oyó disparos pero, como la maniobra le absorbía demasiado, no hizo caso. El coche era un pesado De Dion-Bouton, muy amplio, de dos compartimentos, y Sernín tenía que asomarse a la ventanilla para no chocar con la puerta de salida y desgajar parte de la verja. Pasó por los pelos y luego viró tan en seco que la carrocería se inclinó de forma peligrosa. Frenar, arrancar de nuevo hacia delante. No pasaba de ser un juego para Sernín, tan aficionado a la mecánica y piloto tan diestro. Gemía el trasto pero respondía bien. Llegó a la carretera y, dejándose guiar por el azar, cogió una de las avenidas que se abrían a la derecha. No había ni una sola luz de gas. Los faros alumbraban mal. Sernín adivinaba tapias, setos, árboles.

—Totalmente perdido —monologaba—. ¿Adónde diablos me han traído?… ¡No habrá manera de localizar la casa!… ¡Pero ya me las pagaréis, majos! ¡Ah, conque secuestráis a Lupin! ¡Ah, conque tiroteáis a Lupin! Os va a salir caro.

Dobló por otra avenida y aparecieron al fin las primeras farolas. Redujo velocidad, se volvió para ver si no le perseguían.

—¡Córcholis!

Acababa de descubrir, por el cristal de separación, una sombra a sus espaldas, en el interior del vehículo. Había un cómplice, que no había bajado y que esperaba el momento propicio para atacar.

Sernín aceleró y, pegando los labios a la trompetilla, dijo:

—Si tienes intención de tirar, te aconsejo que no lo hagas. Nos estrellaríamos… Pero si te muestras razonable, podemos hablar. ¿Qué quieres de mí?

Le corría el sudor por las manos y en vano procuraba imaginar un artificio que pudiera salvarle. El otro no cometería la imprudencia de disparar. Lo más probable es

que recurriera al puñal: clavándoselo en la nuca. El puñal, de todas las armas la que más temía Sernín, a pesar de su valor.

—Seamos lógicos —insistió—. Tus amigos no tenían ningún propósito de hacerme daño. O sea que si tú ahora te pones farruco, meterás la pata… Te podría costar caro… ¡Pero di algo, porras! Te advierto que sólo llevo encima algunos luises… ¿No? No te interesa el dinero. Ya me lo figuraba.

Hablaba con calma, pero escrutaba febril la desierta avenida. ¿Qué hacer? Creyó percibir un gesto a sus espaldas. Entonces decidió jugarse el todo por el todo. Frenó de sopetón, torció el volante a la izquierda. De inmediato, el vehículo patinó.

Una sorda topetada le indicó que el fulano, perdiendo el equilibrio, había caído patas arriba. El coche iba haciendo eses. Sernín se irguió, abrió la portezuela y saltó. Llevado de su impulso, dio algunos brincos. El automóvil chocó contra el bordillo de la acera y se detuvo.

Sernín se acercó, golpeó la ventanilla trasera.

—Final de trayecto —dijo—. Hagan el favor de ir saliendo… Lo siento. Tengo una manera deplorable de conducir. Pero ahora te tiendo el brazo.

El otro no se movía. Quizá la caída le había dejado sin sentidos. Sernín, con cautela, miró al interior del coche. Una forma imprecisa yacía sobre el asiento. Abrió la portezuela, asió al fulano por la muñeca y en seguida lo soltó, como si quemara.

—¡Rayos y truenos! Está muerto.

Recordó la detonación oída desde la biblioteca. Los hechos hablaban por sí solos. La banda había liquidado al infeliz.

—Y yo que creía… —se mofó Sernín—. Ya te lo puedo confesar, ¡me ha cogido un canguelo!… Pobre hombre. Si me lo permites, te llevaré hasta el farol más cercano. Es demasiado tarde para que nos presenten, pero me gustaría verte la cara.

Se había calado el motor. Lo puso nuevamente en marcha mediante una vuelta de manivela y regresó al volante. ¡En buen lío se había metido! ¿Quiénes eran esos salvajes? ¿Sería la mujer morena una especie de ogro? Por suerte, había logrado escapar. De lo contrario, probablemente también lo hubieran liquidado. ¿Pero por qué? ¿Por qué?…

Frenó debajo del farol y se encaró otra vez con el muerto. El hombre, corpulento, bigotudo, de unos sesenta años, llevaba frac y una anémona blanca en el ojal. La sangre le enrojecía la pechera. Una bala en mitad del corazón. Sin duda, había intentado huir, al detenerse el coche, tras cruzar la verja. Sernín lo registró, encontró una cartera que contenía algunas tarjetas de visita. A la luz de la farola, leyó:

Emile y Gaston Mongougeot
Detectives privados
Celeridad - Discreción
Balagny, 42 - París XVII

En los demás bolsillos sólo había un pañuelo, tres luises y un manojo de llaves que Sernín, tras un momento de reflexión, decidió quedarse, así como las tarjetas de visita. ¿De dónde venía el hombre? ¿Del Châtelet, también él, o de la velada de la baronesa? ¿Qué significado encerraban todas estas personas vestidas de etiqueta? Rara vez la curiosidad del príncipe había pasado por prueba semejante. ¡Arrea, mira que matar a un detective privado! Tenía que ser por algo muy valioso. Algo siniestro… ¡Y la niñita rubia también estaba involucrada!

Sernín cogió el cadáver por los sobacos, lo sacó del coche y lo tendió en el césped con cuidado.

—Perdóname, Emile… o Gaston… pero me hace falta este coche. Donde tú fracasaste, yo triunfaré. Te lo prometo. Palabra de Lupin. Llegaré hasta el fin en tu nombre. Y para empezar, pienso darme un garbeo por tu empresa. Porque, de momento, no es que me hayas dicho mucho.

Se enderezó, contempló de nuevo este cadáver incongruente, con su traje de alquiler, y después consultó el reloj. Poco faltaba para las tres. ¿Qué le reservaba aún esta noche tan pródiga en acontecimientos?

Sernín se subió al coche y lo exploró en vano. Ningún indicio. Lo más seguro es que encontrara al otro Mongougeot en la calle Balagny. ¿Estaría bien? ¿Estaría mal? Por supuesto, Sernín podría anunciarle a Emile… o a Gaston la triste noticia, explicarle en qué circunstancias se había visto mezclado en el drama, pero ¿le creería el detective privado? ¿No era preferible indagar por cuenta propia, fueran cuales fueran los riesgos de la operación?

Mientras conducía, Sernín intentaba ordenar los hechos: de un lado, la joven rubia; del otro, la banda de la harpía… ¡y para colmo el pobre Mongougeot! ¿Se cuidaba de investigar o se limitaba a hacer de guardaespaldas de la que decía llamarse señorita Vincent?…

Un puente. El Sena. Chatou…

De pronto, Sernín se orientó. Le habían llevado al Vésinet. No había sabido calcular la distancia recorrida.

Sí, estaba claro que Mongougeot trabajaba a cuenta de la rubia. Lo habrían cazado en las inmediaciones del Châtelet y después la banda se había dedicado a la joven. Concentración general en el Vésinet. Resultaba lógico. En suma, el infortunado Mongougeot había sido, en cierto modo, su aliado. Pero ¿por qué raptarlo a él, Lupin?

Sernín entró en París. Las calles seguían desiertas. La desolación y el vacío reinaban en esa hora. Faltaba aún mucho para que amaneciera.

Deambuló un instante, alrededor de La Fourche, antes de localizar la calle Balagny, con sus tiendecitas y sus modestos edificios. Por prudencia, aparcó el coche a cierta distancia del 42, observó la casa, bastante horrible. La agencia Mongougeot no debía de nadar en la abundancia. Llamó. Una vez. Dos veces. A la tercera llamada,

la portera tiró del cordón y entró. No obstante, desconfiado como siempre, introdujo una moneda de cinco francos entre el pestillo y la gacheta, maniobra que le permitía fingir que cerraba de un portazo, pese a que sólo dejaba la puerta ajustada. Le gustaba asegurarse la retaguardia. Encendió una cerilla, distinguió la cristalera de la portería y adivinó, en la penumbra, el comienzo de la escalera.

—¡Mongougeot! —gritó, con voz firme.

Un ronquido le descubrió que la portera se había vuelto a dormir. ¿Había llegado a despertarse? Sernín tenía libre acceso. Pasó muy tranquilo e inició la subida. Llegado al primero, otra cerilla. De inmediato advirtió la chapa de cobre, en la puerta de en medio.

Agencia Mongougeot

Probó las llaves del muerto. La buena era la más larga. De ahora en adelante, convenía andar con sigilo. Si se despertaba Mongougeot, si se asustaba, podían torcerse sus designios. Maldito vicio el de penetrar en las casas sin anunciarse. «Pero se ha declarado la guerra —pensó Sernín—, y aún no sé si estoy en casa de un amigo».

Prestó atención. De algún rincón, llegaba la cadencia de un reloj de péndulo que hacía más denso, más palpable el silencio. Súbitamente, Sernín se sobresaltó. Había algo que le estaba rozando la pierna. Retuvo un grito, se apresuró a encender una cerilla, descubrió un gato negro que le dirigía una pálida mirada en donde se reflejaban los destellos de la llamita.

—¡Chitón! —susurró Sernín—. ¿Te parecería bien que yo me pusiera a ronronear?

El minino arqueaba el lomo y, con expresión mímica, manifestaba sus deseos de algo. ¡Pardiez! Quería que Sernín visitara la cocina. Tenía hambre. Seguramente llevaba muchas horas solo: el otro Mongougeot se hallaba ausente.

Sernín, pese a todo sobre aviso, exploró sucesivamente el salón, el comedor, las dos habitaciones, el despacho. El gato se le metía entre los pies a cada instante. Con una última cerilla, Sernín encendió una vela que debían de utilizar los Mongougeot para sellar pliegos pues la palmatoria estaba cargada de lacre. El despacho tenía las cortinas corridas. Nadie podía sospechar, desde fuera, que había una visita en el despacho de los detectives.

—Apártate, minino. ¡Voy a acabar pisándote!

Sernín, sosteniendo la vela por encima de su cabeza, recorrió despacio toda la habitación. ¿Por dónde empezar? ¿Por la biblioteca? ¿Por los archivos? Ni siquiera sabía lo que buscaba. ¿Un nombre? ¿Una dirección? ¿Un informe?… Vio que sobre la mesa, junto al teléfono, había un fichero. Probablemente el fichero de los casos en curso. Más valía consultarlo en seguida. Se sentó y el gato saltó a su lado, arrimando su sedosa cabeza a la mejilla de este cliente inesperado.

—Sí, sí, bonito —murmuró Sernín—. Pero no me dejas trabajar. ¿Sabes qué hora es?… Las tres y veinticinco. Ya hace rato que tendrías que estar durmiendo… Y yo también.

Sus ágiles dedos retiraban las fichas, las devolvían a su sitio. La mayoría estaban en blanco. O llevaban nombres ya tachados con tinta roja. Casos liquidados. El gato, cada vez más cariñoso, se instaló sobre el fichero.

—¡Ah, no, minino! ¡Ya basta!

Cogió al gato por debajo, lo alzó, golpeando sin querer un taco de calendario que cayó al suelo.

—¡Animal! ¡Quieres que se despierte toda la casa!

Recogió el taco, lo devolvió a la mesa. La hoja del día tenía dos líneas garabateadas a toda prisa:

Me urge verte
Esta noche a las doce y media
en la calle Saint-James

¡Qué chiripa! Volvía a establecer contacto. El otro Mongougeot… el superviviente… pedía auxilio a su hermano. Ya era muy tarde, claro. Pero ¿cómo desdeñar esta llamada?

De un salto, el gato se encaramó otra vez a la mesa y Sernín le agarró la cabeza.

—Escucha, gatito. Supongamos que el muerto se llama Gaston. O sea que el que ha escrito esto es Emile… Emile estaba convencido del regreso de Gaston. ¿Qué deduces tú de todo esto, eh?… Opino igual… Emile no imaginaba que su hermano corría un gran peligro. Ha ocurrido algo inesperado… ¡Ah! Mucho me temo que estos pobres Mongougeot se han enfrentado con gente mucho más fuerte… Ya es hora de que intervenga… Vamos a ver, la calle Saint-James… ¿Te suena?… Lo que es yo, sólo sé de una, y está en Neuilly… Emile ha dicho: me urge verte. ¿Qué significa esto, en lengua minina?… ¡Que hay que ir, y zumbando!

El gato soltó un maullido desesperado.

—Claro, tú sólo piensas en llenar el buche, egoísta de mierda. Bueno, ven… Aprisa.

Pasó a la cocina, hurgó en una alacena y descubrió unos restos de pâté. Cortó una loncha muy fina, la dejó en el suelo, junto a una mesa repleta de platos sucios.

—Perdona que no te dé más. Pero no me conviene dejar rastro de mi paso, ¿entiendes?

Miró al gato que husmeaba el pâté con cara de asco.

—Adiós, camarada, y gracias. No sabes aún que eres casi huérfano… A ver si consigo traerte a la otra mitad de tu padre.

Rascó al gato entre las orejas y salió del piso. La portera seguía roncando. Sernín dejó que se cerrara la puerta sin ruido y volvió al coche. Como Mongougeot no había

indicado el número de la casa de la calle Saint-James, era evidente que su hermano ya sabía exactamente dónde localizarle. Lo más seguro es que esa casa desempeñara un papel importante en sus pesquisas.

—Esta vez, me estoy quemando —pensó Sernín—. ¡Chófer, andando, a Neuilly!

II

CON EL CUCHILLO AL CUELLO

Sernín aparcó el coche a la entrada de la calle Saint-James, delante de un pequeño restaurant, *Au Marronnier. Jeux de boules*. Comenzaba a notarse el frío. Sernín se frotó las manos con energía, se acuclilló y se enderezó varias veces, para calentarse. No corría el riesgo de que le vieran: la calle, muy corta, estaba totalmente desierta y su escasa iluminación dependía de una sola y depauperada farola. Mongougeot se hallaría en alguna de esas casas. ¿En peligro? ¡Seguro que sí! Sernín se fiaba de su sexto sentido, y algo le decía que estaba a punto de alcanzar lo que buscaba.

—Ya llego —murmuró—. ¡Resiste! No sé adónde voy, pero ya llego.

Recorrió los primeros jardincillos, tanteando las verjas, comprobando la resistencia de las puertas, escrutando las oscuras veredas, al acecho de algún destello, del mínimo indicio que pudiera decirle: aquí es. Pero, de momento, todo se reducía a cerrojos y tinieblas. No tardó en cubrir toda la derecha de la calle. Pasó a la izquierda y deshizo lo andado. Corría el tiempo. Este paseo a ciegas se le antojaba una memez, palpando cerraduras, apretando picaportes, forzando manijas. Y de pronto, su mano dio en el vacío. Había ganado. Se hallaba delante de una verja entreabierta. Allí estaba Mongougeot.

Al final de un camino, se alzaba un chalet de un piso. «Ojo, Lupin. ¡Pocas bromas!… De puntillas… y empuña el revólver; irás más seguro». Sacó el arma que le había cogido a su guardián de la casa del Vésinet, y se adentró en el jardín. Sabía caminar sin ruido y así llegó a una pequeña escalinata con más sigilo que un fantasma. También aquí la puerta estaba entreabierta. Su satisfacción, sin embargo, se trocó de inmediato en una sorda inquietud. Dudó, ante la oscuridad que reinaba al otro lado de la puerta. Por más que conociera los inmensos recursos de su propia inteligencia, las inagotables reservas de su energía, no podía por menos que recordar la feroz determinación de sus adversarios. Rememoró la imagen del pobre Mongougeot, abatido a quemarropa.

Al fin se impuso su voluntad de acción. Penetró en la oscuridad como un nadador que se zambulle en aguas oscuras. Avanzó lentamente, con las manos tendidas hacia delante y la punta del zapato tanteando el suelo. Los chalets de Neuilly suelen poseer abundancia de muebles, y corría el riesgo, a cada paso, de enredarse los pies en una alfombra, o de tropezar con un arcón, un velador, un mueble bajo.

No se oía ruido alguno… ¿Y si ya se hubiese ido Mongougeot? ¿Si, tras tenderle una trampa, también lo hubieran raptado?

De repente, se alzó un grito, y resultó tan brutal, tan inesperado, tan dramático, que Sernín, pese a su costumbre de dominar sus nervios, se estremeció presa de un escalofrío.

—No, no —suplicaba una voz… una voz de mujer.

Luego se oyó un gemido, sordo, como si lo sofocaran con una mordaza. Estaban torturando a alguien, ahí cerca, a la izquierda. Palpitándole el corazón, Sernín se desvió hacia la pared. ¡Pardiez! Habían dejado a Mongougeot fuera de combate y ahora… No tardó en distinguir una puerta y, apoyando la mano en la manija, siguió a la escucha. Reinaba otra vez el silencio, un silencio más horrible aún que el mismo grito.

Renació el gemido, débil, prolongado; limitado ya a un murmullo, como el que se produce cantando con la boca cerrada. Sernín se arrodilló y abrió, milímetro a milímetro. Finalmente, se decidió a asomar la cabeza.

No había más luz en la habitación que la que desprendía un pequeño candil colocado sobre un piano. La esquina derecha escapaba a su visión pero lo que descubrió le dejó estupefacto. A menos de dos metros, yacía un cuerpo en el suelo. Era una anciana, sólidamente amarrada, con la parte inferior del rostro oculta por una bufanda atada a su cabeza. Llevaba falda negra y delantal blanco. Sin duda una criada. Tan pavorosa debía de ser la escena que presenciaba que, temblándole el cuerpo entero, sólo acertaba a exhalar ese lamento grave e interminable. Sernín se arrastró por detrás sin que ella lo advirtiera. Y entonces vio y a punto estuvo de gritar.

En el otro extremo de la habitación, se encontraba una mujer, sujeta también por ataduras. Un hombre la amenazaba con un cuchillo. El resplandor del candil sólo revelaba unas siluetas confusas. Destacaba en cambio el brillo cruel de la hoja de la daga. Sonó una voz con rudeza:

—Te juro que vas a hablar, pequeña. De lo contrario… ¡Vamos! ¿Dónde lo has puesto? ¿No quieres decirme nada?… A la una. A las dos… Bueno. Tú lo habrás querido. Te voy a pinchar aquí, justo bajo esta oreja.

Se enderezó el hombre, que estaba agachado, y se dirigió al piano para coger el candil. Sernín bajó la cabeza y, mordiéndose la mano, a duras penas logró contener una exclamación. Esas cejas tupidas, ese bigote espeso… el vivo retrato del cadáver que antes sacara del coche. ¡Mongougeot!… ¡El otro Mongougeot! El hombre asió el candil y lo depositó junto a su víctima. Qué visión más horrible. La mujer atada era la hermosa rubia del quai de las Tullerías.

Entrechocaban las ideas en la mente del príncipe. De golpe se desmoronaba el laborioso andamiaje de hipótesis que había edificado. ¡Mongougeot actuaba a las órdenes de la harpía! Pero entonces, ¿por qué habían matado a su hermano? ¿Por indisciplina? ¿Por rebeldía?… ¿Y resultaba que ahora este individuo, con su tranquilizador aspecto de defensor de la ley, se iba a convertir en verdugo? Abrumado por tanta incoherencia, Sernín guardaba sin embargo su sangre fría. Observaba intensamente los gestos de Mongougeot. Éste sujetaba hacia atrás los cabellos de la joven y le apoyaba un dedo en el cuello.

—¿Notas cómo late la arteria, verdad, guapa?… ¡Pues bien, si sigues empeñada en callar, me bastará con apretar un poco y adiós a la vida!

Escrutó a su prisionera, alzando el cuchillo. Sernín tendió su brazo armado por encima del cuerpo de la criada, que aún gemía hipnotizada por la terrible escena.

«¡Rayos y truenos! —pensó Sernín—. Ya entiendo. Los Mongougeot trabajan a cuenta de un cliente, el tercero en discordia».

Apuntó a la mano que sostenía el cuchillo. Estaba seguro de tocarla a tan corta distancia. Retuvo el dedo en el gatillo, pues tenía casi la certeza de que la joven hablaría; y lo que pudiera decir le interesaba más que cualquier otra cosa.

—Te doy un minuto —insistió Mongougeot—. Ni un segundo más.

Se sacó del bolsillo del chaleco un reloj enorme y, rodilla en tierra, empezó a contar:

—Cincuenta… cuarenta…

Corría el sudor por la frente de Sernín. ¡Esa cretina era capaz de dejar que le rebanaran el pescuezo! ¿Tan formidable era el secreto que ocultaba?

—Treinta… veinte…

Sernín notaba que su propia sangre, latiéndole en las sienes, marcaba los segundos. «Está a punto de ceder… Tú, vieja, no te muevas, que conseguirás que marre el tiro».

—Diez… cinco…

Mongougeot se inclinó.

—¡Habla más alto!

¡Por fin! ¡Capitulaba! Ya era hora. Sernín bajó el revólver. Vio que la infeliz bisbiseaba unas palabras pero por más que aguzó el oído, sólo percibió un confuso murmullo. Qué mala pata. Se le escapaba la verdad justamente cuando más cerca estaba de alcanzarla. Hubiese controlado el juego y dirigido la partida a su antojo.

Mongougeot devolvió el reloj al chaleco, se irguió y dijo:

—Harías mal en mentirme… Voy a comprobarlo… Aunque, en fin, te creía más inteligente… ¡Mira que llamarle a eso escondrijo! ¡Mujer tenías que ser!

Sernín se deslizó sin ruido hasta detrás del canapé que había a su izquierda, mientras el detective cogía de nuevo el candil y cruzaba la habitación.

—¡Es que no tenéis ni idea!

Pasó al otro lado del piano, le levantó la tapa y metió la mano en su interior.

—Anda, pues es verdad —exclamó—. En el fondo, no se me hubiera ocurrido.

Pescó de dentro un grueso sobre amarillo, de modelo corriente, y lo hizo saltar en la palma de la mano, como si lo sopesara.

—Qué clase de idiota es éste —masculló Sernín—. Agredir a dos mujeres, estar a punto de cometer un crimen, y para qué… Para apoderarse de ese sobre que yo hubiese encontrado en menos de quince segundos, sin cuchillo, sin amenazas, sin reloj; simplemente, paseándome por la habitación.

Mongougeot dobló el sobre en dos y se lo guardó en un bolsillo, luego, con la mayor naturalidad del mundo, sin ni siquiera mirar a su víctima, abandonó el salón, pasando muy cerca de Sernín, que se hallaba agachado detrás del canapé.

El príncipe vaciló un segundo. Podía abalanzarse y quitarle el sobre a Mongougeot. O bien limitarse a dar la alarma, o socorrer a las dos mujeres. Precisamente había un teléfono encima de un pequeño escritorio. Pero esto supondría delatar su presencia, y barruntaba que le convenía permanecer en la sombra. ¡Bah! ¡Ya soltaría después a las dos prisioneras! Lo que ahora importaba era recuperar el sobre, pero con discreción. Pues éste era el motivo de que hubieran intentado raptar a la joven, amén de matar al hermano de Mongougeot. O sea que, primero, el sobre. ¡Luego, ya vería!…

Se deslizó calladamente hasta la puerta y, aprovechando la oscuridad del vestíbulo, se enderezó la corbata, la flor en el ojal, y se alisó el chaleco que se le había arrugado. Satisfecho, cruzó el jardín, oyó que a lo lejos arrancaba un automóvil.

—Corre, corre, hombre. Conozco tu guarida como el fondo de mis bolsillos. Dentro de una hora, esos papeles habrán cambiado de dueño. Pues te concedo una hora, para que te preguntes dónde puede haberse metido tu hermano, para que eches un vistazo a los documentos que acabas de robar, para que te desnudes y te acuestes, con la conciencia tranquila, suponiendo que tengas conciencia. Yo, mientras, me largo a tomar el aire. Confieso que estoy algo flojo de mollera.

Sacó un cigarro de la purera, consultó el reloj y se encogió de hombros. Así se presentaba la situación: por un lado, la joven rubia que tenía unos papeles de capital importancia; por el otro, dos clases de adversarios: la banda de los extranjeros y los hermanos Mongougeot. Esos detectives, sin embargo, eran privados; no trabajarían por cuenta propia. ¿Quién se ocultaba tras ellos?

De manera que quedaba por desenmascarar un X. Un X que no retrocedía ante nada, que había dado la orden de atizar sin piedad. Lo que había empezado como un suceso insignificante, más bien divertido, se convertía hora tras hora en un drama sangriento, un duelo a muerte entre personajes cada vez más misteriosos, que no reparaban en cadáveres. ¡Resultaba apasionante, aunque condenadamente peligroso!

Sernín se subió al De Dion y, sin prisas, se dirigió a la calle Balagny. Pegado al borde de la acera, se hallaba el coche de Mongougeot, un Renault de 1908 que debía alcanzar, como máximo, los 40 por hora, un vehículo menesteroso a imagen de sus propietarios.

Había luz en el piso. El detective estaría examinando su botín. Sernín, una vez más, consultó el reloj.

—Decididamente, no fue mala idea despojar al difunto Mongougeot de sus tarjetas de visita. De aquí a que lo identifiquen, suponiendo que ya lo hayan encontrado, tengo tiempo de tomar una decisión. Pero en fin, tampoco me conviene tirar mucho de la cuerda. ¡Tú, superviviente, a ver si aceleras; te doy aún veinte minutos!

Dio la vuelta a la manzana, una y dos veces. El frío apretaba cada vez más. A la tercera vuelta, ya se había apagado la luz del piso. No obstante, debía evitar cualquier precipitación.

—Venga, otra vuelta, y sin prisas, Lupin, sin prisas. ¡Nada de trampas!

Transcurridos los veinte minutos, se acercó con paso firme y llamó. ¿Qué riesgo corría? Los Mongougeot saldrían con frecuencia, de noche, por necesidades de su trabajo. Y como eran dos, la portera ya estaría acostumbrada a tantas idas y venidas. Fingiría ser el segundo Mongougeot.

Se abrió la puerta. Con su moneda de cinco francos, Sernín volvió a asegurarse una posibilidad de retirada.

—¡Mongougeot!

Pasó por delante de la portería a oscuras, subió hasta el primero, empuñando las llaves del muerto. Se introdujo en el vestíbulo con la soltura de un caco. De una de las habitaciones escapaba un potente ronquido. ¡Qué bestia! No parecía que le oprimieran los remordimientos. ¡Y mucho ojo con el gato!

Pero no había quien chistara. Sin duda, el gato negro estaría durmiendo en la cama de su dueño. Sernín recordaba exactamente la disposición del lugar. El despacho se hallaba a la derecha. Si fuera Mongougeot, Sernín se hubiera sentado ante el escritorio para estudiar los documentos. Luego, hubiese guardado el sobre en el cajón de arriba, reservándose la oportunidad de enseñárselo a su hermano… Más tarde, hubiese tomado medidas más estrictas… Pero no habría ningún más tarde. Si el sobre no estaba en el despacho, entonces tendría que intervenir y utilizar los grandes métodos.

Sernín penetró quedamente en el despacho, y cerró la puerta con cuidado. Los ronquidos ya eran un indicio suficiente. Se sentía tranquilo. Tenía tiempo de sobras.

Se orientó a tientas y localizó la mesa, explorándola despacio. Su mano tropezó con la palmatoria. ¡Una cerilla! Mecachis, sólo le quedaban dos. Se sentó en el sillón. No iría a embarrancar ahora, por falta de cerillas. Con gesto seco, frotó la primera. Se encendió y su llama prendió en la vela. La habitación se hallaba en el mismo estado en que la había dejado. Único detalle de mención: había desaparecido, arrancada, la hoja del taco.

Sernín entreabrió el cajón, distinguió el sobre y se petrificó. ¡Pestes! La abertura del cajón ponía en marcha una señal. Por un instante, se sintió atrapado. El timbrazo se detuvo, luego volvió a sonar. Era el teléfono. ¡Aprisa!

Sernín era hombre de decisiones rápidas. Aplastó entre sus dedos el pabilo de la vela para impedir que humeara. Al mismo tiempo, empujó el cajón con la barriga. Después, en tres zancadas, se ocultó detrás de las gruesas cortinas que tapaban la ventana. Seguía sonando el teléfono.

«Me hubiese dado tiempo a largarme —pensó Sernín—. Qué sueño más pesado se gasta el artista».

Se envaró, pegándose a la pared. Por fin se abría la puerta. Apareció Mongougeot, con un quinqué en la mano.

—Ya va, ya va —rezongaba furioso.

Llevaba camisón y zapatillas. Se restregaba un ojo con la mano libre. A su vera,

venía el gato, irguiendo la cola. Por el intersticio de las cortinas, Sernín observaba la escena. «Este maldito minino se acercará a olerme. Seguro que no me libro del gato». Sacó el revólver. Mientras, Mongougeot descolgaba.

—Diga… Sí, soy yo… ¿Cómo?

Le temblaban los bigotes. Se sentó cansinamente en una punta del escritorio.

—¿En la acera?… ¿Unos agentes en bicicleta?… ¿Una ronda?

Repetía mecánicamente lo que le explicaba su interlocutor. Parecía alelado.

—¿Están seguros de que es él?… No. No tenía ningún motivo para andar por esos parajes… ¿Y entonces lo han reconocido?… Sí, quizá el crimen lo ha cometido un vagabundo… Claro que voy en seguida… Sí, gracias.

Colgó el teléfono y ocurrió entonces algo tan inesperado, tan insólito que Sernín a punto estuvo de moverse. Mongougeot lloraba. Creyéndose a solas, no intentaba reprimir su pena. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Pobre Gaston —murmuró—. ¡Pobre Gaston! Ya decía yo que no había que fiarse.

El gato se aproximó a las cortinas. Lanzó un maullido apremiante.

—Cállate ya —gritó Mongougeot—. ¡No creerás que te voy a abrir la ventana!

Se levantó agobiado, cogió la palmatoria, le temblaba la mano. Su rostro había adquirido una repentina expresión de vejez y desamparo.

—Hala, ven, Minú… ¡Ya sabes que él te quería mucho!

Desapareció, arrastrando los pies, casi ridículo con su camisón que ondeaba en torno a sus pantorrillas.

«Pobre hombre —pensó Sernín—. Se puede ser un canalla y tener corazón… ¡Pero date prisa… Emile… que me estoy helando!».

Del fondo del piso llegaba un ruido de sillas corridas y puertas chirriantes que indicaban la premura de Mongougeot. El gato, ahora, maullaba en la cocina. De vez en cuando, se oía la voz de Mongougeot. Hablaba solo. Reapareció de nuevo en el umbral del despacho, ya vestido, sosteniendo la palmatoria por encima de su cabeza.

—¿Dónde lo he metido?… ¡Ah, sí, en el ropero!

Se alejó y poco después se cerró la puerta del rellano. Giró la llave en la cerradura. Al rato, resonaron en la acera los pasos de Mongougeot. Se hallaba tan hundido que no tenía ni fuerzas para correr.

Sernín permaneció quieto un instante, apartó luego las cortinas y, con su última cerilla, volvió a encender la vela. Se sentó en el sillón. Revolvió el cajón febrilmente, puso el sobre en la mesa. Estaba aún por abrir.

—¡Qué falta de curiosidad! A lo mejor esperaba a su hermano… O ya conocía de sobras lo que hay dentro.

Sernín, sin cesar de palpar el sobre, se preguntaba qué era lo más conveniente. Llevárselo supondría delatar su intervención. Pero, aunque se limitara a abrirlo… Exploró rápidamente el mueble y descubrió un paquete de sobres amarillos, idénticos al que tenía en la mano. Ya no había razón para dudar. Asió una plegadera y, de un

tirón, abrió el sobre misterioso. Contenía un grueso fajo de cuartillas. Las desplegó, las alisó con la palma de la mano, las fue examinando una a una.

Estaban en blanco.

¡Increíble! ¡Doce cuartillas de papel en blanco! Se había quedado sin dormir; había luchado; había arriesgado la vida por doce cuartillas vírgenes. ¡Pues qué gracia!

Horriblemente humillado, sonrió, apretando los puños. Su vida aventurera estaba plagada de altibajos. Habíase tropezado con un sinfín de misterios, pero nunca había tenido la sensación de que le hubieran timado con tanta insolencia. ¡Doce cuartillas en blanco! ¿Por quién le habían tomado? ¿O sea que el tal Mongougeot, con sus bigotes de foca y su ridículo camisón, ya había previsto la invasión de su morada? Astutamente, había sustituido el sobre bueno por este otro absurdo. O mejor dicho…

¡No! La víctima del timo había sido en realidad el propio Mongougeot. La rubiales, después de la agresión que sufriera en el quai de las Tullerías, había adoptado ciertas precauciones. Había puesto los documentos a buen recaudo, y el sobre que había dentro del piano sólo estaba ahí para despistar a cualquier ladrón de circunstancias. Ingenuo escondrijo, y así se explicaba la sorpresa de Mongougeot.

¿Pero por qué demonios no se cercioraba del contenido del sobre al cogerlo?… Sencillamente, porque era un necio. Mongougeot creía aterrorizar a su víctima y ésta, en cambio, le engañaba con una audacia que Sernín no dejaba de admirar, ahora, en su justo valor. ¡Carajo! Se requería un temple poco común para mentir bajo la amenaza de un cuchillo. ¿Y acaso, en el coche de Sernín, tras la fallida apresión, no había demostrado la joven toda su presencia de ánimo, al darle una dirección falsa? ¡Ah, bribona! ¡Qué aplomo! Y cómo le gustaría volvérsela a encontrar, decirle:

—¡Muy hábil, la jugada del piano! ¡La vi! Y puedo apreciar. También yo creí que iba usted a rendirse. La felicito.

Sernín soñaba. ¡Volverla a ver!… Para a su vez asombrarla. Y obligarla a que se fijara en este singular sujeto que le había adivinado el juego. Era fácil. Ahora, ya sabía su dirección. Tenía que haber algún listín, en el despacho. Se alzó y al instante lo descubrió en la estantería inferior de la biblioteca.

Depositó sobre la mesa el grueso volumen, lo hojeó, despotricando contra la poca luz. *Neuilly… calle Saint-James…* Aquí… *Condesa Cécile de Mareuse…*

Bien. Muy bien. Hubiese lamentado tener que afanarse tanto por una Marie Dupont o una Jeanne Durand. ¡Y Cécile! Era un nombre que le acariciaba el oído. Jamás había entrado una Cécile en su vida. Se echó a reír, despreocupado.

—Lupin, compañero, ¿estás seguro?… ¡Confiesa que andas un poco ofuscado!

Cerró el listín con cuidado, mientras evocaba las sombras adorables que habían pasado por su existencia y que, a veces, le habían excitado. Pero no era momento de nostalgias.

Devolvió el mamotreto a su sitio y, con una seriedad repentina, cogió otra vez las

cuartillas, las examinó por transparencia, las expuso a la llama de la vela. Ni rastro de tinta simpática. No. No se había equivocado. Eran unos documentos de pega. Y Mongougeot no pasaba de ser un tipo cerril. Aun así, vivir valía la pena. ¡Ah, Cécile! Vivir vale la pena. Pero deja que me ocupe de tus asuntos. Ya te habrás dado cuenta de que ésos van a matar. Por muy valiente que seas, se acabarán imponiendo si yo no intervengo. Buenas noches, Cécile… Ya basta por hoy. ¡Me voy a dormir!

Dobló las cuartillas, las introdujo en un sobre nuevo, lo cerró atentamente y lo guardó en un cajón. Arrugó después el sobre anterior y se lo metió en el bolsillo.

Dio una última ojeada. Estaba todo en orden. De un soplo, apagó la vela. Por supuesto, Mongougeot, al salir, había cerrado con llave el portal.

—¡Puerta, por favor!

Subió nuevamente al coche que con tanta amabilidad le habían prestado los maleantes, lo abandonó junto al mercado de la calle Treilhard. Su casa se hallaba a dos pasos, en la esquina que forman el bulevar Haussmann y la calle Courcelles. Tomó un baño antes de acostarse y devoró una pechuga de pollo.

¡Cécile! Cada vez le gustaba más este nombre. Lo murmuraba aún cuando entornó los ojos.

La noticia del misterioso asesinato de Gaston Mongougeot no obtuvo mucha difusión. Todo el país tenía la vista puesta exclusivamente en el rey Pedro I de Servia. La prensa publicaba artículos entusiastas, recordaba que Pedro Karageorgevich había estudiado en Francia y que hasta fue alumno de la Escuela militar de Saint-Cyr. Durante la guerra de 1870 había servido en la Legión extranjera. Con el grado de teniente en el ejército del Loira, había combatido valerosamente a raíz del ataque a la estación de los Aubrais. Se hallaba en posesión de la medalla de 1870 y ostentaba incluso el primer ejemplar de esta condecoración, que acababa de recibir de manos del presidente Fallières…

El príncipe Sernín bostezó. ¡Bueno! ¡Bueno!… A ver qué dice *Le Matin*. Y dale con el rey. ¡Ya me está fastidiando este bueno de Pedro! ¿Y *Le Figaro*?… Un artículo larguísimo en primera página cuyo autor insistía acerca de la importancia del próximo matrimonio del archiduque Miguel con la princesa Marika de Cirilia. Gracias a esta unión, Cirilia escaparía a la influencia de los imperios centrales…

—¡Oh, qué pesados! —exclamó Sernín.

Abrió *Le Gaulois*. Otro artículo sobre el joven archiduque… ex alumno de Saint-Cyr, como su tío… permanecería sin duda algunos días en Francia tras la partida del rey… ¡Pasemos! *Le Petit Journal* publicaba la fotografía del archiduque, en uniforme de campaña, junto a la princesa Marika.

—¡Cielos, qué fea!… ¡Y, naturalmente, de Gaston Mongougeot ni una palabra!… Mongougeot pertenece a la soldadesca, a la servidumbre, al populacho. ¡Qué ganas me dan de mandarles una nota! Cuando pienso que ya hace más de veinticuatro horas

que… En fin, quizá salga algo en las ediciones de la tarde.

Después de comer, Sernín pasó unas horas en el círculo de la calle Cambon jugando al bacará con tranquila audacia, hasta obtener una ganancia de trescientos luises. Necesitaba una pausa, que le permitiera olvidarse provisionalmente de lo que él llamaba el «caso Cécile». Ya reflexionaría, más tarde, a su antojo. De momento, como tenía por costumbre en vísperas de sus grandes batallas, buscaba en el juego una distracción que le aguzara el ingenio y le renovara las fuerzas. Compró las ediciones de la tarde y se volvió a casa. La prensa comentaba al fin la muerte de Mongougeot.

MISTERIOSO ASESINATO DE UN EX INSPECTOR DE POLICÍA

Ayer, de madrugada, un aldeano que se dirigía al mercado de Les Halles para vender sus productos, descubrió el cadáver de Gaston Mongougeot, ex inspector de policía, en una acera de Chatou. La infortunada víctima tenía en el pecho una herida de bala, mortal de necesidad. Privado de sus papeles, su identificación hubiese resultado larga y costosa de no ser por uno de sus antiguos colegas que le reconoció casualmente. No parece que sea el robo el móvil del crimen, pues en los bolsillos del difunto se encontraron aún tres luises. Todo hace suponer que Gaston Mongougeot fue víctima de una venganza. ¿Le abatió acaso algún preso recién salido de la cárcel? Gaston Mongougeot, considerado por sus jefes como un policía eficaz, había presentado tiempo atrás su dimisión para fundar, con su hermano Emile, asimismo inspector de la Sûreté, una agencia de detectives privados.

Se ha encargado del caso el comisario jefe Ganimard. Célebre por sus conflictos con Arsène Lupin, es de esperar que este policía notable aclare rápidamente un caso tan escabroso. ¿Quién nos librará, sin embargo, de una chusma cuya impudicia ya está rebasando los límites?

Sernín sonrió complacido. Sentía una satisfacción de ver que no le olvidaban. ¿Cabía pensar que algún día la suerte, con su eterna malicia, enfrentaría de nuevo a estos dos adversarios ya veteranos? El mismo periódico dedicaba a Cécile una breve reseña.

ROBO EN NEUILLY

Un desconocido, tras introducirse con ayuda de llaves falsas en el domicilio de la condesa de Mareuse, que vive acompañada de su sirvienta, Julie Laporte, agredió y ató a las dos mujeres. Luego, con un cuchillo, amenazó a la señorita de Mareuse obligándola a que le revelara el escondrijo donde ésta guardaba varios papeles de su familia que, sin embargo, carecen de interés para un desvalijador.

«No entiendo nada —nos ha declarado la condesa—. A mi juicio, sólo puede tratarse de una coincidencia. Seguramente, el ladrón se equivocó de víctima».

—¡Vaya, vaya! —comentó Sernín—. En tal caso, hay que admitir que también la víctima del quai de las Tullerías fue una equivocación… ¡Cuántas coincidencias!… ¿Y por qué Cécile no ha denunciado el intento de secuestro?… ¿Y, en cambio, por qué ha avisado a la policía comunicando el… robo, si fue ella la que embaucó a Emile?…

Encontró fácil respuesta para esta última pregunta.

—Sin duda, a causa de la criada, que presenció la agresión… ¿Y si entrara en el juego algún chantajista, unos papeles que conviene recuperar?… ¿Pero a favor de quién iría?… Aparte de que los casos de chantaje rara vez incluyen el asesinato…

Sernín se sirvió un dedo de oporto y comenzó a pasear por su elegante salón, como solía hacer cuando necesitaba concentrarse. A veces, hablaba en voz alta, deteniéndose delante del espejo veneciano que adornaba la chimenea, y se preguntaba:

—Emile… bueno, Emile estará fuera de combate durante dos o tres días. No tiene más remedio que aguantar a sus ex colegas, por culpa de las investigaciones. Y seguro que éstos le están complicando la vida, pues los del quai des Orfèvres no soportan a los tránsfugas. Estará fuera de combate, pero ahora sabe que en el sobre sólo hay unas cuartillas en blanco, pues es evidente que ya lo habrá abierto. Y estará furioso. Tiene la sensación de que su hermano (no acierto a ver la relación pero existe) ha muerto por nada. Conque, una vez más, irá a la caza de Cécile… No se contentará con su fracaso.

Llegado a este punto, se interrumpía. Su instinto le decía que lo que él llamaba la «banda de la Harpía» tampoco se iba a quedar de brazos cruzados. Por ese lado, Cécile se exponía a un peligro similar. La verdad, sin embargo, es que no sabía absolutamente nada sobre los que habían asesinado a Gaston Mongougeot. No podía prever sus maniobras futuras. Y eran muchos. ¡Al menos cinco!

—¡Pero también Lupin tiene tropas! ¡Y las va a movilizar! ¡Y ahora mismo!

Se sentó ante un precioso escritorio de estilo inglés y redactó cinco notas. Llamó después a su ayuda de cámara.

—Corre. Es urgente.

Sólo le quedaba esperar, como si él fuera capaz de esperar, con todo el fuego que le ardía en las venas. Fue al teatro de la Porte Saint-Martin, donde reponían *Chantecler*. Más tarde, cenó en Larue. Durmió poco y mal. A las nueve, se le presentaban sus fieles. Y en seguida dictó órdenes.

—Maréchau, me vigilas a Cécile de Mareuse. Te fijas en todas sus salidas, te informas sobre quienquiera que la visite. Pero con maña, ¿eh? Como si fueras invisible.

—Cuente conmigo, patrón.

—Ambroise… Consigna semejante por lo que se refiere al señor Mongougeot. Y no te fíes. Tendrá toda la cara de tonto que quieras, pero aún es capaz de notar si le

siguen… Y al menor incidente, me avisáis por teléfono, uno y otro. Yo no me moveré de aquí. Vosotros dos, Lenfant y Loiseau, ¿habéis oído? Consignas idénticas. Relevaréis a vuestros compañeros. Pues quiero que haya una vigilancia continua, día y noche. ¡Hale, andando!

Guardó consigo a su hombre de confianza, Jean Doudeville. Jean y Jacques Doudeville eran ambos inspectores de policía e informaban a Sernín de todo lo que se decía y se hacía en el quai des Orfèvres.

—A ver, Jean, cuéntame.

—La verdad, patrón, es que vamos despistadísimos. Los Mongougeot estaban bien vistos. No es que fueran unos linces, pero podías confiar en ellos.

—¿Honrados?

—Creo que sí. Ayer por la tarde, le tomaron la declaración a Emile. Pretende estar convencido de que su hermano murió víctima de una venganza. Perpetrada, al parecer, por alguien a quien Gaston detuvo hace tiempo. Pero Ganimard sospecha que nos oculta algo.

—Me preparas un expediente sobre sus hojas de servicio, y me tienes al corriente.

—De acuerdo.

—¡Ah! Dale un vistazo a un coche abandonado delante del mercado de la calle Treilhard. Es un gran De Dion negro. Lo más seguro es que lleve matrícula falsa, aunque nunca se sabe. Procura enterarte de quién es el propietario. En fin, despabílate.

—Lo intentaré, patrón.

Sernín se despidió de Doudeville. Había empezado el combate.

III

SIMONE DE MAREUSE

Cuatro días transcurrieron, cuatro jornadas mortales durante las que Sernín tascó el freno. Decidió, por pasar el rato, leer una obra erudita sobre la colección de objetos de arte del banquero Manheim, aguardando la ocasión de visitarle algún día, no ahora, sino cuando se hubiese solucionado el caso. Salía apenas. Le traían montones de periódicos, que se leía aburrido. ¡Y dale con el rey de Servia! ¡Y dale con los problemas de Oriente! ¡Y dale con esas disputas ineptas entre altezas más o menos seniles!

«¡Ah, si al nacer hubiese recibido una corona! —pensaba Sernín—. ¡Ya me hubiese encargado yo de poner orden en todo este jaleo! Pero no. Mientras las potencias negocian, yo me ocupo del ex inspector Mongougeot. Lupin, déjame que te lo diga: ¡no eres más que un trabajador de poca monta!».

Solía ceder entonces a reacciones depresivas; se enfadaba con los que le trataban y, para aplacar sus nervios, acudía a un gimnasio y se desahogaba golpeando un *punching-ball*. O se instalaba en su alcoba, delante del espejo, y se distraía «inventando caras». Disponía de una extraordinaria colección de pomadas, ungüentos, cremas, polvos. Poseía más pelucas, barbas y bigotes que un actor del teatro francés. También disponía de calvas y aparatos de goma que le modificaban la forma de la nariz y de la boca. Se convertía, a capricho, en notario, en académico, en apache, en ministro. «¡Marche un Fallières, uno!». Se disfrazaba de presidente. «¡Socorro, Emile!». En un abrir y cerrar de ojos, era Emile Mongougeot, con sus bigotazos y sus tupidas cejas. Aun así, no lograba calmar su inquietud.

Había leído, con sorna, el relato de las exequias de Gaston. Un oscuro funcionario de la prefectura había pronunciado el discurso de circunstancias: «Policía modelo… quiso volar con sus propias alas… sensible pérdida… nunca hubiera debido abandonar la Casa…», en suma, las memeces de rigor. Surgía no obstante una incógnita, con machacona insistencia, que Sernín no acertaba a resolver. Los Mongougeot gozaban de general estima. Y sin embargo, él mismo había visto lo fácil que hubiera sido para Emile matar a una joven inerme. ¿Quiénes eran, pues, los verdaderos Mongougeot? ¿Gente honrada? ¿Granujas?… Sernín se inclinaba por lo segundo. Habían cedido a la tentación del lucro. ¿No sería, en tal caso, más sencillo intentar el soborno de Emile?

Sernín consideraba el problema, colgado de su trapecio, cabeza abajo, cuando el criado introdujo a Ambroise.

—¡A ver, zángano, desembucha! —gritó Sernín.

—Bueno, patrón, pues no hay mucho. Mongougeot se encarga él mismo de hacer la compra. Elige sobre todo conservas, ah, y también asadura. Me pareció extraño.

—¿Y qué más?

—Bueno, de día come en el restaurante. Ayer, tomó embutidos y…

—Me importa un pito. No te pregunto lo que come sino lo que hace.

—A eso voy, patrón. Se compró un traje negro en la *Belle Jardinière*. Después del entierro, fue a Borniol para pagar la factura. Luego, visitó al abogado Bergeron, que vive en la avenida de Messine…

Sernín, mediante una pirueta impecable, recuperó la verticalidad y se sentó en la barra.

—¿Y de noche?… ¿O es que no sabes que a veces sale de noche?

—Le puedo asegurar que en todo este tiempo no se ha movido de casa. Lenfant y yo nos vamos turnando.

—Bueno. Pues a seguir… Si necesitas dinero, para las comidas, los taxis… te ves con Octave.

Mientras Sernín se estaba duchando, llegó Maréchau.

—¿Alguna novedad?

—No lo sé, patrón. A usted le toca juzgar.

—¡Habla más alto, córcholis!

—La condesa pasó anteayer por comisaría.

—Normal. ¿Qué más?

—Hacia las tres de la tarde, cogió un coche de punto que la llevó a la calle Saint-Jacques, esquina Val-de-Grâce. Entró en una clínica.

—¿Cómo?

—Sí, patrón. La clínica del doctor Moutier. Me lo apunté.

—¿Cuál es la especialidad de este médico?… Evidentemente, no te preocupaste de averiguarlo. Si es que tendré que hacerlo todo yo. ¿Y después, qué?… ¿Pasó allí mucho rato?… Que yo sepa, no está enferma.

—Dos horas.

—¡Dos horas! ¡Vamos, hombre! Se te pararía el reloj.

—Se lo prometo, patrón. A las cinco y media fue a Reynaldi, la peletería del bulevar Malesherbes. Y luego se volvió a su casa… Ayer, salió hacia las doce de la mañana. Almorzó en Le Coq de Bruyère.

—¿Sola?

—Sí. Por la tarde, visitó la galería de arte Durand-Ruel y tomó el té en Rampelmeyer.

Sernín cerró los grifos, apartó las cortinas y tendió un albornoz a Maréchau.

—Toma, sécame, mientras pienso. ¿No te parece que todo esto es muy curioso? Una mujer que sufre dos agresiones en una misma noche y que se pasea como si nada. ¿Ya me lo has contado todo?

—No, aún no. La vieja, la criada, Julie Laporte, se ha ido a Sologne, a descansar con su familia.

—O sea que Cécile de Mareuse ya no tiene a nadie en casa… Frota bien,

animal… Habrá que estar ojo avizor.

—Ahora la controla Loiseau, patrón.

—Vale, gracias. Puedes disponer.

Sernín se encorajinaba. Cuatro días sin el menor acontecimiento. El uno comía embutidos. La otra tomaba el té. ¿Qué burla era ésta? ¿No iba a provocar nada el sobre repleto de cuartillas en blanco? Pasó toda la mañana huraño, almorzó frugalmente. A la hora del café, se presentó Doudeville.

—Te esperaba, sabes… ¿Una taza de café?… Bueno, explícate.

—Le voy a decepcionar, patrón. En principio, la trayectoria de los dos Mongougeot no tiene nada de especial… Nacieron en la Sarthe. Sacaron el certificado de estudios en Le Mans. Al fallecer su padre, que era inspector de Hacienda, vinieron a París. Entraron en la policía por recomendación del diputado Louis Joubert y ahí se fueron abriendo paso, sin llamar la atención…

»En estos momentos estamos espulgando la lista de malhechores detenidos por los Mongougeot. No es muy larga y todos los sospechosos ya han muerto o tienen trena para rato. Se lo he resumido todo en un papel. Pero, por ese lado, nada.

»Queda su agencia. Nunca se ha sabido muy bien por qué la crearon. En esto, Emile era muy discreto. De todos modos, hemos podido establecer que iban tirando… vigilancias, investigaciones prematrimoniales, casos de adulterio… Pamplinas. Quizá Gaston denunció a algún amante y éste se lo cargó.

—En resumen, que estáis en la higuera. ¿Os ocupáis, al menos, del robo cometido en casa de la condesa?

—Se lo han asignado a Rampou. Es uno de los jóvenes… A Ganimard le faltan efectivos, por culpa del rey. Andamos todos movilizados. Los de arriba temen a los anarquistas.

—Ya veo. Descalabro total. ¡Bueno! Otra cosa. ¿Qué dicen tus colegas de Mongougeot? ¿Le compadecen?

—No mucho. Sentimos poco aprecio por los detectives. Pero he de admitir que Emile ha conservado muchos amigos.

Sonó el teléfono, en el salón de fumar. Sernín fue a ponerse.

—¡Ah! ¿Eres tú, Loiseau?… Muy bien… Sí, has obrado muy bien… Síguela, claro… Y llámame en seguida… Apostaría a que se vuelve a la clínica… Hasta ahora.

Regresó al lado de Doudeville. Le brillaban los ojos. Sonreía.

—Qué eficaz, este Loiseau —dijo—. La condesa acaba de subirse a un simón… Son las dos y media… Tres cuartos de hora para llegar a la calle Saint-Jacques. Las tres es la hora de las visitas… Presiento que va a haber novedades… Lárgate, chico… Vuelve pasado mañana… Procura traerme resultados… ¡No, no es un reproche!

Se terminó la taza de café y encendió un cigarrillo. Por supuesto, también podía ocurrir que Cécile fuera al Bois o de tiendas. Tenía la certeza, sin embargo, de que la joven se dirigía otra vez a la clínica del doctor Moutier… y no para una consulta, sino

para visitar a alguien. Su interés por un enfermo determinado no ofrecía duda alguna.

—¡Octave!

—Sí, patrón.

—Saca el Mercedes… Vamos a darnos un paseíto.

Entró en su habitación, se vistió, eligiendo traje y abrigo oscuros.

—¿Me maquillo?… Quizá fuera más prudente.

Dudó entre varios bigotes. Un bigotito marrón serviría para el caso. Se trataba simplemente de darle el pego a Cécile, por ver lo que ocurría. Se lo acababa de pegar cuando volvió a sonar el teléfono. Pescó un bombín y descolgó.

—¿Qué?… Sí, exactamente lo que pensaba… No. No me esperes. Vuélvete a Neuilly. Si te necesito, ya te llamaré al Marronier. De acuerdo. Gracias.

¡Pardiez! Ahora ya era seguro que la joven se hallaba en la clínica. Dos veces en dos días, ¡algo tenía que significar!

—Andando, Octave… ¡Al Val-de-Grâce, a escape!

Saltó al interior del coche, cobrando nuevos bríos. ¿Quién sería el objeto de las visitas de Cécile de Mareuse a la clínica? ¿Un médico, un enfermero o un enfermo? ¿Y existía alguna relación entre esta visita y el drama que había involucrado a Sernín?

«¡Si hay un enfermo en la aventura —pensó Sernín—, es el menda! Porque, primero, hay que estar enfermo para interesarse tanto por una mujer que sin duda se burla de mí. Porque, segundo, los acontecimientos que he presenciado resultan tan incoherentes que me pregunto si no estoy divagando. Porque, tercero, Lupin es una especie de iluminado, como todos sabemos. ¡O sea que viva la clínica!».

—¿Dónde le dejo, patrón?

—Algo más lejos, delante de la clínica… Espérame allí.

Había un simón detenido, al otro lado de la calle, enfrente de la casa del doctor. Era evidente que Cécile no tenía intención de demorarse; había guardado el vehículo.

Sernín bajó, volvió sobre sus pasos, siguiendo una alta tapia que permitía ver las copas de yertos plátanos. El edificio principal tenía un aspecto poco atractivo, con sus ventanas provistas de rejas. En la entrada, había una placa de cobre:

Doctor Moutier
ex interno de Hospitales
Hora reservada

Cruzó la puerta y se encontró en una especie de locutorio, de paredes blancas y suelo encerado. Era como una mezcla de clínica y convento. A la derecha, había un anexo acristalado, con una ventanilla en medio, tras la que se hallaba una enfermera dedicada a escribir cosas. Sernín se acercó a la ventanilla, saludó muy cortésmente.

—Perdone, señora. ¿Puedo visitar al doctor Moutier en su casa, o es que sólo recibe aquí?

—Sólo recibe aquí. Consulte el tablero que hay a su espalda.

La enfermera casi no le había observado y se había vuelto a abstraer de inmediato en sus papeles. Ejercía únicamente una vigilancia distraída que secundaba de maravilla el plan ideado por Sernín. Éste permaneció unos segundos ante el cuadro de días y horas de consulta y luego, ostensiblemente, fue hasta la puerta de la calle, cerrándola con ruido.

Pero no salió. Encogiéndose, corrió velozmente por debajo de la ventanilla, fuera del alcance de la vista de la enfermera y se metió por la puerta del fondo. Daba a un pasillo muy largo, desnudo y desierto. Había un banquito arrimado a una de las paredes. En la otra, se abría una serie de puertas: Economato… Lavandería… Farmacia… Dirección…

—¡Brrr! —gruñó Sernín—. ¡Prefiero la cárcel!

Recorrió todo el pasillo, procurando amortiguar el ruido de sus pasos. Reinaba un silencio absoluto. El lugar se hallaba pobremente iluminado por dos ventanas de cristal esmerilado, cubierto de una capa de pintura blancuzca.

—¡Aire!… ¡Aire!…

Empujó la puerta de dos hojas, similar a la que había en la otra punta del pasillo, y se detuvo en seco.

—¡Canastos! ¡Si son locos!

Se sentía helado por el espectáculo que se presentaba a su vista.

—¡Locas!

Ante él se extendía un patio, poblado de raquíticos arbolillos, oprimido por las altas tapias que lo rodeaban, gris, húmedo, desolado. Y por dicho patio, deambulaban siluetas de mujeres, todas iguales por las blusas oscuras que llevaban. No formaban grupos; no se paseaban de dos en dos; cada una vagabundeaba a solas con su obsesión. Y Sernín, que había arrostrado tantos peligros, que tantas veces había sonreído ante la muerte, se estremeció. Algunas de estas mujeres gesticulaban, se paraban de sopetón, reían con negligencia, como hubiesen reído durante una fiesta nocturna, después proseguían su camino, nervioso el cuerpo, inquietos los labios. Había otras que andaban sin detenerse, cabizbajas, las manos a la espalda, rumiando problemas que nunca se resolverían. Una había que giraba y giraba, reviviendo alguna cancioncilla infantil. Y toda esta pequeña multitud se movía en silencio. Era más alucinante que una danza de la muerte.

En seguida llamaban la atención, no obstante, algunas robustas enfermeras, vestidas de blanco, que vigilaban el recreo de los internados. Y también destacaban en seguida, por su ropa de ciudad, las visitas que intentaban conversar con alguna pariente o amiga en tratamiento. Había un hombre que andaba, con una mujer cogida del brazo, y que hablaba mientras ella le escuchaba tranquila, sin mirarle. Sernín, oprimiéndosele el corazón, advertía todos los detalles, las ventanas con sus rejas, las puertas muy probablemente cerradas a doble llave, las celadoras expectantes, hasta que sus miradas se posaron al fin en Cécile.

Era la única que se hallaba sentada en uno de los bancos de piedra dispuestos entre los árboles. Y a su lado tenía a una muchacha que se le parecía tanto que hubiese podido pasar por su doble, aunque más vaporosa, más irreal. La misma cabellera rubia, la misma talla, la misma esbeltez, pero aquejada de una delgadez inquietante, de una inmovilidad malsana, de una especie de ausencia que convertía la escena en algo infinitamente cruel.

¿Su hermana? Sin duda alguna. Una Cécile nocturna, un reflejo que no tardaría en borrarse con el crepúsculo.

Sernín se sintió lleno de piedad por aquellas dos infelices. Veía hablar a Cécile y hubiese dado lo que fuera por oír sus palabras. Se dio cuenta no obstante de que una de las celadoras dirigía la vista hacia él. Convenía adoptar de inmediato unas apariencias de visita, de lo contrario no tardaría en tener que dar explicaciones.

Echó a andar por el patio y fue uno de esos momentos que, según confesaría después, se recuerdan con horror. ¿Por qué mujer decidirse? ¿No iría a provocar una crisis si inopinadamente se sentaba al lado de una enferma?

Se fijó en una persona de unos cincuenta años que acababa de ocupar un banco, no lejos de Cécile y de su hermana, y hacia ella se encaminó, abriendo los brazos, como si le alborozase ver que le estaban esperando.

—Hola —dijo—. Hoy tiene buena cara, ¿eh?

Ya nadie le miraba. La loca, por su parte, tampoco parecía notar su presencia. Se restregaba las manos, sin cesar, como si intentara librarse de alguna suciedad. Pese a la postración de sus rasgos, su rostro conservaba un aire distinguido.

—Señora —murmuró Sernín—, no sé si me entiende… pero no quiero perjudicarla… Si me siento aquí a su lado, es porque estoy cansado… muy cansado…

Esta palabra pareció despertar algún recuerdo en la demente, que repitió con voz lejana: «Cansado… Muy cansado…». Sin embargo, no volvió la cabeza. Era inútil insistir.

Aun así, Sernín, con gran dulzura, apoyó una mano en esas manos obsesas, como si buscara el perdón de algo. A pocos metros de distancia, Cécile conversaba con su hermana en tono festivo. No había modo de captar el sentido de las frases. En cambio, era evidente que la «otra Cécile» seguía atenta la conversación. ¿Estaría acaso casi curada? ¿O quizá pertenecía a esa categoría de psicópatas que sólo sufren trastornos mentales a intermitencias?

Pero ¿de dónde sacaría fuerzas Cécile para aparentar tanta alegría, a pesar de los dolores que estaría padeciendo? «Qué carácter —pensó Sernín—. Esta mujercita me llena de admiración. ¡No hay ningún hombre que le llegue a la altura del tobillo! ¡Ni siquiera yo, que ando tan perdido en este patio!». Asió de nuevo las manos de la enferma, que volvían a agitarse.

—Soy amigo suyo —susurró—… Cálmese.

No obstante, no tardó en comprender los motivos de la excitación de su vecina.

Acababa de salir al patio un hombre vestido de blanco. El doctor Moutier, seguramente. Cincuenta años, con medalla, quevedos y perilla. ¡El enemigo! Pues debía de conocer a todas las personas que frecuentaban su establecimiento. Sernín se puso de perfil, inclinándose hacia la pobre loca.

—No se levante… Que me va a hundir… ¡Tranquila! ¡Tranquila!

Se sentía mortalmente avergonzado de hablarle como a un caballo espantadizo que requiere mimos y sosiego. Pero había que calmarla a toda costa. El médico, tras una mirada circular, se dirigió al banco de Cécile. Entrechó la mano de la joven, levemente ceremonioso, y dio una palmadita en la mejilla de la hermana.

—Vamos haciendo grandes progresos —dijo—. ¿Permite?

Se instaló entre ellas, abrazó a la enferma por el hombro y se puso a hablar en voz baja con Cécile. Sernín comprendió que ya no alcanzaría a oír nada y que estaba perdiendo el tiempo. Bastante era haberse enterado de que Cécile tenía una hermana. Tampoco salía ganando mucho con la noticia. Y si…

¡Pardiez, sí! El doctor Moutier se disponía a pasar revista a sus clientes, que visiblemente pertenecían a familias ricas, las cuales exigían ciertas consideraciones. Esto le llevaría algún tiempo. Probablemente no hubiera nadie en su despacho. Era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Se levantó y, para mayor precaución, se inclinó hacia la loca y fingió besarla.

—Gracias —murmuró.

Se había acercado una de las celadoras. ¿Acaso daba en sospechar de su presencia? ¿Acaso Sernín se había sentado junto a una mujer que no solía recibir visitas?

Se forzó a andar con expresión de agobio, se volvió dos o tres veces como quien no se decide a marcharse.

La enfermera seguía sin quitarle la vista de encima. Sernín empujó la puerta del pasillo. ¡Uf!

Ahora, convenía ir rápido. Si a la celadora se le ocurría preguntar al médico quién era la persona que acababa de salir, funcionaría la alarma. Corrió hasta la puerta de la «Dirección», llamó, entreabrió: nadie. Entró aprisa.

No había más salida que el pasillo. Dos ventanas provistas de rejas daban a un exiguo patinillo, medio lleno de carbón. Sernín consultó el reloj.

—Tienes cinco minutos, nada más. Esa mujer preguntará al doctor. Uno. El doctor querrá que le expliquen la situación. Dos. Se despedirá de Cécile. Tres. Cruzará el patio. Cuatro. Llegará aquí. Cinco… Salen las cuentas.

Se puso en marcha. Sus ojos fotografiaban la habitación… Ancho escritorio… Armarios acristalados con hileras de volúmenes imponentes… Archivo metálico…

¿El fichero de la clientela? Comprobarlo.

Manipuló el cajón de arriba. Un minuto… No se había equivocado. Era el cajón reservado a la letra A…

La letra M estaría más o menos en mitad del mueble. Otro cajón… Jacquin…

Joly… No era el bueno. El de debajo… Mabert… Mallet… Mamblier… Marescal… Massard… No había ningún Mareuse… Dos minutos. ¡Repámpanos!… ¿Dónde demonios habrían guardado la ficha?… ¡Cuidado! Nada de perder la cabeza… Si el médico ha ido directo a Cécile, significa que tiene algo que decirle referente a su hermana… A lo mejor ya está a punto de abandonar la clínica… Admitámoslo… Por consiguiente, el médico ha sacado la ficha… que sencillamente está sobre el escritorio. Tres minutos.

Sernín se abalanzó hacia el escritorio. Exacto. Ahí estaba. *De Mareuse (Simone) … nacida el 16 de octubre de 1892…* ¡Bueno! Quiere decir que tiene veinte años… La escritura del doctor era tan menuda, y tan copiosa la ficha, que Sernín desesperó de poder leerla por entero. La recorrió en diagonal.

Tentativa de suicidio, el 16 de marzo de 1910… ¡Primordial!… *en el castillo de Gures, Pérouges (Ródano)… doctor Jean Lemerlin… Operada en el hospital de la Cruz Roja…* Rayos y truenos, operada de qué… *trasladada al manicomio de Bron…* ¡cuatro minutos!… *Síndrome de Baruzzi. Manifestaciones epileptiformes…* Esto ya no hay quien lo entienda… Bueno… Lupin… ¡Ya es hora de despedirse!

Salió y corrió al locutorio. Antes de cerrar la puerta, aún tuvo tiempo de ver al doctor y a la enfermera que entraban en el pasillo. Se había librado de una buena. Saludó cortésmente a la recepcionista que pareció asombrarse mucho y se volvió al coche.

—Octave, da media vuelta. Seguiremos aquel simón de allí abajo. Pero lo más probable es que no salga en seguida. Espera a la joven rubia que me ayudaste a salvar, la otra noche. ¡Te acuerdas!

Octave tenía demasiada clase para denotar asombro. Arrancó, mientras Sernín se recostaba sobre los almohadones. Simone y Cécile… Cécile debía de ser cuatro o cinco años mayor. Qué raro, esa tentativa de suicidio. ¿Penas de amor? ¿Depresión nerviosa? ¡Pobre Cécile! ¡Cómo la compadecía! Perseguida, amenazada, ¡y para colmo, encargada de esta hermana enferma! Sernín soñó un instante… Nunca había estado en Pérouge. Sabía que era un villorrio medieval, milagrosamente conservado, con sus calles y sus casas de la época… Quizá no fuera mala idea darse una vuelta por esos andurriales. Sacó el reloj. Las cinco menos cuarto. Había anochecido. ¿Qué podría estar haciendo Cécile?… El doctor ya habría saludado a todos los enfermos.

—Ahí está, patrón.

Vio cómo Cécile se subía al simón. El cochero había encendido los farolillos.

—Síguela de lejos. No se nos puede escapar.

Sernín reanudó su meditación con toda tranquilidad. Cécile había dicho a la policía que le habían robado unos papeles de familia. ¿Por qué?… Era como si su declaración fuera un aviso, una advertencia, dada por medio de los periódicos, a sus misteriosos adversarios. Un aviso que significaba: «No insistáis… Los papeles que buscáis sólo me interesan a mí… Y además ya no los tengo…». ¿Había alguna relación entre estos papeles y la enfermedad de Simone?

¡Todas las relaciones que se le antojaran era capaz de inventar Sernín, gracias a su fértil imaginación! Conque más valía no fiarse. Lo mejor sería tener una entrevista con Cécile. Cartas sobre la mesa. «Estoy al corriente, por lo que atañe a Mongougeot… y a la clínica… Tengo inmensos recursos… Cuente con mi amistad…».

—¡Patrón! No coge el camino de Neuilly… Y no sé qué sucede, pero hay un gentío enorme.

Sernín, interrumpiendo sus pensamientos, se asomó a la ventanilla. Llegaban a la calle de Rívoli.

—¡Acelera!

—Ya me gustaría, pero…

La multitud invadía la calzada. Pasó el simón, pero en seguida se formó un cordón de policías que obligaron a frenar al coche. El simón se alejaba hacia la avenida de la Ópera. Sernín bajó el cristal y sacó la cabeza.

—Eh, cabo, tengo prisa.

—No durará mucho, señor… Es la comitiva del rey de Servia que regresa del ayuntamiento.

—¡Ah! Ése otra vez —masculló Sernín volviéndose a sentar—. Ojalá Cécile…

El estrépito de la caballería sofocó sus palabras. Un pelotón de guardias republicanos cruzaba la avenida al trote. Brillaban los cascos; centelleaban los sables. Sernín no pudo ver la calesa, oculta por una barrera de espectadores. Oyó sin embargo el clamor de las ovaciones. Se alzaban los brazos enarbolando sombreros. «Viva el rey… Viva el archiduque…». No se dispersaba la muchedumbre. Qué lejos quedaba ya Cécile… Quizá, antes de volverse a casa, no había tenido más intención que la de gozar de las luces, del ruido, de esa atmósfera festiva que reinaba en París desde hacía unos días.

—A Neuilly, Octave. La esperaré allí. Oye, ¿te has quedado dormido?

—No sé lo que pasa, patrón. Se ha calado el motor.

Bajó, dio vuelta una y otra vez a la manivela. Sernín se impacientaba, menos por perder tiempo que por las dudas que tenía acerca de qué conducta adoptar. Esta vez Cécile podía acusarle de espiarla, de inmiscuirse en su vida privada. La locura es una tara que acostumbramos a disimular con sumo cuidado.

—¿Qué, Octave, funciona?

—Creo que habrá que cambiar una bujía.

—¿Y andará?

—Lo intentaremos… Iremos a la pata coja.

—Bueno, pues andando… y acaba de una vez.

Sernín, refunfuñando, se acurrucó y se sumió en sus pensamientos. Por más que hurgaba en su memoria, no encontraba ninguna situación análoga. O bien se había visto involucrado en dramas muy complejos porque habían venido a solicitar sus servicios, o bien él mismo se había encargado de suscitar unos acontecimientos

terribles, pero nunca había asumido aún la figura de testigo, y de testigo impotente. Ahora bien, desde hacía unos días, asistía, sin quizá tener derecho a intervenir, a unas escenas turbadoras e incomprensibles que entorpecían duramente su necesidad de acción.

¿Cómo acercarse a Cécile sin herirla? Le diría neciamente: «Cuente con mi amistad». Ella se encogería de hombros. O bien: «Me cuido de usted porque sé que está en peligro». Cécile le pondría de patitas en la calle. ¡Qué difícil desempeñar el papel de intruso generoso!…

Zumbaba el motor; el coche avanzaba con una lentitud exasperante. Podría decirle a Cécile: «Han estado a punto de hacerle daño; y a mí me raptaron. Explíqueme el motivo». Sería la mejor manera de entrar en materia. «Usted sabe el motivo, pero yo no sé nada. ¡Puntualicemos!». Excelente inicio. Cécile no tendría más remedio que hablar…

—Octave, déjame aquí.

—Pero, patrón…

—Iré más rápido con ese coche de punto.

Saltó a tierra e hizo señas al automedonte.

—Calle Saint-James, Neuilly.

Media hora después, entraba en el café Au Marronnier, cuyo único cliente bostezaba delante de una caña de cerveza: Ambroise.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Ha vuelto ya la condesa?

—Sí. No hará ni cinco minutos.

—Pero… si te encargué que vigilaras a Mongougeot.

—Ahora se lo explico.

—¡Menos divagar!

—Mire… Esta mañana, Mongougeot fue al Père Lachaise, a visitar la tumba de su hermano.

—¡Tributo al espíritu familiar!

—Luego fue al bulevar de Charonne, a una casa de lápidas.

—Memoria eterna, por lo que veo.

—Almorzó en el Thermomètre, ese restaurante de la plaza Voltaire.

—¡Bravo! No hay que desmoralizarse.

—A las tres, entraba en la prefectura. Después, ha venido directamente aquí.

Sernín aferró la muñeca de Ambroise.

—¿Aquí?… ¿Dónde aquí?

—A casa de la condesa… Suélteme, patrón, que me hace daño.

—¿No podías decirlo en seguida?… ¿Hace mucho?

—Una hora, quizá.

—¿Cómo ha entrado?

—¡Con una llave, pardiez!

—No, no es esto lo que te pregunto… ¿Ha dudado antes de abrir? ¿Tenía cara de

desconfiado, miraba si le veían?

—No me he fijado.

—Claro. ¡Es que vosotros nunca os fijáis en nada!

Sernín se levantó.

—Voy a ver. Si dentro de media hora no he vuelto, venid corriendo los dos… Por cierto, ¿dónde está Maréchau?

—Ha aprovechado que yo estaba aquí para estirar las piernas. Pero no tardará en volver.

—¡Qué imbécil! Se merecería…

Salió con precipitación. El chalet de Cécile estaba a oscuras, y recordó de nuevo la siguiente escena… Cécile atada… el cuchillo… ¡Pardiez! Mongougeot no había renunciado a apoderarse de los papeles. ¿O acaso sólo había venido a vengarse?…

La puerta de la verja estaba cerrada con llave. Por suerte, la verja no era muy alta. Ningún transeúnte a la vista. Sernín se encaramó sin mucho esfuerzo y, a paso de lobo, empuñando el revólver, llegó a la escalinata.

Se estremeció. La puerta, aquí, no estaba más que entornada.

—Granuja —pensó Sernín—. Seguro que me ha visto cuando se disponía a salir. Y ahora me espera… ¡Llego demasiado tarde!

El vestíbulo se hallaba sumido en una densa oscuridad. Sernín se apartó en seguida del umbral para no ofrecer un blanco excesivamente fácil. Se fue orientando a través de las tinieblas. Se acordaba de cada detalle con la mayor precisión. El salón se abría a la izquierda, a unos cinco metros. De puntillas, recorrió esta distancia, escuchó. Tanto silencio llegaba a ser angustioso. La casa parecía abandonada. Sin embargo, no podía dudar de la presencia de Mongougeot, al saber que no se había ido. Tanteando con el pie, Sernín avanzó un poco más. Temía encontrarse con el cuerpo inerte de Cécile. Dio otro paso… y alcanzó la entrada del salón.

Lógicamente, Mongougeot no tenía ningún interés en presentar batalla. Mongougeot había venido a robar… o a matar, pero no a provocar un combate incierto. Probablemente acechaba la ocasión de huir. Tan pronto como localizara a su adversario, se largaría. De modo que Sernín no tenía más remedio que sacarlo de su escondrijo.

Pegado a la pared, se deslizó hasta tocar el respaldo del canapé. Alargando el brazo, resiguió el borde del mueble, con la yema de los dedos, y tropezó con algo blando… un tejido… De pronto, a punto estuvo de echarse a gritar… Lo que tenía bajo la mano era un hombro.

Entonces se produjo un hecho que, durante un segundo, le heló de terror. Sonó una carcajada… Una risa amable, divertida… oírla resultaba más penoso que un grito de angustia. Y casi al mismo tiempo se encendió una luz, en el otro extremo de la habitación. Simultáneamente, se alzó una voz:

—¡Suelte el arma!

Sernín divisó la silueta de Mongougeot reflejada en un espejo. Su traje oscuro le

daba un aspecto siniestro. Le estaba apuntando con una automática. Totalmente pasmado, Sernín soltó el revólver.

El hombro rozado era el de Cécile, que se seguía riendo, con la mano apoyada en los labios, como una mujer mundana que en vano intenta reprimir su alborozo. Se levantó al fin, se alejó del canapé y fue a sentarse al lado de Mongougeot.

Ambos observaban a Sernín con gesto irónico. Eran cómplices. Y Sernín no lograba admitir esta verdad tan monstruosa. Se sentía estúpido, ahí plantado como el tonto de la clase.

—Me alegra conocerle —dijo Mongougeot—. Pero tome asiento… ¿Qué demonios hace detrás del canapé?

Apretando los dientes de rabia por la derrota, Sernín cogió una silla y se sentó a horcajadas.

—Eso es —dijo Mongougeot—. Charlemos… Pero, vamos a ver, señora, ¿no será éste el señor que ya la visitó, la otra noche?… ¿El que la amenazó de muerte para conseguir la entrega de cierto sobre?…

Cécile examinó a Sernín, como si intentara recordar.

—No —dijo—. No. No tiene nada que ver.

—¿Seguro?… Andaría usted tan trastornada.

—No… No es él.

Sernín comenzaba a preguntarse si no estaría soñando. Pues, a fin de cuentas, la joven había visto a Mongougeot con el cuchillo. Tenía que saber, sabía a la fuerza que Mongougeot había querido matarla. Entonces, ¿a qué venía tanta comedia?… Y Mongougeot, por su parte, había tenido tiempo de sobras para abrir el sobre y descubrir que Cécile se había burlado de él. Uno y otro, uno con respecto a otro, sabían a qué atenerse. Por consiguiente…

Sernín recuperó su sangre fría y ahora fue él quien se rió. Sintió como un estallido de júbilo.

—Perdonen —dijo—. Es que sois la monda, los dos… ¡Ah, qué numerito!… Que si te monto el cuento del cuchillo… Que si te monto el cuento del sobre…

Reía tanto que tuvo que llevarse una mano al costado.

—¡Me asfixio, ay!… Qué chistosos… ¡Qué tinglado! Necesitabais un testigo, ¿eh? La simple declaración de la víctima no podía bastar. Entonces, el bueno de Mongougeot, siempre en la brecha, se abalanza sobre la criada, me la ata, me la mira con ojos feroces… ¡Ah, Emile, picarón! Y después le toca a la señora. La vieja se lo tragó todo, a la fuerza. Creyó que el intruso era un malhechor de verdad… No entendió que las amenazas y el cuchillo eran puro camelo… Vio que el ladrón se llevaba el sobre… Y luego, lo contó todo a la policía. Su sinceridad saltaba a la vista. La prensa comentó este robo de papeles de familia. Supongo que es lo que queríais los dos. ¡No está mal! ¡No está mal!

Mongougeot y Cécile habían perdido su aspecto triunfal.

—¿Llamo a comisaría? —preguntó Mongougeot.

—Eso es —dijo Sernín—. Llama a tus colegas. Precisamente aún les has de explicar algunas cosillas.

Mongougeot y Cécile se consultaron con la mirada.

—En fin, señor, ¿qué pretende? —dijo Cécile—. Se introduce usted aquí con un revólver. Si viene a robar, le aviso que…

—Vengo a por el sobre… el verdadero. El otro sólo contenía unas cuartillas en blanco.

—¿Unas cuartillas en blanco? —repitió Mongougeot, cada vez más atónito.

—¡Vamos, hombre! No te hagas el imbécil. Doce cuartillas en blanco, para ser exactos. Apuesto a que fue idea tuya. Bastante buena, todo hay que decirlo. Ahora, cierta gente cree que a la señorita de Mareuse le han robado unos documentos muy valiosos. ¿Pero no terminarán por dudarlo? ¿Tan ingenuos son?

—¿Qué gente? —murmuró Cécile.

—¡Caramba! ¡Los del quai de las Tullerías, pardiez!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo estaba allí.

Y al instante se arrancó el bigote.

—Sin postizos —añadió.

El pasmo había cambiado de bando. Mongougeot tenía la mirada desencajada.

—¿Y qué hacía en el quai de las Tullerías? —preguntó con voz alterada.

—Salía del Châtelet, igual que la señora… Una casualidad. Pero lo demás ya no ocurrió por casualidad.

Los otros dos se hallaban ahora pendientes de sus labios.

—Menuda historia —siguió Sernín—. Pero ante todo, guárdate ese juguete… No llevo malas intenciones, te lo aseguro… ¿Un cigarro?… Haces mal. Me los fabrican en Manila, expresamente para mí.

Mientras la pareja le observaba estupefacta, Sernín encendió tranquilamente el puro, cruzó los brazos sobre el respaldo de la silla y continuó:

—Figuraos que yo también asistí a la velada de la baronesa de Grège. Con respecto a esto, perdóneme, Cécile… Permita que la llame así, ahora que somos hermanos de armas… Sí, se le cayó del bolso una tarjeta y cometí la indiscreción de leerla… Era la invitación de la baronesa… Entonces, como soy un curiosón, me dije: «¿Y si me diera una vuelta por allí?… Devolvería a esta beldad la soberbia anémona que se desprendió de su corpiño». Y como no podía llevar la flor en la mano, me la puse en el ojal. ¿Y sabéis lo que pasó?… ¡Je, je! Os pica la curiosidad, ¿eh? Siempre he tenido una cierta práctica en contar cuentos… Pues bien, esta anémona blanca era una señal de identificación. Usted, Cécile, debía reunirse aquella noche con alguien a quien nunca había visto… Y había gente allí que quería impedir esta cita… Es de una claridad meridiana. Nadie conocía a nadie. La única certeza era que había que raptar a un hombre que luciera una flor determinada. Aparezco el primero y, hala, se me llevan.

—¿Cómo?

—Emile, no te pases la vida interrumpiéndome… Digamos que me atraen al parque, me plantan un revólver en mitad de las narices y, arre caballo, me conducen… ¿Adónde?… Al Vésinet… Irrumpe entonces tu hermano en la velada… Dos fulanos con anémonas blancas… Supongo que cundiría una cierta perplejidad en las filas del adversario… Pero esta gente no repara en raptos. Conque también facturan a Gaston… Lamento apenarte, viejo, pero no puedo impedirlo… Dirección: el Vésinet… Naturalmente, se proponen pasar por la piedra a los dos prisioneros hasta establecer cuál es el bueno… Pero tu hermano intenta escapar y se lo cargan… No te enojes si sonrío… Todo esto, sin duda, es muy dramático… pero al mismo tiempo tiene un estilo Sardou que me encanta… Si se hubiera presentado, Cécile, la habrían raptado igualmente… Pero por suerte, después de la aventura del quai de las Tullerías, cogió usted miedo y…

—¿Dirección, en el Vésinet? —preguntó secamente Mongougeot.

—Daría mucho por saberla. Pero tuve que retirarme con cierta precipitación.

—En fin, ¿usted quién es? —dijo Mongougeot.

—¡Buena pregunta! Ya empezáis a entender que no soy exactamente un chapucero… En realidad, suelo razonar con mucho tino, y os lo voy a demostrar… Comencemos por usted, Cécile… Desde hace algún tiempo, se siente amenazada, pero no quiere recurrir a la policía. Prefiere utilizar una agencia, y elige la agencia Mongougeot… ¿Verdad?

—Verdad —dijo la condesa, subyugada.

—Un buen día, se dirige a la calle Balagny, pero tiene la impresión de que la siguen. Y como no conviene que sepa adónde va, se detiene para telefonear.

—¿Cómo se enteró? —preguntó Mongougeot, cada vez más confundido.

Sernín irguió su dedo meñique, que ostentaba un brillante de alto costo.

—Éste fue el que me informó… No, Emile. Bromeo. Como ya he dicho, basta con que funcione el meollo… Si la señora aquí presente hubiese hablado previamente con vosotros, contigo o con tu hermano, no hubiese hecho falta ninguna señal de identificación… Y si os hubiera llamado desde su casa, nadie hubiese descubierto vuestra conversación… Así, pues, Cécile, llama usted por teléfono desde una estafeta de correos… Expone rápidamente la situación… ¿a quién?

—A mí —confesó Mongougeot.

—Buscáis entonces un punto de reunión, y os acordáis de la baronesa. Muy bien elegido el sitio… Mucha gente… No corréis ningún riesgo, al menos eso es lo que creéis… Os inventáis la señal de identificación… Decidís la hora… Justo después de la representación del Châtelet… Lo único malo, Cécile, es que no han dejado de espiarla, de seguirla… Hubo alguien que se introdujo en la cabina vecina y que escuchó sus palabras…

—Todo esto se lo supone —se burló Mongougeot—. ¡Así cualquiera!

—Ah, vaya —exclamó Sernín—, nunca entenderás nada. Yo no supongo. Yo veo.

No hay otra explicación posible. Prueba de ello es que la banda, temiendo vuestra intervención, quiere impedir que os veáis con la señorita de Mareuse. Por lo tanto, dos hombres la siguen cuando ella sale del Châtelet, mientras que algunos cómplices, una mujer entre otros, si es que te interesan los detalles, acuden a la fiesta de la baronesa. ¡Más claro, agua! En cuanto a usted, Cécile, después del incidente de las Tullerías, se vuelve corriendo a casa. ¿Cómo atreverse a continuar?… De modo que llama por teléfono a la agencia para explicar lo que le acaba de ocurrir. ¿Verdad?

—¡Verdad!

—Pero el pobre Gaston ya va en camino de la calle de Varenne. Entonces usted suplica a Emile que la vaya a ver. Tiene usted miedo y además desea exponerle sus problemas sin más dilación.

Cécile inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Emile —prosiguió Sernín— le deja una nota a su hermano: *Me urge verte en la calle Saint-James*.

—¡Es el colmo! —murmuró Mongougeot, abrumado.

—¿Que cómo lo sé?… Tu gato me puso al corriente.

Mongougeot se hundió en su asiento.

—Vale —susurró—. Me rindo. ¡Es usted el demonio!

—Hay un cierto parentesco, sí —admitió Sernín—. Conque vienes aquí, y ya me figuro la entrevista. Cécile te cuenta que posee unos documentos que le quieren arrebatar por todos los medios. Y, como tú eres un zorro, se te ocurre algo que, francamente, no está nada mal. Si la banda que acosa a Cécile pudiera adquirir la certeza de que alguien ha robado los documentos, renunciaría al juego o al menos buscaría en otro sitio. Para ello, bastaría con simular un robo ante testigos. Evidentemente, el testigo resultaba indispensable.

Sernín volvió a encender el puro, que se había apagado.

Los otros dos le miraron alelados. La demostración trazada por este desconocido con tanta soltura y rigor, les llenaba de espanto.

—¡Ah! Debo reconocer que fue un buen trabajo… El cuchillo apuntando al cuello… El sobre en el piano… Todos picaron, yo el primero. ¡Y aun así, había una pega! Si la pobre Julie se llega a desmayar, ¿qué?… Por suerte, pertenece a esa raza sólida de aldeanos acostumbrados, antaño, a que los salteadores de caminos les quemaran los pies para que aflojaran sus ahorrillos.

—Pero —objetó Mongougeot—, cómo está enterado de lo del piano, si la prensa no lo ha comentado.

Sernín exhibió su sonrisa de pilluelo.

—Ya te gustaría saberlo, ¿no es cierto, Emile? ¡Qué golpe bajo para tu orgullo de autor! Haz cuenta de que veo a través de las paredes… Sí, hombre… Mira, por ejemplo, te vi cuando metiste el sobre en el cajón de tu escritorio… Te vi arrancar la página del taco… Te vi acostarte… ¡Para morirse de risa!… También oí la llamada telefónica que te despertó sobresaltado… Esto, viejo, ya no resultó tan gracioso…

Dejémoslo ya.
—Me recuerda usted a alguien —dijo Mongougeot.
—¿A quién?… ¡Anda!… ¿Cómo se llama ese alguien?
—Arsène Lupin.
—Amigo de toda la vida —dijo Sernín—. Le debo mucho. Pero, por desgracia, solamente soy el príncipe Sernín.
Se levantó y saludó a la condesa.
—Para servirla —añadió.
Hubo un silencio. Cécile de Mareuse contemplaba al príncipe con expresión de reproche.
—¿Busca estos documentos para su uso personal?
—Error, Cécile. Ignoro todo de estos papeles… Sólo sé una cosa, y es que ponen su vida en peligro. Y esto no lo voy a permitir.
—¿Por qué?
—Porque usted es usted y yo soy yo.
La condesa enrojeció y bajó los ojos.
—Porque con Emile —prosiguió Sernín— ha empezado mal. Es un chico muy dotado, pero sólo para ocuparse de menudencias, de ladronzuelos o maridos burlados. Qué quiere que haga contra una banda organizada, que no retrocederá ante nada… De modo que no tengo alternativa. Debo encargarme de usted.
—No tendré con qué pagarle —dijo la condesa.
Comprendió que acababa de hacer una plancha y alzó la mano, como si quisiera rectificar esta frase desafortunada.
—Señora —exclamó Sernín—, sepa que yo mismo me pago… Con una sonrisa, un chiste, a veces con una simple pirueta… No me debe usted nada. Si por casualidad desea que intervenga, llámeme a este número… Para usted, estaré siempre ahí.
Se sacó de la cartera una tarjeta, se la entregó, le dedicó una gran reverencia y luego, dirigiéndose a Mongougeot, le dio una palmadita en el hombro.
—A ti, Emile, te contrato… Quieres vengar a tu hermano, ¿no es cierto?… O sea que me necesitas… Y meteos bien en la cabeza, los dos, que los otros no descansan y que sin duda ya están tramando su próxima jugarreta. Buenas noches.
Con suma lentitud, recogió el revólver y se encaminó a la puerta. Momento delicioso. ¿Se decidiría Cécile a retenerle?… ¿No?… Lupin, no eres más que un comicastro horrible. No quieres fallar en el mutis… Pero ella deja que te vayas… ¡Lástima!
Sonó el teléfono. Sernín se inmovilizó en el umbral.
Cécile asió el auricular y al pronto su rostro se descompuso.
—Pero, doctor, no es posible… Cuando la vi, estaba tranquila, relajada… Sí, ha hecho bien en avisarme antes. ¡Espere!
Y entonces se cumplieron los anhelos de Sernín. Cécile le miró, con tal gesto de confianza que le emocionó.

—Mi hermana… ha desaparecido… Estaba en una clínica…

—Ya sé… la de la calle del Val-de-Grâce.

Esta afirmación no sorprendió ni a Cécile ni a Mongougeot. Estaban ya tan dominados por este ser extraordinario que su comentario les pareció natural. Cécile reaccionó con una pregunta que compensó a Sernín de todos sus esfuerzos.

—¿Qué hay que hacer?

—Dígale al doctor Moutier que va usted en seguida… que no tome ninguna iniciativa antes de verla.

Cécile transmitió dócilmente el mensaje, mientras Sernín reflexionaba a marchas forzadas. En su mente se iba estructurando un plan. Cuando Cécile colgó, ya se sentía dispuesto a actuar y se frotaba las manos.

—No tema —exclamó—. ¿Pero ve hasta qué punto yo tenía razón? ¡Ah! ¡Esos canallas no pierden el tiempo! Pues son ellos, no le quepa la menor duda. Primero la atacaron a usted. Fracasaron. Ahora se meten con su hermana. Pero aquí es donde yo intervengo.

Espontáneamente, la joven le tendió las manos. Sernín se las llevó a los labios, una tras otra.

—Gracias —dijo.

Y mudando de tono, imperioso y familiar, se encaró con Mongougeot.

—Supongo que has conservado la chapa, ¿no? Un policía nunca la suelta, aunque se dé de baja. Pretexta que la ha perdido.

Mongougeot sacó de su cartera un pequeño disco tricolor.

—¡Perfecto! Nos largamos a la clínica. Tú serás el inspector Lenoir y yo tu ayudante… Durand… Explicaremos que la condesa de Mareuse ha avisado a la policía y que nos encargamos en seguida de investigar… Después, ya veré cómo me las arreglo. ¿Entendido?

Y Mongougeot, a su vez, reaccionó de forma encantadora. Totalmente sumiso, contestó:

—¡Sí, patrón!

IV

PRIMERAS VISLUMBRES

El viejo Renault de Mongougeot les condujo resoplando hasta la clínica. Encontraron al doctor Moutier muy agitado. No cesaba de pasear por el locutorio, quitándose y poniéndose los quevedos. Corrió en seguida hacia los recién llegados.

—La verdad es que no tengo nada que ver. Les aseguro… Señores…

—Inspector principal Lenoir —dijo Mongougeot—. Y éste es mi colaborador, el inspector Durand… Soy un amigo de la señora y al llegarme su aviso salí zumbando de comisaría… A ver… No perdamos la cabeza… ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—Pues ahí está, que no lo sé —dijo el doctor—. Si quieren pasar a mi despacho… Me sentiré más cómodo para explicarles…

Entraron en la habitación que otrora Sernín ya visitara.

—¡Qué caso! —gemía el doctor—. Es la primera vez en quince años… Mi clínica es una auténtica fortaleza… Como no encuentren rápidamente a la pequeña, ya se figuran cuál será mi situación… Siéntense, por favor… Falta una silla, disculpen.

Corrió al despacho vecino y regresó con un asiento. Era la viva imagen del desconcierto y la aflicción.

—Comencemos por el principio —propuso Sernín.

—Sí, eso es —dijo el doctor—. Pregúntenme. Lo prefiero.

—¿A qué hora termina el paseo?

—En principio, a las cinco. Pero concedemos un cuarto de hora suplementario a nuestros internos si hace buen tiempo, como hoy.

—¿Y después?

—Bueno, los enfermos se duchan… Y luego, servimos la cena, en las habitaciones o en el refectorio. Los convalecientes, los «casos leves» van al refectorio.

—¡Espere! No corra tanto. ¿Se duchó Simone de Mareuse?

—Sí.

—¿Fue al refectorio?

—Sí. Pero no hizo más que entrar y salir otra vez para ir en busca de un pañuelo. A partir de ahí, ya no sabemos lo que pasó.

—¿Qué hora era?

—Las seis y cuarto, más o menos… Françoise, la enfermera de guardia, me dio el aviso. Fui a la habitación de la señorita de Mareuse. Estaba todo en orden. Aunque, por supuesto, no había nadie. Discretamente, acompañado de la celadora jefe, registré toda la casa. Quiero indicarles, de paso, que todas las puertas están provistas de cerraduras especiales y que sus llaves se hallan en manos de la señora Grégoire, mi celadora jefe… Alguien de absoluta confianza… Ni rastro de la pobre niña. La

telefoneé en seguida, señorita.

—Quizá buscó usted mal —intervino Mongougeot.

El doctor, por encima de sus quevedos, lanzó una penetrante mirada al policía.

—Le aseguro que aquí no hay modo alguno de ocultarse. Paredes y habitaciones carecen de recovecos. En una clínica como ésta, se ha eliminado todo lo que pueda parecerse a un escondrijo: no hay alacenas ni trasteros. Por eso nunca tuvimos problemas.

—¿Y el locutorio? —insistió Mongougeot.

—Está bajo vigilancia día y noche. Echamos el cerrojo de la puerta de la calle cuando se marcha la última visita. Esta desaparición resulta incomprensible… Sobre todo si tenemos en cuenta que la señorita de Mareuse debía dejarnos dentro de poco. Ya se encuentra si no curada, al menos tan mejorada que podríamos darle el alta sin riesgos.

—El locutorio no es la única salida —dijo Sernín—. Supongo que no entrarán por ahí las patatas o el carbón.

—No, naturalmente. Dispongo de un patio y de una puerta de servicio. Pero tanto la puerta que da a la calle como la interior permanecen cerradas entre las horas de descarga.

—¿Y quién tiene las llaves?

—Firmin, nuestro factótum, un buen hombre ya anciano que está aquí desde la inauguración de la clínica.

—Salvo estas dos entradas, la entrada principal y la entrada de servicio, ¿no hay nada más?

—Nada.

—¿Las ventanas?

—Tienen rejas.

—¿Podemos ver?

—Pues claro.

Examinaron juntos las ventanas del economato, de la lavandería, de la farmacia. Las rejas eran sólidas, aunque algo oxidadas.

—La cuestión es que salió —dijo Cécile desesperada.

—¡Imposible! —afirmó el doctor.

—¿Cómo iba vestida? —preguntó Mongougeot.

—Como las demás internas. Llevaba una blusa gris con sus iniciales bordadas. La ropa que pensaba ponerse al marcharse está aún en el armario.

—¿Ya ha mirado por el desván?

—¡Naturalmente! Pero para llegar arriba, hace falta una escalera y la escalera está en su sitio, en la planta baja. Nadie ha tocado el candado. Les aseguro que se han cumplido, y bien, todos los dispositivos de seguridad.

—Resumiendo —dijo Sernín—: la señorita de Mareuse ya no está dentro, o sea que está fuera. No hay modo de salir por el locutorio, ni por las ventanas. Queda el

patio y la entrada de servicio. Creo, doctor, que ahí radica el punto débil de su fortaleza. Vamos a comprobarlo.

Hacia allí se encaminaron hasta detenerse delante de la puerta que comunicaba el patio pequeño con el grande. Sernín la forzó de un empujón. La puerta se abrió.

—¡Vaya! —exclamó el doctor—. ¡Qué negligencia!

—No achaque la negligencia a su empleado —comentó Sernín—. Esta cerradura está vieja y ya no aguanta. Apostaría incluso que…

Se sacó del bolsillo una ganzúa, cruzó el patio y manipuló fácilmente el pestillo de la otra puerta.

—¡Fíjense!… Se puede abrir con cualquier llave. No hay que darle más vueltas.

—¿Pero dónde encontraría una llave la señorita de Mareuse?

—Será quizá que el viejo Firmin no siempre se acuerda de cerrar. Va y viene; basta con que le reclamen cuando está en el patio, se ausenta un momento, se olvida de echar la llave, y ya ve usted el resultado… Doctor, hay una brecha permanente en su sistema de defensa.

—Teniendo en cuenta además —dijo Mongougeot— que se puede abrir con la misma facilidad desde fuera.

—Pero en fin —intervino Cécile—, ¿han raptado a mi hermana o se ha ido ella por propia voluntad?

—Basta —suplicó el médico—. Ahórrenme… Todo esto resulta tan espantoso. No puedo más… Si ahora pretenden que ha existido una conspiración, sólo me queda cerrar la casa y jubilarme.

Regresaron absortos al despacho.

—¿Cuál era exactamente la dolencia de la señorita de Mareuse? —preguntó Sernín—. No, no invoque el secreto profesional. Conviene que tengamos plena información para saber cómo orientar nuestras pesquisas.

—El inspector tiene razón —apoyó Cécile.

—Bueno —dijo el doctor algo reticente—, hablando llanamente, sufría una confusión mental con tendencia a la fuga. No obstante, como ya he dicho, había mejorado mucho.

—¿No podría haberle disimulado una imperiosa necesidad de escaparse?

—Le repito que estaba a punto de dejarnos. Conque, ¿por qué escaparse?

Sernín se volvió hacia la condesa:

—¿Se entendían bien ustedes dos?… No interprete mal mis palabras… Quiero decir que acaso su hermana deseaba vivir sola durante cierto tiempo, para olvidar las vigilancias, un empleo del tiempo demasiado regulado…

—No. Al contrario, le gustaba mucho venir a verme. Y además, ¿adónde iría, sin dinero, sin sus cosas?

Carecía de réplica el argumento. Por otra parte, Sernín seguía convencido de que había un nexo entre la desaparición de Simone y la agresión de que había sido objeto Cécile. Si no, la coincidencia resultaría demasiado sorprendente. Pero, si había un

nexo, había un cómplice, que había planeado la evasión de la muchacha.

—¿Nos puede enseñar el registro de personal? —preguntó.

—Desde luego… Pero déjeme que le diga que va usted desencaminado… Cuento con un personal muy selecto.

—De todos modos, enséñela —ordenó Mongougeot, en un tono altanero que se adaptaba perfectamente a su papel.

El doctor Moutier tendió el registro a Sernín, que aún no sabía muy bien lo que buscaba. No obstante, en seguida adivinó que su intuición no le había engañado, pues un nombre le llamó la atención: Laslo Szekely.

—¿Quién es este Laslo Szekely?

—Mi asistente. Un hombre notable.

—¿Croata?

—Húngaro. Ha estudiado medicina en Viena. Está en Francia para investigar nuestros métodos. No comparte en absoluto los planteamientos de Charcot y…

Sernín había dejado de escucharle. Recordaba el curioso acento de los hombres que le habían atacado en casa de la baronesa de Grège. Conque era eso: húngaro. ¡Y ahora, el tal Laslo Szekely, trabajando precisamente en la clínica que cuidaba de Simone de Mareuse!

—Doctor, ¿hace tiempo que Laslo Szekely colabora con usted?

—No. Sólo seis meses. Me lo recomendó un excelente colega, el doctor Ménardin, de Lyon, que lo tuvo a sus órdenes durante tres años. No irá a pensar que…

—No pienso nada —dijo Sernín—. Recojo datos.

Examinó los demás nombres de la lista por pura formalidad. Estaba seguro de que al fin poseía un indicio convincente. Devolvió el registro al doctor.

—Gracias. Vamos a hacer lo necesario, muy discretamente. Usted, mientras, comunique al personal que ya se ha dado con el paradero de la señorita de Mareuse y que no hay por qué preocuparse. Nos conviene echar tierra al asunto, ¿no es cierto?

—Opino igual —aprobó el doctor, con cara de alivio.

—No vale la pena de traer aquí a la enferma otra vez puesto que, de todos modos, ya pensaba instalarse en casa de su hermana. Allí la llevaremos, cuando la rescatemos. Para la buena marcha de sus libros, indique que salió en fecha de hoy.

—¿Pero me tendrá al corriente?

—Por supuesto.

—Se lo agradezco mucho y crea que…

Sernín le cortó con un gesto y se incorporó.

—Una última pregunta. ¿Cuánto tiempo ha permanecido aquí la señorita de Mareuse?

—Algo más de dos años.

Sernín sonrió, adoptó una expresión tranquilizadora.

—Permita que sea yo quien ahora le recete algo: un ligero sedante antes de

acostarse, y además prohibido ensimismarse en esta desaparición. Aplique el método habitual: ¡Va todo bien… Va todo muy bien… Va todo estupendamente!

Se inclinó. El doctor Moutier les saludó y les acompañó a la puerta con mucha deferencia.

—Pues ya veis —concluyó Sernín, en la calle—. Si queréis que os diga mi opinión, lo mejor es irse a cenar.

—Pero… ¿y mi hermana? —protestó Cécile.

—De momento no tiene nada que temer, créame.

—¿Supone usted que la han raptado?

—Estoy seguro. Ignoro cómo lo han hecho, pero éste es un detalle sin importancia. Amigo Emile, pongamos rumbo a aquel pequeño restaurante. Necesitamos recobrar fuerzas.

Fue una cena triste. Se hallaban todos obsesionados por la desaparición de Simone de Mareuse.

—O sea que sospecha de ese Szekely, ¿eh? —dijo Mongougeot.

—Y con motivo. Los tipos que me llevaron al Vésinet hablaban con un acento extranjero que me pareció eslavo. Szekely es húngaro… No podemos desdeñar esta relación: la banda es húngara. Ahora falta saber por qué unos húngaros secuestran a una joven que sigue un tratamiento en una clínica…

—No entiendo nada —afirmó Cécile.

—Pues van a por usted —observó Sernín—. Su hermana les servirá de moneda de cambio. Disponen de una prenda. Usted, de otra.

—¿Yo?

—Claro. ¡Los documentos! Esos papeles de familia citados por la prensa. Un toma y daca. Usted los entrega y ellos sueltan a su hermana. Está clarísimo. Por consiguiente, repetiré mi pregunta: ¿qué hay en esos papeles que pueda interesar tanto a unos húngaros?

Cécile de Mareuse enrojeció y rechazó su plato de mal humor.

—Nada… Y no conozco a ese Szekely. Nunca lo he visto.

—¿Acaso la vida de su hermana encierra algún secreto?

—Simone nunca ha tenido secretos para mí.

—Admitamos, sin embargo, que le haya ocultado algo… En un momento de crisis, lo comenta delante de ese médico… Resulta plausible, ¿no?… Conque ya tenemos a Szekely en poder de un dato que le excita… Ya se figura usted lo que luego ocurre.

—Es una hipótesis absurda.

—De acuerdo. Aun así, creo que planteo el problema en términos correctos. Le voy a ser franco, Cécile… Me esconde usted aún muchas cosas. No escuches, Emile… Mira, vete a la barra a beberte un marc… Saboréalo despacio.

Mongougeot se alejó, refunfuñando. Sernín puso su mano sobre la de Cécile.

—No se fía de mí… Quizá supone que estoy de manga con ellos. Un señor que

aparece con tanto oportunismo, y que se muestra tan eficaz que no deja de resultar inquietante… y que ahora pretende sonsacarle confidencias… ¡Oh! Me pongo en su lugar.

—No, no —protestó débilmente Cécile—. No es eso.

—Entonces, le voy a presentar las cosas desde otra óptica… Este mismo señor que tantas ganas tiene de meterse en lo que no le importa… y a quien el imbécil de Mongougeot ha comparado con Arsène Lupin… pensará usted: ¿y si fuera verdad? Si estuviera intrigando para robarme el secreto y venderlo a los otros…

Se acercó a Cécile. Ésta vio, pegado al suyo, un rostro enérgico que de súbito manifestaba tanta dulzura, tanta franqueza, tanta audacia. Notó que toda su resistencia se esfumaba.

—Un hombre como yo —murmuró Sernín— es capaz de actuar a impulsos que nada tienen que ver con el interés. Si conoce a una mujer sin amparo y amenazada de todos lados, bonita y desgraciada a la vez, pretendo que no tiene derecho a no intervenir, con todos sus recursos… que me precio de creer inmensos. Soy su amigo, Cécile. Cuando se convenza, hablará. Mientras, vamos a ocuparnos un poco del tal Szekely…

Recitó:

—Szekely, Laslo, nacido en Budapest el 8 de junio de 1872… Domicilio, avenida de Messine, 18, París, VII…

Y, al advertir la mirada de estupor que ella le dirigía, se echó a reír.

—No soy ningún mago, sabe… Pero tengo una memoria excelente. Estos datos los he sacado del registro del doctor Moutier.

Alzó un brazo y sus dedos castañetearon avisando a Mongougeot, que regresó.

—Emile, acabamos de establecer nuestro plan de campaña. Te encargarás del doctor Szekely. Vive en la avenida de Messine, 18… Vamos, hombre, no te pongas a hacer muecas… Me lo vigilas de cerca. Piensa que, mañana, se dirigirá muy tranquilo a la calle Saint-Jacques. No cometerá la torpeza de desaparecer tan aprisa. Realizará sus funciones como de costumbre. Lo que me interesa es lo que hace en sus horas libres. Contamos contigo.

—¡Fácil!

—Yo, en cambio, me voy de París.

—¡Oh, no! —exclamó Cécile.

Sernín reprimió una sonrisa fatua.

—Mi ausencia será breve. Se lo prometo. Mañana mismo le daré a Emile una dirección para que pueda localizarme. Necesito unos datos… que aún se me niegan.

Esta palabra produjo su efecto. Cécile dudó, abrió la boca, rectificó, bajó la vista. ¡Bueno! No iba a decir nada. Aún no estaba lo bastante mansa.

—Emile, acompaña a nuestra amiga… Y abre el ojo… Camarero, por favor, una guía.

El príncipe Sernín conocía muy bien Lyon. Recordemos sin duda el caso Lemercier que tuvo en vilo a toda la opinión pública en 19… Nadie olvida con qué elegancia Arsène Lupin resolvió el enigma. Desde entonces, cuando, al menos, se lo permitía su vida aventurera, no perdía ocasión de detenerse en esta ciudad opulenta y secreta, para disfrutar de sus brumas lejanas, de su fina melancolía y su encanto anticuado. Se alojó en un hotel de la plaza Bellecour, L'Hôtel du Rhin, acomodada mansión cuyos clientes eran amigos, y bastón en mano, fumando un puro, paseó hasta el Nouvelliste. Allí pidió consultar la colección de 1910. No pasó mucho rato buscando. Con fecha del 17 de marzo, encontró el artículo, en las noticias locales.

DRAMA EN EL CASTILLO DE GURES

Esta última noche, un drama horrible ha conmocionado a la encantadora y apacible ciudad de Pérouges. La señorita Simone de Marease, que vive con su hermana en el castillo de Gures, afueras de la ciudad, ha intentado poner fin a sus días pegándose un tiro en la cabeza. El doctor Jean Lemerlin, cuya incansable abnegación nunca incurre en falta, visitó de inmediato a la accidentada y le prodigó los primeros cuidados. Ante la gravedad de la herida, hubo que transportarla en seguida al hospital de la Cruz Roja, cuyos médicos observan un mutismo inquietante. Similar discreción reina en el castillo. Todo lo que hemos podido saber es que se ignoran los móviles que han suscitado la fatal decisión de la señorita de Mareuse. Esta tentativa de suicidio ha dejado consternados a todos los habitantes de Pérouges, tan acostumbrados a la inagotable caridad de la infortunada joven. Creemos interpretar su sentir deseando un pronto restablecimiento de la herida y asociándonos al dolor de la señorita Cécile de Mareuse, tan cruelmente puesta a prueba.

—¡Demonios! —pensó Sernín—. ¡Se pegó un tiro! Las jóvenes no suelen suicidarse de esta manera… Prueba de ello es que falló. Ya estaba loca. Traumatismo cerebral… clínica… ¡Pardiez! ¡Está clarísimo! ¿Pero qué pinta en todo esto esta horda de húngaros?

Para mayor seguridad, fue a consultar las colecciones del *Salut Public* y del *Progrès*. Sin ningún provecho. Apuntó, no obstante, un hecho curioso. En los días que siguieron, estos periódicos no insistían sobre el drama, como si se hubiese intentado echar tierra al asunto. Tal silencio podía explicarse por múltiples razones, evidentemente… La honorabilidad de la familia, ante todo… la piedad de Simone de Mareuse, dado que se elogiaba su «inagotable caridad»… Seguramente fue un escándalo horrible… y quizá hubiera además algún amor de tapadillo o mejor dicho alguna pasión secreta, devoradora, asfixiada… como las que nacen en provincias, a espaldas de la opinión pública… Sin duda, esto sería lo que Cécile, cargada de prejuicios, se negaba a revelar.

Estas primeras gestiones habían aumentado aún más la curiosidad de Sernín.

Cogió un tren de interés local, que le llenó de carbonilla y le llevó, zarandeándole, hasta Pérouges, donde descubrió, no lejos de la encantadora plaza del Tilo, al fondo de una sinuosa callejuela, compuesta de antiguos edificios, un hotel que le encantó por su caduca arquitectura, sus ventanas ojivales y sus viejas vigas de roble cubiertas de pátina. Se inscribió bajo el nombre de Loys Borel, pintor, y al día siguiente se presentó en casa del doctor Jean Lamerlin quien, por desgracia, se hallaba ausente hasta la noche. ¡Bueno! Así pues, Sernín comenzaría por el castillo.

Castillo era mucho decir, como ya advirtió al primer vistazo. Se trataba más bien de una casa señorial, vasta aunque sin estilo, a pesar de la torrecilla que se erguía en el lado oeste. Siguiendo una larga alameda de castaños se llegaba a la casa. La propiedad estaba delimitada por tapias altas y resquebrajadas, en cuya cima se erizaban cascos de vidrio. ¿Sería acaso por efecto del clima? El castillo de Gures daba una impresión de tristeza y abandono. Sernín se enteró, por un cartel sujeto a la verja, de que la casa estaba en venta. *Dirigirse al notario Bertholet de Pérouges*.

¡Buen pretexto! Sernín llamó y en el interior repicó una campanilla, lúgubre. Un anciano, con mandil de jardinero, vino a abrirle. Llevaba una podadera en la mano. Había salido de un pabellón, a la derecha de la verja. Su mujer, desde el umbral, observaba a Sernín con malos ojos.

—¿Podría echar un vistazo? Soy amigo de la condesa de Mareuse.

El rostro del anciano se iluminó. Se volvió hacia su mujer y gritó:

—El señor conoce a las señoritas.

Era el «ábrete Sésamo». Festejaron a Sernín. Le recibieron en el comedor del pabellón, tras encerrar a un perro que gruñía y gemía a la vez, sin dejar de rascar furioso la puerta de la cocina.

—Es nuestro viejo Pólux —dijo el buen hombre—. La pobre señorita lo recogió un día. Se había perdido. Casi se muere cuando se produjo aquello… Ni siquiera comía… No se lo creerá usted. Sufrió tanto como nosotros… ¿Y cómo está la señorita?

—Mucho mejor. Pronto saldrá de la clínica. Está prácticamente curada.

—Mejor, Dios mío… Léonie, tráete tu licor de ciruelas, mujer, que brindaremos a la salud de la señorita Simone… ¡Qué niña más buena! ¿Qué se le metería en la cabeza? Y pensar que nunca lo sabremos… ¡Con lo que parecía que le gustaba vivir! … Nos gustaría tanto volver a verla… Pero ya no volverá, ¿verdad? El castillo le traería muy malos recuerdos.

—Depende —dijo Sernín—. Si yo llegara a comprarlo, seguro que invitaría a Simone y a su hermana… Dice el médico que Simone ya no ha de tenerle miedo al pasado… Pero querría verlo, antes de comprar…

—A su salud, señor…

—Borel… Loys Borel.

—Yo me llamo Fajon… Lucien… De la quinta del 66… Cáspita, ya no somos jóvenes. ¿Verdad que no, Léonie?… Pero moriríamos contentos si viéramos a la

pobre señorita curada… Venga… Le voy a enseñar el castillo. Lo cuidamos como si fueran a ocuparlo mañana mismo, pero caray, cómo se deteriora… Hay demasiados árboles. La humedad se lo come todo. Habría que gastarse un dineral para arreglarlo. Mire, la tapia, por ejemplo, aún parece fuerte, del lado que da a la carretera, pero se está hundiendo al fondo del parque. Todo muere. Un castillo es como un animal. Necesita un amo… Por desgracia, los compradores no se andan con prisas… ¡Carísimo! Y eso que, el otro día, creí que el asunto estaba en el saco; hará dos semanas. Eran dos prusianos de esos, que lo fisgaron todo. Hasta hicieron fotografías. ¡Y cómo chirlaban entre ellos! Ah, le juro que no me permití ni la menor cortesía. Porque yo estuve en el ejército del Loira, señor. Si vuelven, los recibo a tiros.

Intrigado, Sernín escuchaba la cháchara del anciano servidor, que le acompañaba a pasitos, apoyando una mano en la espalda para aliviarse el dolor.

—¿Y cómo eran estos hombres?

—Había uno muy alto, y el otro era recio y rechoncho. Y con unos bigotes que daban miedo… Prusianos, ya se lo digo, o quizá cosacos. ¡Mala gente!… Por aquí. Paso delante para abrir las ventanas.

El jardinero no había mentido. La hermosa mansión olía a moho y decrepitud. Los tapices se desgajaban. Había planchas del parquet que se alabeaban y crujían al pisarlas. En cambio, no se veía ni una mota de polvo. Estaban encerados los muebles. Funcionaban los relojes. En la chimenea del salón se hacinaban unos leños. El viejo los encendió.

—En recuerdo de la pequeña —explicó—. Le gustaba tanto arrebujarse en esta butaca al amor de la lumbre. ¡Hasta en verano!

Los muebles no tenían mucho valor, pero componían un conjunto muy armonioso. La vieja chimenea, de estilo renacentista, poseía una belleza indudable. En su interior, hubiese podido arder el tronco de un árbol. Al lado, se erguía una armadura cuyo guantelete sostenía un atizador y unas tenazas.

—Éste es Gontran —dijo el vejete—. Así le llamaba la pequeña. Me da mucho trabajo. Hay que bruñirlo cada dos días si no queremos que le ataque el óxido… El padre de las señoritas tenía toda una colección de armaduras pero, a su muerte, la vendieron. Salvo Gontran, no sé por qué…

Sernín se paseaba por la inmensa sala. Imaginaba a Cécile cosiendo junto a su hermana, imaginaba el lento correr de las horas, una existencia confinada y sin alegrías, la secreta efervescencia de las pasiones… A fuerza de silencio, sombra y soledad, estas paredes encerraban un drama. ¡Qué siniestro!…

—¿Desea ver la biblioteca y el despacho, señor Borel? Tenemos teléfono.

—No, no. Ya me lo figuro. ¿Y arriba, cuántas habitaciones hay?

—Cinco y dos aseos. Y además los desvanes.

—¿Y la torre?

—Está vacía. La escalera ya no aguanta mucho.

—¿Hay dependencias?

—Sí. Una gran lavandería, una bodega y un establo cochera para el caballo y el cabriolé. Ahí sigue el bueno de Papillon. Se aburre. No me queda más remedio que sacarlo a pasear. Nos llegamos hasta el pueblo, de compras.

Sernín lanzó una última ojeada a cuanto le rodeaba. ¿En qué consistiría el secreto? ¿Qué buscaban esos extranjeros, los húngaros seguramente, que habían visitado el castillo?

—Me lo pensaré —dijo—. Y si el notario Bertholet no aprieta las clavijas…

Se encontró con un notario muy complaciente. Bertholet había adquirido el bufete unos meses antes. Apenas conocía la historia de las dos hermanas y no constituyó ninguna ayuda para el príncipe. Sólo sabía que el castillo se había puesto en venta dos años antes, después de lo que él llamaba bajando la voz: el accidente. En cuanto al precio, siempre se podía llegar a un acuerdo y, si se daba el caso, prever las formas de pago. Sernín no se comprometió, aunque afirmó que le interesaba el asunto y que si consentían en darle una opción… Bertholet se hallaba dispuesto a todas las concesiones. Los dos se separaron muy satisfechos el uno del otro.

Una hora después, Sernín entraba en el despacho del doctor Lamerlin. Otro anciano. Sernín se sentía inmerso en un pasado asfixiante. Se presentó como un amigo de las señoritas de Mareuse. Éstas, enteradas de que pensaba visitar el castillo, le habían rogado que saludara al doctor y que le diera noticias de ellas.

—La señorita Simone ya está curada, o casi.

—Me alegro —exclamó el médico—. La creía un caso desesperado.

—¡Fue usted muy leal!

—¡Oh, no tiene importancia! ¡Simone de Mareuse es una persona tan afectuosa! Su hermana también… aunque es menos espontánea, mientras que Simone… ¡Da gusto verla! Cuando el tío Fajon me telefoneó, a las siete de la mañana, me parece que perdí un poco la cabeza… Corrí al castillo. Se hallaba tendida en la cama, con el rostro ensangrentado. Su hermana, los criados, todo el mundo creía que estaba muerta. Vi el revólver en el suelo, sobre la alfombrilla.

—¿Qué clase de revólver?

—Pequeño… con culata de nácar… un juguete, en realidad… La bala, según supe más tarde, había seguido una trayectoria curiosa. No había penetrado en la cabeza, pero había fracturado al pasar el parietal derecho. Lo más probable es que la pobre niña no supiera sostener el arma. Le falló. No perdí ni un segundo, como ya se puede usted figurar. Por suerte, hay teléfono en el castillo. Conseguí que mandaran rápidamente una ambulancia y poco después la operaban.

—Pero entonces… ¿su locura?

—A mi juicio, no fue provocada por la herida sino por un trauma psíquico, el trauma que inspiró su fatal resolución… ¿Qué había ocurrido? Nadie sabe nada. Ella es la única que hubiera podido aclararlo, pero cuando recobró los sentidos… qué

terrible… se había olvidado de todo… Amnesia total… Éramos para ella unos seres extraños.

—Pero, entre usted y yo, doctor… Jamás hubo, en su familia, alguien… quiero decir: ¿no es un caso hereditario?

—No, creo que no. Se hubiesen notado signos precursores. Así opina además el profesor Menardin, que la cuidó en el psiquiátrico de Bron…

¡Menardin! Este nombre vibró en la mente de Sernín. Recordó su visita al despacho del doctor Moutier.

—Conocí a un joven médico que colaboraba con el profesor Menardin… Laslo Szekely…

—Perfectamente. Szekely… Le he tratado una o dos veces… Me acuerdo de él porque pretendía que la hipnosis puede atenuar ciertas enfermedades…

Sernín apenas lograba contener su excitación. Al fin se iban disipando las tinieblas.

—¿No sabe usted si aplicó su tratamiento a Simone de Mareuse?

—Lo ignoro. En todo caso, ha fracasado…

No, no ha fracasado, reflexionaba Sernín velozmente. Al contrario, ha logrado sonsacarle algunas confidencias de sumo interés. Por eso se las arregló para entrar al servicio del doctor Moutier, cuando Cécile dispuso el traslado de su hermana a París. ¡Pardiez!… Ésta es la solución… Y siguió encargándose de ella en la calle Saint-Jacques… Y la raptó, cuando la chica estaba a punto de irse casi curada, porque aún no se había enterado de todo… No sé de qué, pero lo averiguaré… Serán cosas que Simone le contaría a Cécile… Así se explica la agresión al salir del Châtelet… Cosas tan importantes que los húngaros liquidaron sin piedad a Gaston Mongougeot, simplemente porque éste se había cruzado en su camino. ¡Oh! Claro que lo averiguaré… A fin de cuentas, es un problema muy sencillo: Simone, una joven que vivía en un rincón perdido, posee un secreto por el que se interesa una gente que reside a miles de kilómetros… ¡Nada más natural!… ¡Está chupado!

—Perdone, doctor; ¿decía usted?

—Decía que Simone ni siquiera recordaba que había intentado matarse. Pero es joven… A veces, la naturaleza obra curaciones que la medicina, en su actual estado, juzga imposibles. A mi juicio, siempre persistirá un vacío en la memoria de esta pobre niña, aun suponiendo que recobre la conciencia de su identidad… Cuando vea de nuevo a estas señoritas, salúdelas de mi parte. Dígales cuánto me alegraría volver a verlas.

Sernín se despidió y regresó al hotel. Desde allí llamó a Mongougeot.

—Me encuentra usted por pura suerte —dijo Mongougeot, con su proverbial altanería—. Voy con la lengua fuera por culpa de este maldito Szekely… Acabo de llegar ahora.

—¿Cómo?… ¿No ha reanudado su trabajo en la clínica?

—Sí, pero hacia las cinco, se ha largado a Meudon. Ayer ya hizo lo mismo. Entra

en una propiedad magnífica, que linda con el bosque… Un parque enorme… Una especie de casa solariega… Para ricos… He indagado entre la gente del lugar… Sin grandes resultados… Lo único que saben es que la propiedad está alquilada por un año.

—¡Pues claro! ¿No te das cuenta?

—¿Cómo? ¿De qué me he de dar cuenta?

—Seguro que ahí tienen escondida a Simone. Salta a la vista. Ya llevarían mucho tiempo preparando el golpe. Bueno. Vuelvo en seguida. Sale un tren esta noche. ¿Nada nuevo con respecto a Cécile?

—No.

—Cabe suponer que han alquilado esta propiedad con todos sus muebles y que han pagado el alquiler de antemano, ¿no?

—¿Por qué cabe suponer?

—Porque así, Szekely podrá levar el ancla cuando quiera.

—Quizá. En todo caso, hoy se ha visto un camión de mudanzas que entraba en el parque… Probablemente Szekely traerá más muebles…

—Emile, es para matarte… En fin, ¿eso es todo? ¿Ya has vaciado el costal?… Bueno. Quedamos mañana por la mañana, a las diez, en tu casa.

—Patrón, otra cosa… ¡Hay un perro!

Sernín se encogió de hombros y colgó. Dos horas después, aislado en su compartimento de primera, dormía.

V

EL POLVORÍN

El viejo Renault se hallaba aparcado no lejos de la casa solariega mencionada por Mongougeot. Tenía los faros apagados. El sitio estaba desierto. La luna se alzaba detrás de los árboles sin hojas, e iluminaba vagamente la fachada de la casa que, con su campanil, no dejaba de parecerse un poco al castillo de Gures. Mongougeot frotó una cerilla y miró el reloj.

—Lleva retraso —murmuró—. No tardarán en dar las siete. Nos estamos helando aquí dentro.

Sernín, envuelto por un ancho abrigo de cuello de pieles, guardaba silencio. Pensaba en Cécile. ¡Una hermana anormal! ¡Enemigos por doquier! Una vida privada de toda alegría. Qué falta le hacía que la cuidaran y la protegieran. ¡Qué bien estaría devolverle la paz!

—Ahí está —susurró Mongougeot.

Un gran automóvil se detuvo delante de la verja. Bajó un hombre. Su pelliza de pelo largo le daba un aspecto macizo. Casi en seguida, sonó una campanilla y Sernín se estremeció. Ese tintineo lúgubre, quejumbroso… Ya lo había oído en algún sitio… en el castillo de Gures… Se reprochó su propio nerviosismo. Todas las campanas repican de la misma manera, al igual que todas estas moradas nobiliarias poseen un aire de familia.

Una sombra se movió detrás de la verja, que se abrió, y el coche enfiló el camino. Sernín lo siguió con la vista. Vio que frenaba delante de la escalinata y la silueta de Szekely subió las gradas.

—A saber cuántos habrá ahí dentro —masculló Sernín—. Hubieras debido informarte. Si es la guarida de la banda, nos van a buscar las cosquillas.

—No tienen por qué desconfiar —comentó Mongougeot.

—Es verdad. ¡Bueno, vamos!

—He descubierto un punto de la tapia que se puede escalar. Venga. Es pasada la esquina.

—¿Llevas el cloroformo para el perro?

—Llevo todo lo necesario.

Se deslizaron al amparo de la sombra de la tapia, siguiendo un estrecho sendero que daba la vuelta a la propiedad. A proximidad del campo, disminuía la tapia. Se había desprendido el revoque, a pedazos, y sobresalían los cantos cuyas asperezas podían servir de escalones. Echándose una mano, pasaron fácilmente al otro lado, escucharon.

—¿Es muy grande el perro? —inquirió Sernín.

—Mediano. Un bicho como tantos. Ladra mucho pero no debe de ser peligroso.

Uno tras otro, muy despacio, se dirigieron a la fachada, que tenía una ventana con luz.

—Espérame aquí —murmuró Sernín—. Si ves peligro, intervienes y nos largamos directamente por la alameda.

Se acercó a la escalinata, encogido, alcanzó la ventana y se irguió con precaución. Creyó soñar. Ante su vista, se extendía la sala del castillo de Gures. Ardía alegremente un gran fuego en la ancha chimenea. Junto al hogar se erguía una armadura. Su guantelete sostenía tenazas y atizador. Delante de la chimenea había dos butacones. Y Sernín también reconoció la mesa larga y rústica, las sillas de respaldo alto… ¡Pardiez! Vaya puesta en escena. Un examen más atento revelaba que la chimenea era más pequeña que la de Gures; la sala era más estrecha. Por lo que respecta a los muebles, nada se parece más a una mesa rústica que otra mesa rústica. No obstante, la ambientación se había reconstituido hábilmente. Pretendían que Simone creyera en su vuelta al castillo. Por eso habían elegido una casa rodeada de un parque, como la otra… También la campanilla recordaba a la otra… y la alameda… y sin duda el perro… ¿Qué quería decir todo esto? En principio, que el tal Szekely era de armas tomar y que si se arriesgaba, por algo sería. Luego, que la pobre Simone no estaba probablemente tan sana como suponía el doctor Moutier.

Se oyeron entonces unos ladridos en la casa. Se abrió la puerta de la sala y apareció un hombre de unos cuarenta años, corpulento, cabello al cepillo, mandíbula dura, mirada aguda protegida por unos lentes con montura de acero. Se hizo a un lado para que pasara Simone de Mareuse que se reía, apartando a un perro cuyas caricias amenazaban con ensuciarle su traje gris.

—Basta, Pólux —dijo la joven—. ¡Anda! ¡Vete!

Reía. Creía que se trataba de Pólux. Había caído en la trampa.

—Qué pícaro más infame —pensaba Sernín—. ¡Cómo me gustaría ajustarle las cuentas!

Szekely, mientras, asiendo a Simone del brazo, la invitaba a sentarse junto al fuego. Aprovechando un momento en que le daban la espalda, Sernín empujó la ventana levemente. No estaba cerrada, sin duda para facilitar el tiro de la chimenea. Szekely agitó una campanilla y, poco después, entró un nuevo personaje, que sostenía una bandeja con una botella y dos vasos: la mujer morena. La que con tanta maña engañara a Sernín, en casa de la baronesa.

—Gracias, Sonia —dijo Szekely—. Pero ya no queda oporto. Tendrás que ir mañana a comprarlo a Pérouges.

Resultaba alucinante. Y Simone, sin dejar de sonreír, aceptaba el vaso que le tendía Szekely, acercaba su otra mano a las llamas, relajada, feliz. Sonia puso otro leño en los morillos y se retiró. Era una escena amable, familiar. Lo más seguro es que Szekely le hubiera dicho a Simone que acababa de comprar el castillo de Gures, que la invitaba, que los Fajon habían abandonado el lugar, que Cécile vendría dentro de poco…

Probablemente ya se la habría traído drogada desde París. Simone había despertado en su cuarto. Sernín estaba persuadido de que, en el primer piso, había una habitación idéntica a la que Simone ocupara en el castillo. Por eso los extranjeros, los «prusianos» que decía el viejo criado, habían sacado fotografías. Szekely lo había previsto todo. Era evidente que intentaba reavivar los recuerdos de la enferma, devolviéndola a un ambiente que le resultara hogareño. Había cosas que aún ignoraba. Simone se había limitado a hacerle revelaciones parciales, deslavazadas, y Szekely se jugaba ahora el todo por el todo.

—Acerté —se dijo Sernín—. Y como aún anda buscando, también yo tengo mi oportunidad. ¡Y llegaré el primero porque yo soy yo y él sólo es él! ¡Se ha igualado la partida!

Procuró oír lo que Szekely murmuraba al oído de su víctima. El húngaro se había inclinado hacia Simone y la tenía tan cerca que Sernín cerró los puños. «¡Si la besa, lo mato!». Jamás se le había ocurrido la idea de que Szekely pudiera estar enamorado de Simone. Y al pensarlo ahora, se sintió presa de una turbación indefinible. ¿Pero por qué no? ¿No era éste el medio más eficaz de vencer sus últimas resistencias? Fue precisamente entonces cuando Sernín, sin más dilación, resolvió liberar a la joven de inmediato. ¿Cómo? Lo ignoraba. Sabía no obstante que debía actuar con rapidez, pues no toleraría por más tiempo la innoble solicitud de Szekely. Entrar en la sala, blandiendo el revólver, ni pensarlo. Corría el riesgo de que apareciera toda la banda. De pronto, le alarmó oír un ruido de ruedas. Retrocedió precipitadamente hasta las matas donde le esperaba Mongougeot.

—¿Qué ha visto? —cuchicheó Mongougeot.

—Chitón… Ya te contaré… Ojo, que viene alguien.

Pero lo que vieron les dejó pasmados. Tirando de las riendas, un hombre traía un caballo enganchado a un cabriolé que llevaba los fanales encendidos.

—¡Sooo, Papillon! —exclamaba—. ¡Tranquilo, bonito!

Y lo más chusco, lo más cómico y absurdo, era el acento de este palafrenero de ocasión.

—Se ríe usted, patrón, y no es hora.

—No. Tienes razón. Pero es que estos salvajes son la monda.

El hombre desapareció en el interior de la casa y, minutos después, Simone bajaba la escalera, acompañada de Sonia y de Szekely.

—No vaya muy lejos —recomendó Sonia.

—Sólo una vueltecita para tomar el fresco —dijo Szekely—. ¿Reconoce a su viejo Papillon, Simone?… Él la ha reconocido. ¡Mire cómo mueve las orejas!

—Pronto —susurró Sernín—. Vuélvete al auto y pon el motor en marcha. Hay que actuar ahora.

Szekely había cogido las riendas. Sonia, mientras, terminaba de anudar una pañoleta de lana al cuello de Simone.

«Qué hora más rara para dar un paseo en coche —pensó Sernín—. Pero Simone

estaría acostumbrada a salir tan tarde. Szekely ha tenido tiempo de sobras para averiguarlo. No deja nada al azar. Se equivoca, pues el azar soy yo. ¡Hale, artista, vamos a vernos las caras!».

Cuando el cabriolé arrancó, Sernín corrió entre sombras hasta la entrada de la propiedad y se ocultó detrás del tronco de un castaño. Oyó cómo se acercaba el cabriolé y reunió sus fuerzas. Szekely detuvo al caballo y bajó para abrir la verja. A continuación, fue todo tan rápido que Simone ni siquiera tuvo tiempo de soltar un grito. Szekely, alcanzado en el plexo solar, se desplomó como una masa. Sernín, entonces, cogió a Simone en volandas y la levantó. ¡Dios, qué ligera era!… Sujetándola contra su cuerpo, sin hacer caso del húngaro desvanecido, corrió hacia Emile que venía a su encuentro. No se debatió la joven. Estaba demasiado asustada.

—No tenga miedo —dijo Sernín—. La llevo al lado de Cécile… Me manda ella… Soy un amigo.

Mongougeot abrió la portezuela y Sernín instaló a Simone en el asiento, sentándose a su lado, mientras el detective aceleraba. Y al instante se produjo el milagro. Simone, con su instinto de animal herido, sintió que se hallaba a salvo. Escuchaba, con una confianza creciente, la voz persuasiva del príncipe.

—Conozco muy bien al doctor Szekely —decía Sernín—. Es mala persona. Pretende que usted sólo puede curarse estando a su lado. Pero miente. Prueba de ello es que no estamos en Pérouges. Fíjese… ¿no ve a lo lejos las luces de París? Yo sí que la llevaré a Pérouges. Nos instalaremos en el castillo, Cécile, usted, este señor que conduce y yo… Y entonces volverá a ser la pequeña Simone de antes… La está esperando su viejo jardinero, el tío Fajon, ¿se acuerda?… Y Pólux también. El auténtico Pólux… Y el auténtico Papillon… Sí, apóyese en mi hombro… Por fin está en libertad… Nunca más volverá a esa casa horrible donde cuidaban de usted. Soy yo el que la va a cuidar… Ya verá cómo la trato… Sé que no está enferma. Simplemente está cansada, muy cansada… Porque le han hecho demasiadas preguntas, porque siempre anda con dolor de cabeza… Su pobre cabeza… Cuidado, Emile… Que duerme.

Mongougeot disminuyó la velocidad. Se volvió a medias hacia Sernín.

—Cómo se las apaña, patrón. Creí que la chica le iba a arañar.

—¡Bah! —dijo Sernín—. Las chicas son como los gatos, y ya sabes que me entiendo muy bien con los gatos.

Los ojos de Mongougeot se nublaron.

—Hablando de gatos —siguió Sernín—, tendrás que confiarle el tuyo a alguien porque nos vamos a instalar todos en el castillo de Gures.

—Me pregunto —dijo Mongougeot— por qué no lo compraron.

—¡Por prudencia! ¡Te los imaginas comprando en las tiendas de Pérouges, con ese acento visigótico! La gente del lugar es desconfiada. Nosotros, en cambio, nos moveremos entre bastidores. Vigilaremos sin tregua. ¡Te juro que esta vez dejarán en paz a la pobre cría!

Una hora después, Simone descansaba en una habitación del chalet de Neuilly, mientras que Sernín terminaba de referir su visita a Pérouges y luego la expedición a la casa de Meudon.

—Nos ha salvado a las dos —dijo Cécile—. ¿Cómo podría demostrarle mi agradecimiento?

—Nada más fácil, querida amiga… Emile, tu pipa huele mal. Deberías pasarte al puro.

Se hallaban reunidos en el mismo salón donde otrora Sernín descubriera a Mongougeot alzando el cuchillo sobre Cécile. Tantas cosas habían ocurrido ya, sin embargo, que había olvidado esta escena. Ahora eran aliados y sabían, los tres, que aún quedaba por entablar la batalla decisiva.

—Nada más fácil —repitió Sernín—. Creo que me he ganado el derecho a conocer el secreto de su hermana. Hasta hoy, he luchado a ciegas; he golpeado al tuntún. Pero esta situación no puede durar. ¿Por qué las persiguen? ¿No habrá húngaros en su familia?

—No —dijo Cécile—. Pero hay un servio.

—¡Ah, caramba!

—Es… el archiduque Miguel.

—¿Qué?… ¿El joven archiduque?… ¿El que vi en el Châtelet?

—Sí.

Mongougeot no se atrevía a vaciar la pipa y Sernín se olvidó de sorber su taza de café.

—Vamos a ver —murmuró al fin—, no me irá usted a decir que el archiduque…

—Me he explicado mal… perdone… no existe parentesco alguno con el archiduque, por supuesto… ¡Oh, es muy largo de explicar!… ¡Y muy triste!…

—¡Espere! —exclamó Sernín—. Creo que ya comprendo… ¿El archiduque y Simone?…

Cécile sonrió melancólica.

—Acertó.

Sernín se arrellanó en su sillón, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Deje que me acostumbre —dijo—. Resulta tan extraordinario… Tengo la impresión de alcanzar la verdad… Y sin embargo, qué confuso es todo… ¿Qué tienen que ver los húngaros en todo esto?… No suelen entenderse muy bien con los servios.

—¡Pues ahí está!

—Bueno. Creo que más vale que la escuchemos… Aunque Emile ya estará al corriente.

—No. No del todo… Hay cosas que no me he atrevido a revelarle. Pero les debo la verdad a los dos… Todo empezó hace tres años. Por esa época, el archiduque era alumno de Saint-Cyr y nos conocimos en el baile del Elíseo. Primero, no obstante, tengo que decirles quién es Miguel… Un chico impulsivo, violento incluso, y que

difícilmente admite que le discutan sus antojos… Un chico encantador, por lo demás… ¡y tan atractivo!…

Quedó absorta un instante, luego pareció despertar.

—¿No puede ayudarme un poco? —murmuró.

—¿Se enamoró de su hermana? —dijo Sernín.

Y al ver que Cécile bajaba los ojos, añadió:

—¿Las cosas fueron más lejos?

—No, desde luego. Pero estaban locos los dos. Estaban dispuestos a desafiar la opinión pública. Miguel le había jurado a Simone que se casaría con ella, que nada le detendría, que se reía de los imperativos de la política… y que, además, no veía en qué este matrimonio podía contrariar a su familia… Y era sincero. Simone se hallaba totalmente ofuscada… Ya se veía princesa… Yo, en cambio, demasiado sabía los problemas que tendrían que surgir. Nos peleábamos con frecuencia. ¡Dios mío, qué vida!

—¿Se veían a menudo?

—Miguel solía tener permisos. Como es de suponer, en Saint-Cyr le trataban con la mayor consideración. ¡Oh! Hice todo lo que pude para separarlos. Al fin, decidí irme a Gures con Simone. Yo era la mayor. Siempre me había encargado de ella. La influía un poco.

—¿Obedeció?

—No. Se quiso resistir. Pero no tardó en comprender que le era imposible quedarse sola en París… Era menor. ¿Qué hubiesen pensado nuestros amigos?… ¡Pues en fin, a pesar de su ceguera, Simone tenía muy en cuenta nuestro honor!… No tomé esta decisión con alegría. Nunca me gustó el castillo. Es un caserón lleno de corrientes de aire. Me aburre mortalmente. Simone, en cambio, siempre lo ha disfrutado. Mi padre decía, a veces, que le legaría todos los secretos del castillo, secretos que yo no me merecía conocer… ¡Pobre papá! Bromeaba, como de costumbre. Se hubiese alborotado en su tumba si hubiese sabido que su hija predilecta se citaba con un hombre, por muy príncipe de sangre que fuera… Bien, la cuestión es que calculé mal la jugada. Miguel tenía un compañero de promoción, el marqués de Chaumes, cuya familia vivía en Lyon. Cada semana, cogía el tren y, so pretexto de ir a cazar con su amigo, llegaba a Lyon y de allí venía a Gures. Yo no tenía más remedio que recibirlo. No vamos a darle con la puerta en las narices a un archiduque, ¿verdad?

—Sobre todo si es tan atractivo —dijo Sernín.

Cécile le dedicó una mirada ambigua y Sernín se apresuró a añadir:

—Estoy seguro de que sabía hacerse perdonar.

—Es cierto. Se sentía algo picado conmigo, porque en el castillo mi papel de carabina resultaba insoportable. Me llamaba la dueña de corazón feroz, aun así nos subyugaba a todos, hasta al tío Fajon que sin embargo no es fácil de tratar… Cuando nos quedábamos a solas él y yo, me repetía incansablemente todos sus proyectos,

intentaba demostrarme que eran razonables, que casarse con Simone de Mareuse no constituía ningún desequilibrio, que él sólo era sobrino nieto del rey y que nunca subiría al trono… ¡En fin, imagínese todos los argumentos que puede presentar un joven enamorado! Yo sabía que se engañaba. Le decía: «La olvidará… Nos olvidará… Espere a las vacaciones y ya verá».

—¿Dan vacaciones en Saint-Cyr? —preguntó Mongougeot, que seguía el relato con la cándida admiración de un niño que escucha un cuento de Perrault.

—Los cadetes tienen derecho a un permiso anual y Miguel regresó a Servia. Pero entonces comenzó a escribir. Ya no le importaba una imprudencia más o menos. Hubiese podido firmar Vladimir o Iván o cualquier cosa. No. Firmaba Miguel… ¡Y qué cartas!

Cécile enrojeció y alzó una mano como si quisiera evitar una pregunta que pudiera ser descortés.

—¡No se vaya a creer que las abría!

Fingía dirigirse a Mongougeot pero miraba a Sernín. Se le escapó una sonrisa amarga.

—Simone me las leía… para demostrarme mi error, para demostrarme la fidelidad de Miguel… también acaso para apenarme… ¿Quieren otra taza de café?

Palpó la cafetera.

—Voy a calentarla.

Y salió del salón.

—¿Será verdad todo lo que cuenta? —preguntó Mongougeot—. Los príncipes no se casan con las pastoras.

—Cómo se nota que nunca has sido príncipe —replicó Sernín.

Sernín se representaba la amplia sala del castillo de Gures, la chimenea, los dos butacones arrimados al fuego. En su imaginación aparecía Simone leyéndole a Cécile cartas desbordantes de pasión, mientras Cécile, la silenciosa, la hermética, dedicada a sus labores, escuchaba palabras de amor que no eran para ella. Se sintió conmovido por una piedad infinita. Entonces volvió Cécile y sirvió el café.

—¿En qué parte de mi novela estábamos? —dijo la condesa con un regocijo que sonaba a falso.

—Hablaba de unas cartas —contestó Mongougeot.

—Y supongo —intervino Sernín— que lo que busca la banda de Szekely es apoderarse de estas cartas, ¿no?

—¡Claro!

—Para chantajearla, por lo que usted me dijo —aventuró Mongougeot.

Cécile le miró, incómoda.

—No. No me atreví a revelárselo todo. No se trata de mí… Pero deje que continúe. Sucedió lo que yo ya preveía. El rey, por razones de alta política, dispuso un noviazgo entre el archiduque y la princesa Marika de Ciliria. De entrada, Miguel se tomó el asunto a la ligera. Avisó a Simone de que esta unión nunca se celebraría;

escribió que se trataba de un proyecto salido de la Cancillería y absolutamente incongruente, que la princesa todavía era una niña y que además tenía fama de ser un poco retrasada… Éstas fueron sus propias palabras… Añadía que Ciliria era un país de salvajes, desgarrado por luchas internas, y que Servia no tenía nada que ganar en su intento de acercarse a este pueblo de montañeses que siempre andaban empuñando el cuchillo… Decía —cito este párrafo de memoria—: «Soy un parisino y pienso seriamente en abandonar mi patria para instalarme en París. No me gusta arrullarte mi amor en cilírico. Sería un gorgoteo ridículo».

—¡Diablo! —dijo Sernín—. Qué poco afecto por sus vecinos, pues, si no me equivoco, Ciliria linda con Servia… Sí, ahora me acuerdo de una manchita de color en el mapa, entre Servia, Hungría y Bulgaria. Es insignificante. Pero supongo que, estratégicamente, posee una importancia vital.

—Éste es un problema que se me escapa —suspiró Cécile—. Me basta con el mío. La cuestión es que Miguel volvió para cumplir su estancia en Saint-Cyr pero, al cabo de un mes, le reclamaron de su país. Las dos cortes se habían puesto de acuerdo y el noviazgo era inevitable. Miguel se fue, dispuesto a armar un escándalo. Escribió aún varias cartas, de suma violencia. No cesaba en sus sarcasmos contra esa Marika «que olía —decía—, a leche agria y a granja descuidada». Y después cambió de tono. Comenzó a escribir que un noviazgo no compromete a nada, que ya sabría librarse del matrimonio, que nunca sería un peón del ajedrez balcánico… Y estalló la catástrofe… Simone se pegó un tiro…

—Comprendió que tenía el juego perdido —dijo Sernín, más curioso que nunca.

—Sin embargo, a veces me pregunto si Miguel no hubiera cumplido su palabra, si no hubiera vuelto. Se desesperó cuando se enteró de la noticia. Pero no podía hacer nada contra la fatalidad. Se proclamó el noviazgo… Y ahora ya se anuncia la boda. Supongo que el pobre se habrá resignado. Desde la carta que le mandé comunicándole que Simone ingresaba en una clínica, no ha dado más señales de vida.

—¿Le guarda usted rencor?

Cécile se encogió de hombros.

—No es un hombre libre —dijo—. Nadie ignora hasta qué punto se ha deteriorado la situación en los Balcanes. Ciliria sufre el acoso de los Imperios centrales… Apenas leo los periódicos, pero basta con ojear los titulares.

—¿Y las cartas, qué? —preguntó Mongougeot.

—A eso voy. Ciliria vive agitada por todo tipo de movimientos internos. Destaca, en especial, un partido nacionalista que exige la anexión de Ciliria a Hungría.

—Ahora lo entiendo —exclamó Sernín.

Por fin surgía la verdad, tan luminosa que tuvo que cerrar los ojos. Se sentía deslumbrado por el inmenso alcance de los intereses en juego. El archiduque, Simone, Cécile, simples menudencias todos ellos en la tormenta que caía sobre Europa y que acaso provocara una conflagración general. Y las cartas… esas pobres cartas de amor… tenían, en estos momentos, una importancia histórica… como el

telegrama de Ems, como tantos pedazos de papel que ya habían servido para prender fuego a Europa.

Y él, Lupin…

—Resumiendo —dijo con una aspereza que sorprendió a sus interlocutores—: este partido está subvencionado por Austria. Si Ciliria ingresa en el clan de los Imperios centrales, puede romperse el equilibrio. Servia, burlada por la derecha, se ve reducida a la impotencia. Austria-Hungría extenderá toda su influencia por todo el Adriático, y la indecisa Italia quedará paralizada. En cambio, si, mediante la boda del archiduque, Ciliria se convierte en aliada de Servia, la situación se inclina a nuestro favor, y colocamos una cuña entre Hungría y Bulgaria… Sería algo gigantesco, espantoso… Basta con que húngaros y cilíricos se apoderen de las cartas del archiduque… basta con que las publiquen, y se acabó. ¡Adiós boda! ¡Adiós alianza! Y quizá alzamiento en Ciliria. El orgullo de los nacionalistas no admitirá que un servio, y qué servio… príncipe de sangre… haya emitido frases injuriosas sobre su princesa.

Calló, trastornado, consciente de que tenía en sus manos el detonador capaz de hacer saltar el polvorín, el bloque de los Estados balcánicos.

—Os dais cuenta —murmuró al fin, con voz insegura—. Rusia no permitirá la invasión de Servia, y Francia es aliada de Rusia… Lo que aquí se decide… en estos momentos… es la paz o la guerra. Nosotros no somos nada. Y no obstante, será esta nada, este imponderable, lo que incline la balanza… Cécile… Medítelo bien… Ha de decirme dónde están esas cartas.

—Pero si no lo sé —exclamó Cécile—. No tengo ni idea de dónde las escondió Simone, y como ha perdido la memoria de los acontecimientos que precedieron a su accidente…

—Lo que no veo —dijo Mongougeot— es cómo los cilirios se enteraron de la existencia de esas cartas.

—Pues salta a la vista —dijo Sernín—. ¿Quién se cuidó de Simone en el psiquiátrico de Bron?… Laslo Szekely, un húngaro, partidario sin duda de la anexión de Ciliria a Austria-Hungría. Simone, en su inconsciencia, habló ante él… Y gracias a su tratamiento por hipnosis, Szekely obtuvo más información, la suficiente para reconstituir todo el caso… En seguida conectó con algunos fanáticos y ya sabemos lo que luego ocurrió… La atacaron a usted, Cécile, porque creían que las cartas estaban en su poder… o que sabía dónde estaban… Están resueltos a todo para recuperarlas. Matarán sin vacilar… Ya lo han hecho… Cécile, tenemos que encerrarnos en su castillo, fortificarnos allí. Seguro que ahí están las cartas. Debemos encontrarlas antes que ellos. ¿Cuándo se casa el archiduque con la princesa?

—Dentro de tres semanas.

—Son quince días de más. Me fijo el plazo de ocho días para conseguirlo… suponiendo que no se hayan destruido.

—¡Oh, eso sí que no! —afirmó Cécile—. Estoy moralmente segura de que no se

han destruido. Mi hermana las quería más que a su propia vida.

—Pero, precisamente, intentó matarse. Acaso no podría haberlas roto, quemado, antes de…

—No. La prueba es que Szekely sigue buscando. O sea que sabe, por las pocas revelaciones que ha podido arrancar de Simone, que existen… Lo que ocurre es que no tiene ni idea del escondrijo, cuya existencia la misma Simone ha olvidado.

—Exacto —admitió Sernín.

Se levantó, paseó por el salón, cabizbajo, con las manos en los bolsillos. Lo que se ventilaba era tan terrible que le privaba momentáneamente de sus recursos. Abundaban en su mente ideas e imágenes que chocaban entre sí. ¡Europa!… ¡Simone!… ¡Ese castillo de los mil rincones!… Un asunto de Estado que había que resolver sin ayuda de las autoridades… En rigor, podía contar con Valenglay, que era ministro de Asuntos Exteriores… Valenglay era capaz de comprender, en un abrir y cerrar de ojos… ¿Pero luego?… Se pondría en contacto con su colega del Interior… Pasarían varios días antes de que funcionara el pesado engranaje policial, y la prensa se olería alguna cosa… coincidiendo con la visita del rey y del archiduque… ¡Imposible! Y además, ¿aceptaría Valenglay esta historia increíble? Pues en fin, todo se basaba en las incoherencias de una loca. Cécile había visto las cartas. No las había leído. Simone podía haberse inventado su contenido… Su locura, de forma solapada, había empezado quizá mucho antes de lo que se creía… Tras el regreso del archiduque a su país, la joven tal vez había prolongado en su imaginación una novelita rosa, tan cruelmente interrumpida… De hecho, Simone seguía siendo un enigma. Y este enigma, Sernín debía solucionarlo por sí solo. Le aterraba la viva sensación de esta soledad. Acostumbrado a luchar y a vencer, medía por vez primera su impotencia. Se acercó nuevamente a Cécile.

—Vamos a ver —dijo—. Debe ayudarme a entender un punto que aún no está nada claro. Hace un rato, hemos admitido que su hermana intentó suicidarse porque creía que el archiduque cedería a la presión que le imponían… Pero esto era muy poco probable. Usted misma me ha dicho que acaso hubiera mantenido su palabra. ¿Se da cuenta del problema?… Lógicamente, Simone sólo se hubiera pegado un tiro de haber recibido una carta de ruptura. En realidad, fue su locura la que indujo a que el archiduque renunciara a sus proyectos… Fue su hermana la primera en romper. Y sigo creyendo que esto encierra un primer misterio. ¿Está absolutamente segura de que Miguel no escribió una carta de adiós y que su hermana no se lo mencionó?

—Yo vigilaba el correo. Pero, en efecto, es posible que se me escapara alguna carta.

—¿Y el revólver? ¿Estaba en el castillo? ¿Sabía usted que existía?

—No. Ignoro cómo se lo procuró.

—¿Qué pasó con él?

—Creo que el tío Fajon se lo sacó de encima. Pero le repito que aquel día todos vimos a Simone en condiciones normales. Los Fajon se lo podrán ratificar.

—O sea que, por la noche, sucedió algo tan inesperado, tan brutal, que su hermana, de repente, decidió matarse, con un arma que guardaba oculta, sin duda desde tiempo atrás… ¡No, no encaja!

—Pero si estaba loca —dijo Mongougeot.

—Loca después, pero no antes. Cécile acaba de afirmarnos que parecía muy normal. Sigo sin entender… ¡Prescindamos!… Por supuesto, buscó usted las cartas.

—Sí —dijo Cécile—. Lo registré todo. Pero creo que habría que derribar el castillo piedra por piedra para encontrarlas. No son muchas, unas quince aproximadamente… Forman un paquetito.

—Sin embargo, Simone las guardaría cerca. Una joven enamorada, novelesca, no escondería esa correspondencia, que es su vida misma, en un lugar apartado.

—Para empezar, registré su habitación… Hurgué de verdad todos los rincones… aunque yo no sabía, entonces, que estas cartas podían tener una importancia política. Por eso no insistí. Las di por perdidas.

—¿Y puso el castillo en venta?

—Qué remedio. Nuestro padre había dividido su fortuna en dos: por un lado, el castillo. Me lo dejó porque me creía una mujer con suficientes aptitudes para dirigir una propiedad. Por el otro, valores, acciones, participaciones en fondos, resumiendo, un capital que quedó bloqueado a raíz de la locura de Simone. Limitada a mis propios recursos, tuve que enfrentarme con gastos considerables. Y además, ese castillo me traía recuerdos demasiado malos… No me han dado ganas de volver.

—Sin embargo hay que hacerlo —replicó Sernín con energía—. Sólo tenemos dos métodos para recuperar las cartas. O confiar en el azar, buscar a ciegas… y tardaríamos semanas que acaso no resolvieran nada… O proseguir la tarea iniciada con tanta vista por Szekely… ¿Qué ha hecho Szekely?… Ha procurado reinsertar a la enferma en un ambiente familiar, para provocar una conmoción, la chispa de conciencia que devuelva la memoria a Simone. El escondrijo se halla seguramente en el castillo, pero ante todo está en la mente de su hermana. Esto es lo que hay que explorar.

—¿Qué propone usted? —dijo Cécile.

—Lo primero, salida inmediata. Son las diez. Szekely y sus cómplices ya deben de estar tramando una nueva emboscada. Aprovechemos esta pausa. Naturalmente, cogeremos mi coche. Lo segundo, conviene que la gente del pueblo crea que está usted sola. Nuestra presencia, la de su hermana, la de Mongougeot y la mía misma, ha de pasar inadvertida. Si hace falta, los Fajon irán de compras a otras aldeas más lejanas. Por supuesto, no dejarán que entre nadie, bajo ningún pretexto. Por otra parte, tampoco se presentarán más compradores, pues me propongo pedirle una opción al notario… Esta precaución no será obstáculo para que nuestros adversarios intenten alguna maniobra… Ya supondrá que no van a renunciar… Pero yo estaré ahí… Confíe en mí, Cécile.

—Confío.

La condesa le tendió la mano en un gesto de abandono que le emocionó hondamente. Sernín la llevó a sus labios, luego castañeteó los dedos y exclamó alborozado:

—¡Andando, morralla!

VI

VELANDO ARMAS

Los Fajon recibieron a Simone con emoción. Pólux intervino en la fiesta. El encuentro resultó conmovedor. De golpe, fue evidente para todos que la joven reconocía sin esfuerzo el parque, el castillo, todos los sitios donde, antaño, había sido tan feliz. Tomó posesión de su habitación sin manifestar el menor temor. Cécile y Sernín la acompañaban a todas partes, dispuestos a tender los brazos, como padres que vigilan los primeros pasos de un bebé. Evitaban inmiscuirse, dejándola que corriera de una a otra pieza, sin perderse ninguno de sus movimientos. ¿Les llevaría en seguida al escondrijo? Simone, no obstante, no dijo nada, no hizo nada que pudiera sugerirles el comienzo de una búsqueda.

—Aún es pronto —dijo Sernín—. De momento, está reviviendo su juventud. Pero ha de llegar el momento en que se manifiesten otros recuerdos más recientes. Siga vigilándola. Yo, mientras, me ocuparé de la defensa de la plaza.

Acompañado de Mongougeot, inspeccionó el parque. Tenía una tapia vetusta que podía saltarse sin dificultad por varios puntos.

—De noche —comentó Sernín—, pasearán por aquí como Pedro por su casa. No será el viejo Pólux quien lo impida. Tendremos que atrincherarnos en el castillo y hacer rondas. Por suerte, hay unos cerrojos muy sólidos.

—En seguida pensarán que la pequeña está aquí —dijo Mongougeot—. ¿No cree que intentarán raptarla?

—Creo que se arriesgarán a cualquier tentativa desesperada; no sé cuál… Si yo estuviera en su lugar, procuraría entrar en la casa y coger un rehén… O hasta torturar a Cécile para obligarla a hablar, pues están convencidos de que sabe dónde están las cartas… Cabe esperarlo todo. Son unos fanáticos.

Aleccionaron al tío Fajon, recomendándole que se informara discretamente cuando fuera a Pérouges o a los alrededores. Si se enteraba de la presencia de extraños, de turistas alojados en el hotel, debería dar la alarma al instante. Le explicaron que Simone necesitaba descanso absoluto, que no se toleraría ninguna visita y que la propiedad se hallaría bajo vigilancia día y noche, pues la enferma ya se había fugado más de una vez y quizá volviera a escaparse. Sernín notó que el viejo sólo le creía a medias y que intuía que las señoritas de Mareuse corrían un peligro. Pero el tío Fajon era demasiado fiel para hacer preguntas. Obedecería sin saber más. A continuación, Sernín y Mongougeot examinaron cada uno de los aposentos. Tenían recios postigos, y las cerraduras de las puertas interiores resistían lo bastante.

—Haremos guardias —decidió Sernín—, como si estuviéramos a bordo de un barco. ¿Vas armado?

—Llevo un revólver y una caja de cartuchos.

—Perfecto. También yo llevo todo lo que hace falta. Dormirás en la habitación que hay al fondo del pasillo. Yo me reservo el cuartito que domina la escalera… Naturalmente, si hay jaleo, tiramos a dar. ¡Estamos en guerra, viejo!

—Todo esto es muy ilegal —suspiró Mongougeot—. Me pregunto si no deberíamos recurrir…

—¿A quién? No olvides que se trata de un secreto de Estado, y que lo estamos defendiendo. Sólo debemos confiar en nosotros mismos… ¡Ah! Las comidas. Montarás guardia mientras estemos en el comedor. No conviene que andemos siempre todos juntos. Piensa que corremos un riesgo incesante. Pueden atacar en pleno día… Otra cosa: arréglatelas para que siempre haya petróleo en los quinqués y velas preparadas.

Tomaron aún varias disposiciones de combate y comenzó la espera.

Arsène Lupin confesaría más tarde que pasó en el castillo de Gures algunas de las horas más extraordinarias de su existencia. Aparentemente, no sucedía nada.

Sernín, Cécile y Simone permanecían casi siempre en el salón, junto a la chimenea. Simone era capaz de sostener una conversación prolongada. Hablaba sin reparos, citando a su hermana situaciones en que ambas se habían divertido… Recordaba al cura de Pérouges que siempre estornudaba en mitad de los sermones, o al antiguo notario que cada domingo venía a jugar a los cientos con el conde, y que hacía tantas trampas… Se echaba a reír… Había recuperado su placidez de antaño, aunque persistiera esa pequeña cicatriz que le marcaba la sien. Sernín, a su pesar, no dejaba de mirarla. Esa cicatriz había abierto paso al olvido. ¿Y cómo desalojarlo, ahora? De vez en cuando, Simone atizaba el fuego. Le encantaba remover los leños, hurgar las brasas. O si no, se levantaba e iba a abrir un cajón del aparador.

—¿Dónde has metido las tijeras?

Cécile cruzaba una mirada con Sernín.

—Es verdad —murmuraba—. Había unas tijeras en este cajón.

A veces, se entregaban a experiencias.

—Simone, ¿quieres traerme el álbum? Me gustaría enseñarle unas fotografías a nuestro amigo.

Simone se dirigía a la biblioteca. La seguían de lejos, veían que se encaminaba sin vacilar hacia la estantería donde se hallaba el álbum.

—Se acuerda de todo —cuchicheaba Cécile—. De todo, menos de Miguel. ¡Es horrible!

—¿Tiene usted alguna foto del archiduque?

—Sí. Hasta hay varias.

—Vaya a buscarlas. Fingiremos que las hemos encontrado en el álbum.

Cécile subió a su habitación, mientras Simone traía el grueso volumen y lo abría sobre la mesa. Y de inmediato soltó una carcajada, señalando a un bebé desnudo, sentado en un almohadón.

—Soy yo —dijo—. Qué rizos tenía entonces… Y esta niña enfurruñada es mi

hermana. Nunca sale contenta en las fotos… ¡Ah! Éste es papá… Vestido de cazador, claro. ¡Pobre papá, cazaba mucho!

—¿Y conseguía alguna pieza?

—¡Oh, no! Era muy despistado. Y además le gustaban demasiado los animales… Abundan los pájaros por todos estos bosques. Recuerdo que una vez…

Se interrumpió. Esa palabra, en sus labios, resultaba angustiosa.

—Sí —dijo Sernín con dulzura—, recuerda que…

—Ya no lo sé… alguien… un día… que vino con dos faisanes… ¿Quién sería?… Me dio una pluma… «para que se la ponga en el sombrero», me dijo… Ya me acordaré.

Volvió Cécile y deslizó tres fotos pequeñas en la mano de Sernín. Para él fue un juego introducirlas en el álbum, a hurtadillas de Simone.

—No se esfuerce. No vale la pena que se canse… Y esta señora, ¿quién es?

—Mamá. Pero no llegué a conocerla… Era guapa, ¿no es cierto?

—Mucho.

—Ésta es la foto de mi primera comunión… Y éste era el cura, ¿sabe? El que no paraba de estornudar.

Sernín, pasando una página, presentó hábilmente las fotografías del archiduque.

—Vaya —dijo—. ¿Y este chico? No se le parece en absoluto. ¿Es alguien de su familia?

Sernín notó en su brazo que Cécile se crispaba.

—No —murmuró Simone—. No, no creo… Y eso que… Cécile, ¿te acuerdas de este señor?… ¿Crees que lo conozco?

Había alineado ante sí las tres cartulinas y su dedo iba de una a otra, como si acabara de decirse la buenaventura. En contraposición, tenía el enérgico semblante del archiduque. Sus ojos oscuros parecían mirarla con dolorosa intensidad.

—Venía a veces —balbuceó Cécile.

—Espera… ¿No se llamaba Maurice?… No, ¿Marcel?

—No sé —dijo Cécile.

—¿Pero qué venía a hacer aquí?

—Pues sin duda vendría a comprar —intervino Sernín, advirtiendo que la turbación de Cécile iba en aumento.

—Qué raro… Estoy casi segura de que nos hemos conocido… ¿Pero dónde?

—¿En París, quizá? —sugirió Sernín—. Antes de caer enferma, salía usted mucho.

—Sí… en París, claro… ¿Puedo conservar estas fotos?… Me parece que, si me esfuerzo, terminaré por acordarme… ¡Oh, y además no tiene importancia!… Hay algo interesante en este chico… Pero fíjese ahí detrás, la verja… Se diría que es la del castillo… Sí, es la del castillo… ¿Hicieron la foto aquí?

La joven no pudo contener la risa y tomó a Sernín por testigo.

—¡Para que vea! Cécile tiene peor memoria que yo… ¡Da igual! Nunca sabremos

por qué a este señor lo fotografiaron aquí.

Cerró el álbum.

—Hay tantas cosas que nunca sabré —añadió con un hastío repentino—. ¿Cree que me curaré?

—Seguro que sí —afirmó Sernín—. Está usted mucho mejor.

Contempló a Simone. Piedad y ternura le embargaban. Tenía ganas de cogerla en sus brazos, de acunarla, de consolarla, de posar sus labios en la cicatriz que desaparecía bajo la hermosa cabellera rubia. Notó que Cécile le observaba y fue como si le hubieran pillado.

—Devuelve el álbum a su sitio —dijo Cécile.

Y una vez alejada la joven, preguntó:

—¿Vale la pena atormentarla? Supongamos que termina por reconocer a Miguel, ¿no se sentirá entonces más desgraciada? Lo habrá perdido por segunda vez.

—Ya sé —dijo Sernín—. Yo mismo me he planteado la cuestión. Pero hay unos intereses en juego tan enormes que no nos debe detener ningún escrúpulo. Recobrará la memoria, sí, estoy seguro. Y entonces sufrirá, y sufriremos con ella. ¿Y qué?

—¡No tiene usted corazón! Y eso que mi hermana no le deja indiferente, confiéselo.

Durante un segundo, se encararon. Unas lágrimas contenidas brillaban en los ojos de Cécile.

—Cécile —murmuró—. ¡Qué injusta es! ¿Por quién me estoy prodigando sin escatimar esfuerzos?… Sabe usted muy bien que la…

—¡Cállese, por favor!

Oyeron el regreso de Simone. Se reunieron en círculo, los tres, delante de la chimenea y la tarde concluyó tranquilamente. Mientras Léonie ponía la mesa, Sernín se dio una vuelta por el parque, acompañado de Mongougeot. Había anochecido. Una leve llovizna limpiaba los senderos.

—Sin novedad —dijo Mongougeot—. ¿Progresa usted?

—No mucho. Esta mañana he vuelto a registrarlo todo, en particular su habitación, porque lo más lógico es que las cartas estén ahí o muy cerca. Sin embargo, las paredes no suenan a hueco. El parquet no oculta ningún escondrijo. Y además, ponte en el lugar de esta pobre chica. Es evidente que ha descubierto un sitio muy sencillo, muy práctico, de cómodo acceso. ¿Te la imaginas acaso manejando un martillo, un escoplo, para construir un hueco perfecto que escape a la vista de todos?… Vete a cenar. Yo no tengo hambre. Prefiero caminar un rato más.

Quedó solo, se alzó el cuello del abrigo, se perdió bajo los árboles.

—¡Un buen examen de conciencia —monologaba—, eso es lo que necesitas, imbécil! ¡Vaya numerito que te estás montando entre estas dos mocitas!… Me haces pensar en el asno de Buridán. Tiras a un lado… tiras al otro… Tal como eres, acabarás queriendo a las dos. ¿Y quieres que te diga por qué te las das de colegial romántico?… ¡Por amor propio!… Exactamente. ¡Por amor propio! ¡Todo este jaleo

del archiduque te reconcome, Lupin! ¡Para el carro! Yo, Lupin, no tolero que me prefieran a un archiduque. Quiero que esta chiquilla, dentro de poco, sólo se fije en mí. Y al mismo tiempo, te haces el forzudo delante de la otra, para que te admire. ¡Fantoche! ¿Es que no has comprendido aún que Cécile está celosa? ¡Pero bueno, carajo, abre los ojos de una vez! Es el cuento de la joven que, un buen día, conoce a un mequetrefe emperifollado, y al niñato no se le ocurre otra cosa que cortejar a su hermana… Y el idilio transcurre bajo sus mismas narices. ¡Zapateta! ¡Ponte en su lugar! ¡Cuántas lágrimas habrá derramado en secreto! Esa cría que ella misma ha educado a medias, archiduquesa de Servia… ¿No es para perder la chaveta, eh, francamente? Imagínate, las veladas en el castillo… Los comentarios falsamente compasivos de Cécile… «Pobre Simone… Miguel no es una persona corriente… No tiene libertad de elegir mujer… Cree que podrá decir la última palabra, pero cederá. ¡Sé razonable!…». Así es Cécile. Apasionada, orgullosa… Ese modo que ha tenido de mirarme hace un rato… ¡Pues qué! ¡Surge un hombre en su vida —y dicho sea entre nosotros, así y todo represento algo más que ese niñato búlgaro mal tallado— y resulta que este hombre comienza a encapricharse de la hermana!… ¡Cuidado, Lupin! Sí, claro, la pobre Simone te conmueve, con su mirada extraviada y su amor destruido. Eterno Don Quijote, en seguida te dan ganas de protegerla… Si yo no te frenara, serías muy capaz de escribir a su Miguel rogándole que viniera… Al fin y al cabo, aún está en París… Bastarían unas horas de tren para que se presentase… Coge a Simone en sus brazos… Ella recupera la memoria… Se va directo al escondrijo… Te da las cartas y tú las quemas… ¡Ay, Lupin! Los grandes sentimientos no consiguen que pierdas la cabeza, ¿eh? Tienes un corazón generoso. Pero también tienes ambiciones. En esta Europa de reyes degenerados, de altezas ruinosas, pretendes que bastaría una persona inteligente, decidida y patriota, para detener las desgracias que se ciernen en el horizonte. ¡Ah, si tuvieras carta blanca en Ciliria!… ¡Si, al menos, pudieras manejar a este Miguel, que ha acumulado tantas pifias!

Sernín divagaba, mientras paseaba por la avenida de castaños. Detestaba que lo redujeran a una actitud defensiva. ¿Pero cómo recuperar la iniciativa? ¿Escribir a los periódicos? Resultaba oportuno cuando planeaba un golpe. Pero en ese caso nadie, salvo él, quedaba comprometido. Hoy, en cambio, tenía la responsabilidad de unas almas. Más aún. ¡Tenía la responsabilidad de unos pueblos!… ¡Ah! Ese maldito escondrijo, que estúpidamente le mantenía en jaque. Pues la clave del enigma debía de ser infantil. Simone nunca había tenido una imaginación tortuosa. Había que adoptar una mirada de niña, mirar a su alrededor con la frescura, la inocencia y también el humor de una adolescente… ¡Pero en fin! Los muebles eran muebles decentes, sin misterio alguno. Sernín había pensado incluso en palpar el grueso collar de Pólux, los arneses de Papillon. Acostumbrado a ver lo que otros no veían, tenía que reconocer ahora su impotencia. Durante la noche, estando de guardia, había tanteado las paredes del salón, desmontado la armadura, vaciado las macetas, auscultado una a una las baldosas del suelo… Y ya llevaban cuatro días viviendo en

el castillo. Los otros, los húngaros, no debían de estar lejos. Sernín hubiera preferido saberlos al acecho, merodeando por el parque. La inminencia de la acción le hubiera decuplicado las fuerzas. La espera le destrozaba.

Volvió a la casa. Mongougeot fumaba muy tranquilo. Las dos hermanas se dedicaban a hacer punto, junto al fuego.

Dieron las nueve, Cécile se levantó.

—Simone, es hora de acostarse.

Cada noche, las mismas palabras, los mismos gestos. Como para enloquecer. Cécile acompañaba a su hermana, luego se retiraba a su habitación. Sernín exigía que sonaran las llaves girando en sus cerraduras. Comenzaba entonces la inspección de puertas y ventanas. Alumbraba a Mongougeot con un quinqué mientras el detective comprobaba los cierres.

—¿El perro?

—Está fuera.

—¿El cerrojo de la cocina?

—Ya lo he cambiado.

—Cojo la primera guardia.

—Como quiera, patrón.

Se estrechaban la mano y Sernín quedaba a solas. Se preparaba una taza de café y regresaba a la sala. «Vamos a ver, soy Simone». Se volvía muy despacio y, por centésima vez, examinaba las sillas, el vasar, el trinchero, el aparador, la mesa, la armadura, la chimenea, el enlosado, el techo… ¡Ah! La caja de costura de Simone… Solamente carretes, ovillos, cintas, encajes, botones… Se insinuaba el frío. Cargaba de troncos la chimenea y se sentaba en el sitio de Simone. «Soy Simone».

No se producía vibración alguna. Se reincorporaba, paseaba de arriba abajo, escuchaba a ratos los crujidos del caserón, el soplar del viento en el parque. Por un instante, renunciaba a buscar el escondrijo, pensaba en el archiduque que llevaba una vida alegre en París. Había leído, en *Le Figaro*, que el rey se había vuelto a su país, pero que Miguel de Servia prolongaba de incógnito su estancia en la capital. Lo habían visto en Maxim’s con unos amigos. «Su despedida de soltero —meditaba Sernín—. Es cierto que si la princesa Marika es tan desagradable como dice, no debe de tener mucha prisa en volver… Da igual, me parece que yo, en su lugar, hubiera hecho un esfuerzo para saber dónde seguía Simone el tratamiento… Le hubiera mandado flores… Me habría manifestado…». Encendía un cigarrillo, reanudaba sus paseos. Cuando Mongougeot se presentaba para el relevo, le encontraba andando cabizbajo y entregado a sus soliloquios.

Y por fin, el quinto día, poco después del desayuno, se produjo el ansiado acontecimiento. Acababa de llegar el tío Fajon, tras sus compras en Pérouges, y Cécile había salido para ayudarle a descargar el cabriolé. La joven, casi de inmediato, se metió otra vez en casa e hizo señas a Sernín. Éste la siguió, después de mirar a Simone, que estaba quitando la mesa.

El viejo parecía agitado y le explicaba algo a Mongougeot.

—Están aquí —dijo Fajon—. Los que vinieron a fotografiar. Uno alto y el otro bajito. Los he visto delante de la iglesia. Hablaban con una mujer muy morena.

—Bueno —dijo Sernín—. Ahora ya sabemos a qué atenernos. Gracias, tío Fajon… Y no lo olvide: la verja tiene que estar siempre cerrada con llave.

Entraron, preocupados.

—Creo que ha venido toda la banda —dijo Sernín—. Ni una palabra delante de Simone… De hecho, ¿dónde está?

Llamó:

—¡Simone!… ¡Simone!…

—Probablemente está en la cocina —dijo Cécile—. Voy a ver.

—¡No es momento de dejar que salga!

Cécile reapareció, disimulando mal su inquietud.

—No está ni en la cocina, ni en el despacho, ni en la biblioteca.

—Bueno, pues se habrá subido a su cuarto —dijo Sernín—. ¿Dónde quiere que esté?… Hemos permanecido fuera cinco minutos. No puede estar lejos. Espéreme aquí.

Subió la escalera de cuatro en cuatro y llamó a la puerta del dormitorio. No oyó ruido alguno. Abrió. Ni rastro de Simone. Exploró velozmente las demás habitaciones. Nadie. Simone había desaparecido.

—¡Vaya —murmuró—, es el colmo! Estábamos al pie de la escalinata. Tendríamos que haberla visto a la fuerza… Y además, llevaba camisón y zapatillas. ¡No es una indumentaria que incite a salir fuera, con este tiempo!

Bajó y anunció, abriendo los brazos:

—Arriba tampoco.

—Pero entonces… —gritó Cécile—, ¡la han raptado!

—Ni hablar. ¿Por dónde habrían entrado?… No. Simone está aquí, en algún rincón del castillo. ¡Claro que sí! No puede ser de otro modo. Está aquí… en el escondrijo.

—Vamos, hombre —protestó Mongougeot.

—Amigos —insistió Sernín—, nos hemos equivocado desde el principio. Buscábamos un escondrijo minúsculo, justo a la medida de un paquetito de cartas. Y en realidad, este escondrijo puede albergar a una persona… Ésta es la verdad. A ver, Cécile… Nos dijo, lo recuerdo bien, que Simone se divertía mucho aquí… Tanto, que su padre prometía revelarle los secretos del castillo… Son sus propias palabras.

—¡Pero si bromeaba!

—No creo… ¿Desde cuándo Gures es un patrimonio familiar?

—¡Oh! Desde hace mucho. Se remonta a la época de Luis XV.

—¿Tienen archivos?

—En la biblioteca, hay carpetas llenas de papelotes… Tardaríamos días enteros en poner en orden todo eso.

—Soy un poco archivero —dijo Sernín—. Siempre me ha interesado la Historia… Voy a echarles un vistazo… Pero conozco otros castillos, sobre todo en el oeste, que aún conservan chiribitiles que sirvieron para ocultar a los monárquicos, durante la Revolución… Y acuérdese de la aventura de la duquesa de Berry… Juraría que aquí hay algo parecido.

—Pues hemos buscado por todas partes —gimió Mongougeot.

—¡Exacto! Y no vamos a empezar de nuevo. En cambio, vamos a recorrer toda la casa llamándola… Acabará por oírnos y la veremos salir de una pared, del suelo, de cualquier sitio por donde ya hayamos pasado más de cien veces… Probemos… Emile, encárgate del primer piso… Cécile, dedíquese a la planta baja… Yo me propongo volver a explorar esta habitación.

Una vez más, su serena autoridad hizo maravillas. Mongougeot, dócilmente, subió al piso de arriba y Cécile desapareció en la biblioteca. Al poco rato, Sernín oyó sus voces que se alejaban y alternaban creando ecos cada vez más débiles: «Simone… Simone…». Se concentró en el problema. Simone estaba aquí. Bueno… Y de repente, se le disparó un extraño mecanismo cerebral… Simone, de forma inesperada, había descubierto cómo se abría el reducto secreto. ¿Acaso este recuerdo se relacionaba con las visitas del archiduque? ¿No irían los dos a esconderse, cuando Miguel venía al castillo, para escapar un momento a la vigilancia de Cécile?… ¿Y ahora?… ¡Atiza! Ahora, quizá se hallara presa, incapaz de encontrar la piedra, el botón, la palanca que ponía la abertura en movimiento.

Unas gotas de sudor le humedecieron las sienes. Se tapó los oídos con las manos y contó muy despacio hasta diez para lograr el vacío en su mente. ¿Qué cosa de la sala no estaba en su sitio? ¿Qué era lo que se había movido?… ¡Ah! Sus manos se desplomaron por obra del asombro. ¡La armadura! Se hallaba amputada a la altura del codo derecho. Faltaba el codal y el guantelete. Se acercó, palpó el brazo de metal. Alguien había desprendido las piezas y se las había llevado… ¿Qué tenía esto que ver con la desaparición de Simone?… Lleno de rabia, Sernín desmontó el yelmo y las piezas de los hombros, sacudió el vacío cascarón. ¡Vamos! Sólo era una armadura. No abría ningún pasadizo secreto, no destapaba ninguna trampilla, no servía de nada.

«Simone… Simone…». Las voces se acercaban. A toda prisa, recompuso al tiparraco de acero y bajó la visera del yelmo. ¿Desde cuándo era manco?… Ayer noche no faltaba nada… ¿Seguro?… La armadura se había integrado tanto al mobiliario que ya nadie reparaba en su presencia. «Simone… Simone…». Sernín apretó los puños. Comprendía ahora qué martirio debía de ser carecer de memoria. ¿Estaba aún aquí el guantelete esta mañana? ¿Lo había cogido Simone?… Desató las tiras de cuero que sujetaban el guantelete izquierdo, introdujo su mano en la manopla de hierro, movió los dedos, apretó el puño. ¿Y luego qué?… ¡No iría Simone a pelearse con alguien!… Se quitó el guantelete, lo encajó de nuevo, sin salir de sus dudas. En esas, regresaron Cécile y Mongougeot. Cécile se desplomó sobre un sillón.

—Nada —dijo Mongougeot—. A mi juicio, la chica salió mientras hablábamos

con el tío Fajon. Nos vio embebidos por las palabras del viejo y aprovechó este minuto de distracción… Creo que tendríamos que registrar las dependencias, el parque…

—De acuerdo —consintió Sernín—. Id a ver. Yo meteré las narices en los archivos.

Inspeccionó la biblioteca, golpeó con los nudillos la madera de las paredes, vació el armario de papeles de familia para comprobar que no ocultaba doble fondo, y luego miró desesperado las carpetas y ficheros repletos de legajos amarillentos. ¡Y dentro de algo más de quince días, el archiduque se casaría con la princesa de Ciliria!… Y de un momento a otro, los húngaros pasarían al ataque… ¡Conque, de qué servía este trabajo de hormiga, que requeriría meses!

Sin embargo, Sernín tenía la costumbre de no dejar nada al azar y de no desanimarse nunca. Cabía suponer que el escondrijo de Simone ya se había utilizado otras veces. Bastaría con descubrir algunas cartas, encontrar una antigua confidencia… Se arrodilló en el suelo y abrió una carpeta de dibujo que al instante despidió una densa tufarada a arrendamientos, contratos, actas notariales… ¡Fuera!… Abrió un fichero atestado de cartas y ya se disponía a leerlas cuando oyó que alguien llegaba corriendo.

—Patrón, venga a ver.

Mongougeot jadeaba.

—Pólux ha muerto.

Sernín se levantó de un salto.

—Acabamos de encontrarlo, al fondo del parque.

—Te sigo.

Pólux yacía al pie de la tapia. Estaba tan rígido que parecía de madera.

—Cianuro —murmuró Sernín.

—También usted cree que lo han envenenado.

—Apostaría a que sí.

—¡Qué imprudencia! Es darnos la alarma.

—¿Por qué? Pólux ya era mayor y podía morir de viejo. Ignoran que el tío Fajon les ha visto hace poco, y nos ha avisado… ¿Dónde está Cécile?

—Ha ido a prevenir a los Fajon… ¿Sabe lo que pienso, patrón?… Parece una idiotez, pero supongamos que exista un pasadizo secreto, algo así, no sé… algún sótano que facilitara la salida del castillo, y por supuesto la entrada… Hubiesen podido llevarse a Simone por ahí.

—¡Imposible! Si hubiesen descubierto el escondrijo, se habrían apoderado de las cartas al mismo tiempo. O sea que no necesitaban raptar a Simone… Ni envenenar a Pólux.

Empujó el cadáver con el pie.

—¡Pobre bestia! Y todo esto, en nombre de los cirilios oprimidos… Volvamos. Hemos cometido una imprudencia dispersándonos.

Regresaron, vigilando la maleza. Llegados a la escalinata, Sernín detuvo a Mongougeot.

—Acompaña a Cécile. No creo que se atrevan a dejarse ver en pleno día, pero con unos salvajes así, nunca se sabe.

A medio cruzar el vestíbulo, se inmovilizó. Lo que oía le dejó pasmado. Alguien canturreaba en el salón. Sernín empujó la puerta con cuidado.

Allí estaba Simone, en su sillón, junto a la chimenea. Le daba la espalda y contemplaba unas fotografías. Sernín se acercó sin ruido para no interrumpir la cancioncilla. Simone no sólo había vuelto, sino que además se sentía feliz. Oírla tararear resultaba tan insólito, tan turbador, que Sernín no se atrevió a romper el hechizo. La joven sostenía sobre sus rodillas una decena de fotografías. ¿De dónde las habría sacado?… Fotografías de Miguel, una en uniforme de gala, con casco de plumas y guantes blancos, otra al volante de un potente automóvil… Simone las iba comparando, sin dejar de murmurar un vals, quizá el primer vals de su amor… Observó largo rato una de las imágenes que representaba al joven archiduque con atuendo palaciego, el pecho adornado de medallas y condecoraciones, la mano posada sobre la guarda de su espada. Simone se llevó la cartulina a los labios. Sernín, de puntillas, regresó a la puerta e hizo ruido como si acabara de llegar. Simone se movió, aunque sin pretender ocultar las fotografías.

—Ha vuelto —dijo—. Ha vuelto… aquí (se dio una palmada en la frente). Es Miguel… Nos vamos a casar.

Sernín se sentó a su lado y quedó un buen rato con la vista fija en la joven. Ésta seguía divagando a través de su pasado. Nunca lo superaría.

—Sí —susurró—. Es Miguel.

—¿Verdad que es guapo?

—Sí. Muy guapo.

—Me va a venir a buscar.

De pronto, Sernín se acordó de la armadura. El codal y el guantelete volvían a estar en su sitio.

VII

EL GUANTELETE DE HIERRO

Después de comer, Sernín se reunió en la biblioteca con Mongougeot y el tío Fajon para celebrar consejo de guerra. Las dos hermanas conversaban al amor del fuego. Durante el almuerzo, Simone había mantenido un extraño silencio y Sernín aconsejó a Cécile que no le hiciera preguntas, que dejara campo libre a esas oscuras fuerzas que pugnaban por salir de las profundidades de su mente. Tarde o temprano, Simone se dirigiría otra vez el escondrijo. Lo más urgente ahora era poner sobre aviso al anciano jardinero y trazar un plan.

—Ya sabe cuál es la situación —le dijo Sernín a Fajon—. ¿Comprende por qué hemos tomado todas estas precauciones?

—Sí, sí… Pero le juro que no fallaré.

—Cuidado, tío Fajon. Hasta ahora, hemos tenido ventaja. Creen que las señoritas están solas en el castillo, o que acaso se hallan bajo los cuidados de Mongougeot. En todo caso, no saben que estoy aquí y que les esperamos. ¿Qué van a hacer? Si han envenenado a Pólux, significa que se proponen entrar en la plaza. Pero, evidentemente, no atacarán en masa. Mandarán a uno de ellos, el más ágil, el más despabilado. Dejaremos que se acerque el mozo…

—… y lo ametrallaremos a quemarropa —exclamó Fajon.

—No. Precisamente esto no. Nos guardaremos muy mucho de importunarle. Sólo que, sin avisar, le caeremos todos encima. Si logramos apresarle, estoy seguro de que controlaremos el juego. Los otros no insistirán. No tienen más recurso que la sorpresa. Si se saben descubiertos, si uno de los suyos cae preso, si averiguan que somos varios, comprenderán que han fracasado. No olvide que se hallan en territorio extranjero y que acaso algunos de ellos se han introducido fraudulentamente en nuestro país.

—¿Y si debemos enfrentarnos no con uno sino con dos o tres adversarios? —objetó Mongougeot.

—Pues mejor. Lograremos dos o tres prisioneros.

—¡Vaya! ¿Y si disparan?

—¡Ah, qué pesado! ¡Y si fueras más listo… serías comisario-jefe! Déjame hablar… Estos tipos son gente convencida de que no se va a tropezar prácticamente con ninguna resistencia. De repente, caen en una emboscada. Dos revólveres y un fusil les apuntan. Pues bien, afirmo que levantarán las manos y se rendirán. Pero admitamos que quieran pelea; en tal caso, no hemos de sentir la menor piedad. La legítima defensa nos corresponde a nosotros… Sólo que, claro, ya podéis suponer qué catástrofe si hubiera heridos y si la policía se metiera en nuestros asuntos… ¡No nos olvidemos de lo que nos estamos jugando!… O sea que usted, tío Fajon, montará

guardia en su pabellón, que domina buena parte del parque. Si distingue algo raro, encienda una luz. Desde la ventana de mi habitación, advertiré su señal. Tú, Emile, vigilarás la parte trasera, desde la ventana de la biblioteca. Y yo, me encargaré de hacer rondas por el interior del castillo. A la menor alarma, tío Fajon, después de alumbrar, se sitúa en la alameda, con su fusil, a fin de cortarle la retirada al enemigo, y nos deja intervenir.

—Cuente conmigo —dijo el viejo.

Se separaron, y fue transcurriendo la tarde, lenta y taciturna. La lluvia había dejado paso a un silencio frío y plomizo. Sernín se había sumido en un papeleo que hubiera hecho las delicias de un historiador. Descubrió cartas, sobre todo, dirigidas a una tal Valérie de Mareuse y firmadas por nombres célebres, George Sand, Alejandro Dumas… Una nota de Montalembert al conde Antoine de Mareuse… Pero nada que pudiera relacionarse con el pasadizo secreto.

—Vamos a ver —monologaba Sernín—, ¿en qué época pudo utilizarse este escondrijo?… ¿Durante las levas de Napoleón?… ¿O también bajo el Terror?… Sólo con que pudiera pescar algún documento procedente de aquellos tiempos… Me bastaría una simple alusión… Una palabra referente a una armadura…

El suelo se hallaba sembrado de papeles y Sernín se paseaba a gatas por este campo de Agramante. Reaccionó asombrado cuando Cécile vino a buscarle para la cena.

—¿Y Simone?

—Está tranquila. De vez en cuando, mira las fotografías de Miguel. Noto claramente que está haciendo un esfuerzo terrible para captar algo que todavía se le escapa.

—¿No le ha preguntado nada?

—No. Quizá deberíamos contarle lo que aún ignora… la boda del archiduque con…

—Prefiero que lo descubra por sí sola… Oiga, ¿no ha oído usted hablar de alguien, pariente o amigo, que antaño se escondiera aquí? Por ejemplo, en tiempos de la Revolución. Dentro de una familia, estas cosas se transmiten.

—No… ¡Ah! Mi padre hablaba con harta frecuencia de un tal Grégoire de Mareuse, que fue obispo de Tours, durante la Restauración. Admiraba mucho su carácter, aunque yo, qué quiere que le diga, esas historias de sacerdotes que profesan voto o no…

Sernín chasqueó los dedos.

—Eso ha de ser. Su antepasado fue un sacerdote rebelde y gracias al escondrijo no lo detuvieron… Pero así no adelantamos gran cosa.

—Papá quería escribir un libro sobre Grégoire de Mareuse. Hasta comenzó a dictar notas a Simone, pues Simone siempre ha mostrado mucho más interés por la Historia que yo.

Sernín se limpió las manos y pasó un brazo alrededor de los hombros de la

condesa.

—Dicho sea entre nosotros —murmuró—, Simone era su preferida, ¿no es cierto?

Cécile se soltó con brusquedad.

—A la mesa —dijo—. El pasado es el pasado.

Comieron con prontitud y las dos hermanas se retiraron temprano a sus habitaciones. Mongougeot, que rondaba por el patio, regresó totalmente helado. Se preparó un grog y encendió la pipa.

Luego, echaron los postigos, cerraron la puerta de la entrada.

—¡Hale! A tu puesto, Emile. El primero que vea algo, avisa al otro con cuidado.

—¿Lo saben ellas?

—¡Qué va! No he querido asustarlas.

Sernín subió a su habitación y apagó la luz. Eran las nueve y media. No hacía falta quedarse de plantón detrás de los postigos. Sin duda, el ataque se produciría de madrugada, cuando los húngaros creyeran que el castillo llevaba largo rato en sueños. Sernín se tendió en su cama, cruzando las manos bajo la nuca. Estaba seguro de triunfar. Estos húngaros no eran gente sutil. ¡Aunque qué lástima no poder, luego, pregonar la victoria! Le hubiese divertido tanto mandar un comunicado a la prensa. «*Arsène Lupin frustra las intrigas del emperador Francisco José… Arsène Lupin y el problema de Oriente*». Sernín redactaba el artículo, perfilaba sus términos. Pensaba luego en Cécile, en Simone. Una vez pasado el peligro, por qué no se las llevaba lejos, muy lejos, a España, a Egipto… ¡Qué idiota!… ¡Qué ridículo!… Acabaría enamorándose de las dos al mismo tiempo y así provocaría un nuevo drama. No, una vez más desaparecería. ¡Felicidades, Lupin! ¡Qué conciencia la tuya!… ¡Cáspita! ¡De todos modos, convendría dar un vistazo!

Se levantó, empujó levemente los postigos y se sobresaltó. Brillaba una luz al fondo, en la ventana del pabellón. ¡La señal! Bajó sin hacer ruido por la escalera y corrió a prevenir a Mongougeot, que acechaba en la biblioteca.

—Aprisa, quédate aquí, detrás de la puerta. Yo le espero arriba, en el rellano, pues forzosamente irá a por ellas. Cuando silbe, ataca. Lo cogeremos entre dos fuegos.

Salió de la biblioteca, regresó a su habitación y pegó un ojo a la rendija de los postigos. Divisó una silueta en la escalinata. No se había equivocado. El enemigo mandaba a alguien que explorara. A uno solo. Pero antes de lo previsto. El hombre se había parado delante de la puerta; manipulaba la cerradura. El tío Fajon debía de esperar detrás de un árbol, con su fusil.

Sernín desenfundó el revólver y se emboscó en el recodo de la escalera. El húngaro estaba perdido. Todas las salidas se hallaban bajo custodia.

Transcurrieron aún unos segundos, interminables. Después, un soplo helado indicó a Sernín que el hombre acababa de entrar. Se oyó un leve chasquido y la llama de una cerilla tembló en el vestíbulo. Su resplandor delató la presencia de una mano inmóvil, fantástica en la oscuridad. La cerilla se apagó. El hombre había logrado orientarse. Sin embargo, no se dirigió a la escalera y Sernín comprendió, por el fulgor

de la chimenea que alteraba las paredes, que el desconocido penetraba en el salón. Maniobra inesperada; Sernín estaba convencido de que el hombre subiría directamente al primer piso. Sería que no conocía el lugar. Pronto saldría otra vez. La cuestión es que había caído en la trampa. «Cuento hasta cincuenta. Si no reaparece, bajaré yo». Y, palpitándole el corazón, Sernín se obligó a contar muy despacio. 30… 40… 48… 49… 50. Echó a andar, alcanzó la entrada del salón. Lanzó un silbido y de inmediato avanzó dos pasos, empuñando el revólver.

—¡Arriba las manos!

La puerta de la biblioteca se abrió con estruendo. Surgió Mongougeot. Las llamas de la chimenea extendían por toda la sala una claridad confusa. ¡Nadie!

—¡Ojo! —gritó Mongougeot—. Se ha escondido… Está detrás de la mesa…

Sernín dio vuelta a la mesa. Allí no había nadie.

—Enciende el quinqué —ordenó—. Está sobre el trinchero.

Mongougeot alumbró, alzó el quinqué por encima de su cabeza para iluminar mejor. El salón estaba vacío.

Se oyó un ruido en la escalinata.

—Que se escapa —dijo Mongougeot, precipitándose.

Chocó con el viejo Fajon, que le cerraba el paso, fusil en mano.

—¿Lo han cogido? —dijo el jardinero.

—No. Ha desaparecido.

—Pues yo he visto cómo entraba. Y les aseguro que sin ningún problema. Ha abierto la verja y esta puerta tan campante, con una llave… ¿Dónde puede estar?

—En el escondrijo —dijo Sernín.

—¡Ah, no! —protestó Mongougeot.

—No hay otra explicación —afirmó Sernín con energía—. Pásame el quinqué. Creo que aquí han tocado algo.

Se acercó a la armadura, cuyo brazo derecho colgaba en lugar de estar doblado. ¿No eran unos ojos los que brillaban, detrás de la visera baja? No. Sólo el fulgor del quinqué que se reflejaba en el metal. Maquinalmente, alzó el guantelete para devolverlo a su anterior posición y en seguida lo soltó.

—¡Carajo!

—¿Qué pasa? —preguntó Mongougeot.

—¡Toca!

Mongougeot asió la manopla de hierro y dio un paso hacia atrás, sorprendido.

—¡Está caliente! —balbuceó.

—¡Qué tontos llegamos a ser! —exclamó Sernín, muy excitado de pronto—. ¡Pues claro que está caliente!… Hubiera debido comprenderlo desde el principio.

Esbozó una pirueta y luego dejó caer las manos a plomo sobre los hombros del detective.

—¡Alumno Mongougeot, fíjate bien! ¿Para qué sirve una armadura?

—Yo qué sé, patrón… Para luchar.

—Muy bien… ¿Y qué más?

—Para evitar los golpes.

—Vaya, hombre. ¿Y qué quiere decir evitar los golpes?

Mongougeot se sentía cada vez más turbado.

—Bueno, quiere decir… quiere decir protegerse.

—Un diez… ¿Y de qué convendría protegerse en esta sala?… No olvides que la manopla está caliente.

Mongougeot miró a su alrededor como si buscara ayuda.

—Me está volviendo tarumba… ¿De qué quiere usted protegerse?

—¡Del fuego! ¡Pedazo de acémila! ¡Del fuego!

Sin dejar de hablar, Sernín se puso el codal y el guantelete.

—No está mal, el escondrijo —prosiguió—. ¿A quién se le ocurriría buscar, detrás del fuego, algo que gire, o que se alce, o que se corra…? ¿No distingues desde aquí la palanca que pone en marcha el sistema?

—¿Yo? —dijo Mongougeot—. No veo nada.

Sernín estiró su brazo acorazado por encima de las brasas y aferró la palanca. Empujó; tiró, repetidamente. Nada se produjo. Pero cuando apretó, a la izquierda, la larga varilla metálica, ésta cedió de golpe y la plancha de bronce que resguardaba el fondo de la chimenea comenzó a subir como un puente levadizo. Como era muy ancha, cubría totalmente el hogar. En el espesor del muro se abrió un hueco. Sernín se introdujo a escape y no tardó en hallarse en una especie de sótano, de techo bajo, pobremente iluminado por una vela. Sentado a una mesita, un hombre se irguió con intención de plantar cara.

—No te muevas —dijo Sernín—. Las manos en alto… ¡Ajajá, valiente! Habéis seguido mi mismo razonamiento. Hasta habéis comprendido antes que yo… Es el colmo. Felicita a Szekely… Y ahora, entrega las cartas.

Cogió la palmatoria y enfocó al desconocido. Éste retrocedió hasta el muro.

—¡Oh, perdón!… Lo lamento, Monseñor.

Tenía ante sí al archiduque Miguel.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó el archiduque.

—Un amigo de Cécile de Mareuse y de su hermana. Corren peligro, Monseñor… ¡Es cierto! Ignora usted todo lo ocurrido desde hace dos años… Una historia trágica y larga.

Sernín miró en torno suyo. Había la mesa, dos sillas, un reclinatorio y un viejo jergón. Le llegó entonces la voz de Mongougeot.

—¿Me necesita, patrón?

—No nos quedemos aquí —dijo Sernín—. Estaremos mejor al otro lado, para hablar. Usted primero, Monseñor.

Regresaron al salón.

—¡Usted! —exclamó el tío Fajon—. ¡Oh! ¡Cómo me alegra verle! ¡Y qué contenta se va a poner la señorita Simone!

—¡Chitón! —murmuró Sernín—. No vayamos a despertarlas… Vosotros dos cuidaos de vigilar los alrededores. Todavía no han dado las once. Tal vez aún tengamos una breve tregua y necesito un momento de tranquilidad.

Se acercó a Mongougeot, le susurró al oído:

—¡No pongas esta cara de pasmarote! Sí, es el archiduque… Me desbarata los planes pero ya me las arreglaré de otra manera. ¡Ahora largaos!

Se largaron. Sernín cerró la puerta del salón y regresó al lado del archiduque. Éste, sirviéndose de un leño, procuraba en vano desplazar la palanca, que quemaba.

—¡Deje!

Bajó la palanca, y la plancha, accionada sin duda por algún contrapeso, recuperó su posición.

—Muy ingenioso —dijo Sernín, quitándose el guantelete de hierro—. Si la pobre Simone llega a atar en seguida estas piezas a la armadura, cuando recordó el secreto del escondrijo, a mí jamás se me hubiera ocurrido. Supongo que desde dentro también se puede cerrar la plancha del hogar, ¿no?

—Sí. Hay otro resorte en la pared… Pero ¿y Simone? ¿Está aquí? Creía que…

—Bueno, verá —comenzó Sernín.

—Y ahora, Monseñor, ya sabe tanto como nosotros. Sus enemigos no andan lejos, y agradezca al cielo que no se los haya encontrado. Los estamos esperando y ya lo tenía todo listo para recibirlos. Ahora, en cambio, conviene mantenerlos a distancia, a toda costa. Pues corre usted un peligro de muerte. No dudarían en liquidarlo. ¡Cómo iban a desaprovechar la ocasión! Y si puedo permitirme el darle un consejo, creo que más vale que se vuelva al reducto secreto hasta mañana por la mañana. Ahí, estará perfectamente a salvo… ¿Cómo ha venido y… perdone… y por qué?

—Vine en auto. He escondido el coche no lejos de aquí…

De repente, el archiduque enmudeció, avivó algunas brasas con la punta de las tenazas. Tenía un rostro atractivo, apasionado. «También yo tenía estos rasgos, pensó Sernín. Hace… bah… hace ya mucho tiempo, ¡con todo lo que he vivido!… Aunque yo, en su lugar, ya hubiera llamado a Simone. Y en el lugar de Simone, me hubiera enterado en seguida de la presencia de mi amor. ¡Estos jóvenes de hoy son más fofos y más débiles!».

—He de embarcar mañana, en Marsella —prosiguió el archiduque—. Regreso a mi país. Llevo aquí más tiempo de lo previsto. Pero no he querido irme de Francia sin volver a ver por última vez este castillo que tantos recuerdos me trae a la memoria… Fíjese, hasta guardaba las llaves… Me proponía pasar una hora, sin testigos. Por eso no avisé a los Fajon. Creí que estarían solos… Sobre todo, quería ver de nuevo este escondrijo donde a veces nos citábamos, Simone y yo, a espaldas de todo el mundo.

Suspiró hondamente.

—Me están esperando en Marsella. Dentro de tres días, se celebrará una gran fiesta en el palacio real de Belgrado. Apareceré en público acompañado de la princesa Marika. Vivo sometido a un uso del tiempo muy estricto.

El archiduque dio unos pasos alrededor de Sernín.

—He hecho mal en venir. Creí que aún podía permitirme mi sencilla personalidad de Miguel, ser un joven como los demás, capaz de moverse y de querer a su antojo. Y todo me recuerda que ya no me pertenezco… ¿Es cierto que ya no me pertenezco?… Hable, señor… Veo que es usted hombre de honor… Estoy seguro de que me entiende… Debo irme, y qué me importa correr riesgos… ¿Simone?… ¿Cree usted que no llegará a curarse?

—Mucho me temo que no.

—¿Y ahora, qué?

El archiduque suspiró de nuevo y continuó:

—Simone tiene que ignorar mi visita.

—La ignorará.

—Y usted, señor, necesito que me crea. Le doy mi palabra de que he hecho todo lo posible… todo… por mantenerme fiel.

—Le creo.

—¡Si supiera cómo la amaba! ¡Con qué gusto hubiese renunciado a mi rango, a mis privilegios, a todas esas vanidades! Máxime teniendo en cuenta que, por mi nacimiento, estoy muy lejos del trono y que sólo las conveniencias se oponían a este matrimonio. Pero entonces, una carta de Cécile me comunicó… el accidente.

—Y usted, Monseñor, ¿nunca dejó entender a Simone que quizá se viera obligado a modificar sus proyectos?

—Nunca. Se lo acabo de decir.

—¿Ni siquiera aventuró una duda?

—Ni una duda siquiera.

—¿Cuántas cartas escribió a la señorita Mareuse?

—Catorce. Y me contestó trece veces. Numerábamos las cartas para estar seguros de que no se extraviaban.

—Pues bien, Monseñor, sólo le falta realizar algo muy penoso. Debe destruir estas cartas, echarlas al fuego, con objeto de que no quede ningún rastro…

El archiduque alzó vivamente la cabeza.

—Pero si no las tengo.

—¡Cómo!… Estaban en el cuarto secreto, y usted es el único que ha entrado… ¡Espere! No, Monseñor. Simone entró antes que usted… Francamente, parece que ya no soy el mismo… Creí que se había limitado a coger las fotografías, pero, pardiez, se lo ha llevado todo. ¡Es evidente!… ¡Ah, qué alivio! Tiene las cartas en su dormitorio… Las quemaré mañana mismo. ¡Uf! ¡Después de tanto buscarlas!

El archiduque le tendió la mano.

—Siempre se lo agradeceré… Señor… Disculpe, ya no sé si me ha dicho su nombre.

—Sernín… Príncipe Sernín.

—Perfectamente. Príncipe Sernín… No lo olvidaré… Ahora, he de marcharme.

—¡No!

El grito había brotado del umbral de la sala. Se volvieron. Era Simone. Sin dejar de mirarles, cerró la puerta.

—¡Miguel!

Y se abalanzó. El archiduque la recibió en sus brazos.

—Miguel… Miguel… Soñaba contigo. Cada noche sueño contigo… ¡Y al fin has venido!

—¡Simone!

Sernín se había apartado unos pasos.

«¡Ay, qué dolor me causa el dolor ajeno! ¡Pobre corazón! ¡Y qué lejos están de mí, en estos momentos!… Él ha perdido la cabeza. Ella, en cambio, la acaba de recobrar. ¡Y tú, pobre Lupin, tienes que arreglar todo este embrollo!».

—Monseñor, el tiempo apremia. Le concedo un cuarto de hora.

Salió al parque. Se había levantado el viento, arrancando jirones de niebla. Una luna llena de invierno formaba una lívida mancha en el cielo.

«Este cuarto de hora, diría más tarde Arsène Lupin, fue uno de los peores momentos de mi existencia. Sentía amenazas por todos lados y se me escapaba la situación. Despotriqué contra el archiduque que iba acumulando estupideces a capricho. Nos iban a matar a todos sin remedio, allí mismo, al viejo Fajon, a Mongougeot y a mí. Y acaso no fuera suficiente. ¿Qué habría aprendido en Saint-Cyr ese atolondrado? A jugar a batallitas, pero desde luego no a luchar con los apaches. Percibí, gracias a ese sexto sentido que nunca me ha fallado, que el peligro era cada vez más inminente. ¡Hay momentos en que la salvación consiste en improvisar!».

Sernín esperaba, tranquilo. El jardinero y Mongougeot seguían invisibles. Sin duda, se habían escondido en el lindero de árboles, dispuestos a cargar contra el enemigo. Mongougeot no era ningún águila, pero conocía su oficio.

Sernín podía fiarse de él.

Transcurrido el cuarto de hora, Sernín regresó a la sala.

Reprimió un gruñido de enojo. Cécile había sustituido a su hermana. Ya se lo podía haber supuesto. Simone había corrido a avisar a su hermana y ésta había bajado en seguida. Ahora escuchaba al archiduque que hablaba muy animado.

—Qué cuadro más conmovedor —pensó Sernín—. ¡No parece que sospechen que quizá se vaya a hundir la casa!

Carraspeó.

—Perdón, Monseñor, pero se hace tarde, y hasta diría que muy tarde.

—Me lo he pensado bien —dijo el archiduque—. Me llevo a Simone.

—¿Qué?

—Usted mismo ha visto que se ha recuperado… que se acabó la pesadilla… que todo ha cambiado… Simone ha subido a hacer su equipaje.

Sernín miró a Cécile.

—Es verdad —dijo ésta—. Ahora ya está en todos sus cabales… O casi —rectificó al instante—. Convendría, por prudencia, que…

—Qué me importa la prudencia —la interrumpió el archiduque—. Simone ya ha sufrido bastante. Ahora quiero que sea feliz… Y no permitiré que nadie se oponga a mis deseos. Ni mi madre, ni mi tío, ni mis hermanas… Todo esto es asunto mío.

—¿Y la princesa Marika? —dijo Cécile.

—Que se case con el rey de Prusia, como dicen por aquí. Todo se solucionará con un buen escándalo, ahí está… Ya no habrá ningún problema de cartas y esos húngaros me dejarán en paz. ¿No se han soliviantado por mi boda con Marika? Pues muy bien. No habrá boda. Que enfunden las armas y que se vuelvan a casa… ¿Comparte usted mi opinión, príncipe Sernín?

—En absoluto, Monseñor.

Sernín se inclinó levemente ante un archiduque estupefacto.

—Perdone. He dicho: en absoluto. No se puede llevar a la señorita de Mareuse.

—¿Y con qué derecho…? —comenzó a decir el archiduque, engallándose.

—Escuche, Monseñor. No es momento de hablar de política, pero me obliga a hacerlo. Hace un rato, me he limitado a soslayar la cuestión; ahora bien, resulta que tengo tratos con ciertos ambientes… Incluso estoy algo emparentado, por mi madre, con Beuekendorff… Sí, el mismo que participó en la conferencia de los embajadores… y ya sabe, Monseñor, que si Austria ha asegurado a su país una penetración comercial en el Adriático, se debe un poco a mi primo…

Hablaba despacio, para tener tiempo de inventar de forma plausible pero, a medida que avanzaba en su demostración, notaba que no distaba tanto de la verdad y que la Historia se estaba haciendo, en esta sala del castillo, esta noche de noviembre, con más eficacia que en los despachos de las cancillerías.

—Los rusos le protegen —continuó—. Pero los búlgaros, desde la paz de Bucarest, que les quitó, entre otras cosas, la Dobrudja, le odian. Esperan que Viena termine por querellarse con Moscú. No pararán hasta lograrlo… y el partido nacionalista cilírico mueve cielo y tierra para que Ciliria se pase al bando de la Triple Alianza. El equilibrio europeo es tan precario que puede arruinarse por cualquier menudencia. Si Ciliria, cuyo peso es ínfimo, se alinea junto a Austria, Rusia movilizará en seguida su ejército. Lo sé, Monseñor.

Sernín pronunció estas palabras con fuerza. Puso en sus argumentos toda la convicción de que era capaz. El archiduque no le quitaba la vista de encima.

—Movilizará su ejército —prosiguió—, porque interpretará esa actitud como una amenaza dirigida contra el mundo eslavo. Resulta, sin embargo, que Rusia está aliada con Francia e Inglaterra… y Austria-Hungría con Alemania. Se trata de un cordón Bickford que une entre sí a todas las potencias del continente. Basta con encenderlo

por una de sus puntas para que el fuego se propague en toda su extensión. ¡Y saltará el polvorín!

Sernín se acercó al archiduque y le espetó:

—Conoce la situación infinitamente mejor que yo, Monseñor, pero temo que de pronto se le haya olvidado. La cerilla está en sus manos. Salga de aquí con la señorita de Mareuse, proclame su noviazgo ante todo el mundo… lo cual equivale a herir el orgullo de Ciliria… y la llama empezará a correr. La explosión nos sepultará a todos.

El archiduque permaneció largo rato en silencio.

—Qué debo hacer —murmuró al fin—. ¡Estoy tan solo!

—No, Monseñor. Me tiene usted a su lado… ¿Cree que yo no he tenido su edad?… ¿Que ignoro los tormentos de un gran amor?… ¿Quién le dice que yo mismo no he sacrificado acaso un imperio? ¡Es terrible! ¡Es morirse! ¡Pero también hay una grandeza en todo ello! Ya le rendirá justicia el futuro. Algún día, terminará por saberse la verdad y, para sus bisnietos, usted será la persona que prefirió la paz a su pasión. No tiene derecho a seguir vacilando. Puede estallar la guerra en cualquier momento. Para retrasarla, sólo cuenta con un anciano armado de un fusil de caza y con un ex policía que dispone de algunos cartuchos. ¡Ya se acerca, ya está aquí! A usted corresponde, ahora, decir sí o no, dejar que venga o rechazarla… Monseñor… ¿Sí o no?

El archiduque estaba pálido de emoción. Se incorporó lentamente, fue hasta Sernín y lo abrazó.

—Príncipe —murmuró—, se lo deberé todo… Me había ofuscado… No tengo derecho a vacilar. Me casaré con Marika.

—Entonces, quememos las cartas… y váyase. ¡Ya hemos corrido demasiados riesgos!

—Voy a buscarlas —exclamó Cécile—. Simone acaba de confirmarnos que están en su poder.

—No le quedará nada mío —dijo el archiduque entristecido—. ¿Qué va a ser de ella, cuando me haya ido?… Príncipe, ¿puedo abusar aún de su amistad?

—Puede, Monseñor.

—Querría que se ocupara de ella, que la consolara, que le hablara de mí… Ya encontrará las palabras… Simone ha de saber que allí, en mi país —se le quebró la voz— nunca dejaré de ser Miguel, nunca dejaré de amarla… Príncipe, ¿me da su palabra?

—Se la doy, Monseñor.

—Gracias… Vamos, Cécile. Acabemos de una vez.

Cécile cruzó la sala. También ella se hallaba terriblemente conmovida. Sernín la miró alejarse.

«El pacto la afecta tanto como a mí —pensó—, y hasta más que a mí, pues si ha tenido que encargarse de una Simone demente, ahora le tocará velar por una Simone desesperada. ¡Qué vida más frustrada la suya! ¡Cómo la compadezco!».

Reaccionó.

—¡Aprisa!… ¿Lleva usted abrigo?

—Está en el auto.

—¿No se ha dejado nada en el reducto secreto?

—No.

—¿A qué hora zarpa de Marsella?

—Hoy por la tarde, a las cuatro. El capitán Jeroncic no tolerará ningún retraso. Levará anclas a la hora fijada. Sigue órdenes de mi tío, y mi tío es intratable en cuestiones de exactitud.

—La educación de los reyes —dijo Sernín.

—Sí. Y además mi tío quiere arrancarme definitivamente y lo antes posible de Francia. No ignora que mi vuelta es un tormento. Pero…

Un terrible alarido, en el primer piso, le interrumpió.

—¡Maldición! —dijo Sernín—. ¡Los húngaros!

Seguido del archiduque, salió de la sala precipitadamente, subió la escalera a todo correr. Cécile se hallaba en el umbral de la habitación de su hermana.

—Mire… Mire…

Simone yacía junto a la cama, con un cuchillo en el pecho. A su alrededor se diseminaba el contenido de una maleta.

—¡Simone! —gritó el archiduque.

La ventana estaba abierta. El viento hinchaba las cortinas y, a intervalos, arrastraba por el suelo una hoja de papel doblada en dos. Sernín intuyó que estaba a punto de estallar la catástrofe. Recogió la hoja, le echó un vistazo: *Querida Simone…*

—¡Socorro! —gritó—. ¡Tienen las cartas!

Se abalanzó a la ventana, divisó una silueta que corría por la alameda. Salvó la barandilla y saltó, cayó mal, se levantó renqueante.

—¡Emile!… ¡Fajon!… ¡Detenedle!

Al fondo, el hombre no pretendía perderse por entre los árboles. Corría hacia la verja como un jabalí. Sernín, con muecas de dolor, salió disparado, sin dejar de desgañitarse:

—¡Emile!… ¡Fajon!

Apareció otra silueta, en mitad de la penumbra que a trechos clareaba por la luz de la luna. Luego surgió una tercera silueta. Se enzarzaron todas en una pelea confusa.

—¡Resistid, que llego!

Sernín oía jadeos, gruñidos, golpes. Luego, alguien se irguió, dio media vuelta para escapar. ¡Rayos y truenos! Mongougeot yacía en el suelo. El viejo Fajon, sin embargo, blandiendo el fusil, derribó al otro de un culatazo.

—¡Bravo! —dijo Sernín—. Ya era hora.

Se acercó al grupo, resollando. Mongougeot se irguió, se sentó y se frotó el estómago, mientras exclamaba:

—¡Recristo! ¡Cómo las gasta!

—Ha cogido las cartas —dijo Sernín.

Volteó el cuerpo, meneó la cabeza.

—Ya lo conozco. Tuve el honor de atizarle en el chalet del Vésinet. Si el señor fuera tan amable de vaciarse los bolsillos… ¿No?… ¿El señor no se halla en condiciones?… Emile, ayúdame… Y usted, tío Fajon, abra el ojo, que quizá no esté solo.

Mongougeot comenzó por la chaqueta, que contenía un pañuelo, un portamonedas, un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas…

—El pantalón, aprisa. No ha tenido tiempo de esconderlas. No lo perdí de vista ni un segundo.

Mongougeot encontró un revólver y un manojo de llaves.

—Es imposible. Apártate.

Registró los bolsillos del sujeto, que seguía inconsciente. Las cartas habían desaparecido.

—Se caerían mientras peleabais.

Sernín miró a su alrededor. La claridad lunar permitía explorar la alameda a mucha distancia. ¡Nada!

—Patrón —aventuró Mongougeot—, quizá tenía un cómplice que le esperaba al pie de la casa.

—¡Vamos, hombre! Salté en seguida detrás de él. Estoy seguro de que no había nadie. No… Las soltó al tocar tierra o mientras huía… Pensaría volver… Vayamos a ver. Seguro que las encontramos. Y de todos modos, ya nos dirá este fulano dónde las ha metido… Lleváoslo… ¿Dónde podemos encerrarlo, tío Fajon?

—En la bodega. Tiene una puerta maciza.

—Paso delante. No he tenido tiempo de ocuparme de la pobre Simone… Pero no os lo he dicho… La ha apuñalado.

—Dios mío —gimió Fajon.

Enarboló el fusil para aplastarle la cabeza al hombre. Sernín le contuvo.

—Después —dijo—. Si se niega a hablar, te lo dejaré… Átalo y esperadme.

Se alejó, aún renqueante, y subió a la habitación de Simone.

—Ha muerto —dijo el archiduque.

Estaba lívido y un sudor de angustia corría por su frente. Cécile lloraba. Habían tendido a la joven en la cama.

—Monseñor —susurró Sernín—, experimento un pesar similar al suyo. He capturado al asesino, pero no tengo las cartas.

—Pues entonces todo se ha perdido —dijo el archiduque abrumado.

—No. Todavía no. Le pido un momento, una pausa para pensar… ¡Las cartas están aquí!

Su brazo describió en el aire un círculo que englobaba la ventana y una zona del parque, y el gesto era tan sugestivo que el archiduque tendió el cuello como si,

mediante un castañeteo, lograra que volvieran a la habitación.

—Cécile, cuando subió usted…

—Simone estaba terminando de hacer la maleta. Se hallaba muy excitada. Hasta le pregunté si no tenía un poco de fiebre. Había abierto la ventana. Quise cerrar los postigos. Ella me contestó: «Deja. Ahora necesito aire. ¡Mucho aire! Llevo tanto tiempo asfixiándome». Entonces, salí; fui al ropero, a buscar un chal. Cuando volví… estaba ahí… tal como la vio usted…

Se llevó un pañuelo a los labios y añadió:

—Creo que grité.

Sernín se volvió hacia el archiduque.

—Los hechos hablan por sí solos. Simone cometió la imprudencia de abrir su ventana. Es cierto que ignoraba cuanto se tramaba. El húngaro aprovechó la ocasión. Trepó con ayuda de la hiedra y de la tubería, y en seguida acuchilló a la infeliz para evitar que pidiera auxilio. Las cartas estaban aquí… Las cogió y en ese momento oyó que volvía Cécile. Aturdido, se las metió en el bolsillo, de cualquier modo… Perdió una incluso… y saltó. ¿Lo llegó a ver, Cécile?

—No. Me sentía como paralizada.

—Conclusión. Las cartas están forzosamente en algún punto del camino que tomó el asesino.

Sernín consultó su reloj.

—Monseñor… no está usted en estado de conducir a mucha velocidad… pero tiene el rápido de la noche que para en Lyon… Le meteré en el tren. Y esto aún nos permite el lapso de una hora. Es más que suficiente. ¿Se siente con fuerzas para acompañarnos en la búsqueda?

El archiduque se ensimismó, cerró los ojos, luego se inclinó sobre el lecho y posó sus labios en la frente de la muerta.

—Adiós, amor —susurró—. Adiós…

Cuando se enderezó, estaba pálido como un condenado que se enfrenta al pelotón de ejecución.

—Cécile —dijo—, como el castillo está en venta, lo compro yo… Y, como el drama de esta noche ha de quedar en secreto pues, para todo el mundo, Simone habrá huido, le pido que la entierre en el parque… en la glorieta de las acacias… Aun suponiendo que yo ya no vuelva, tendré el consuelo de saber que está aquí… Le sigo, príncipe.

Bajaron y Sernín impartió órdenes.

—Tío Fajon, necesitamos linternas. Cada uno de nosotros se encargará de un pequeño sector y recordará que el viento puede haber esparcido las cartas. Si no aparecen dentro de un cuarto de hora, me ocuparé entonces del prisionero, y juro que hablará.

Había pronunciado estas palabras con ferocidad y en seguida lo lamentó, pues Cécile le dedicó una de sus extrañas miradas, como si estuviera barruntando lo que se

ocultaba detrás del príncipe Sernín.

—Somos cinco —comentó el anciano jardinero— y sólo tengo tres linternas.

—Bueno, pues Mongougeot y yo cogeremos quinqués.

Salieron y no tardó en dividirse el grupito. Se dispersaron las luces. Sernín se había reservado el lugar de la batalla. Examinaba cada arbusto, cada mata de hierba, y, mientras avanzaba, pensaba en esos hombres movilizables que dormían tan tranquilos, sin sospechar que su vida estaba en juego, que dependía de unas pocas cuartillas perdidas, de unas cuantas líneas imprudentemente escritas por un chico que había hecho caso omiso de sus deberes. *Querida Simone…* Esta declaración amorosa encerraba un sinfín de ruinas y miserias… Iban pasando los minutos y las cartas seguían esquivas. ¡Quedaba el húngaro!

Sernín dio media vuelta y alcanzó sucesivamente al tío Fajon y a Mongougeot, que no habían encontrado nada.

—A casa —dijo.

Se unieron al archiduque, y luego a Cécile, que estaba en la escalinata. No quedaba ni una pulgada de terreno, entre la fachada del castillo y el sitio donde cayera el hombre, que no hubiese sufrido examen. Sernín tomó una decisión. Sacó el revólver.

—Esperadme en la sala. Tardaré poco.

Se dirigió a la bodega. Temblaba de rabia. No había matado nunca en su vida pero, esta vez, ya no era Arsène Lupin; era un soldado, en el momento de pasar al ataque. Corrió el cerrojo de la pesada puerta, la empujó de un puntapié, alzó el quinqué por encima de su cabeza.

—¡Arriba! —rugió—. ¡Y de cara a la pared!

Entró. La bodega estaba vacía.

VIII

EL ANILLO DE GIGES

Sernín no se enfureció, no estalló en improperios. No tanteó las paredes, no golpeó el suelo. Se limitó a recorrer lentamente la bodega que sólo guardaba algunos barriles desfondados, herramientas rotas y una carretilla. Se sentó en la carretilla, apagó el quinqué y se oprimió las sienes con los puños.

«¡Basta, Lupin, no te excites más! Antes dentro. Ahora fuera. Éste es el problema… Tiene que haber una solución: ¿habrá venido a soltarle uno de sus cómplices? ¿Cuándo? Mientras volvía a la habitación, con el archiduque y Cécile… Sí. Pero Fajon y Mongougeot me esperaban abajo… Es una hipótesis. Quizá deba tenerla en cuenta… Sin embargo, sé que no es buena. Lo sé porque es imposible que me derroten, cuando tan cerca estoy de mi objetivo. He cometido errores. Sin duda, he menospreciado a estos húngaros… Pero hay algo más… ¡Lupin! ¡Te exijo que hagas un milagro!».

Todavía permaneció unos minutos a oscuras, con los codos hincados en las rodillas. Al fin, recogió el quinqué y salió. Cuando de nuevo se presentó en el salón, su rostro mostraba una impasibilidad digna de jugador de póker.

—¿Las tiene? —preguntó el archiduque.

—No. Se ha escapado.

Se creó un alboroto de exclamaciones y protestas.

—¡Esta choza está llena de pasadizos secretos! —masculló Mongougeot—. A saber si no se habrá ido por algún subterráneo.

—En tal caso —objetó Sernín—, no hubiera corrido el riesgo de cruzar el parque… Se hubiera largado por el mismo camino.

—En fin, todo se ha perdido, ¿no? —dijo el archiduque—. Le doy las gracias, príncipe. Ha hecho todo lo que ha podido. Nadie está obligado a imposibles.

—Monseñor, yo siempre me he obligado a imposibles. Recuperaré las cartas.

—¡Es demasiado tarde!

—Llámeme por teléfono aquí, mañana por la tarde a las tres y media. Y mañana, a las tres y media, tendré las cartas y las quemaré en esta chimenea, igual que ahora quemo ésta.

Se sacó del bolsillo la carta que había recogido en la habitación de Simone y la echó al fuego.

—Me gustaría creerle —contestó el archiduque—. A las tres cuarenta, seré el archiduque de Servia. Y, oiga, cuando un archiduque de Servia pierde su prestigio, ¿qué ha de hacer?… No tiene alternativa… Príncipe, présteme su revólver.

Cécile se interpuso con presteza.

—¡Miguel!… No… Piense en Simone. ¡Ella jamás lo hubiera querido!

Sernín la asió por los hombros y la obligó a sentarse.

—¡Cécile!… ¡Y usted, Monseñor!… ¿Tan mal me conocen? Recuperaré las cartas.

—¿Sabe dónde están?

—No.

—¿Y está seguro de encontrarlas?

—Sí.

—¿Y si le matan los húngaros?

—No me matarán.

—¿Qué clase de hombre es usted?

Sernín sonrió enigmático y se llevó un dedo a los labios.

—Un hombre —murmuró— elegido a veces por el Destino. Ahora, vámonos… Tío Fajon, usted se queda de guardia. Atrinchérese bien cuando salgamos. De todos modos, no volverán. El que se ha fugado, ya ha avisado a los otros de que somos varios. Saben que han fallado el golpe y creen que hemos llamado a la policía… No obstante, no me sentiré tranquilo de verdad, Monseñor, hasta que no le vea en el tren. ¿De qué nos serviría tener las cartas si le sucediera algo?

Se expresaba con el aplomo de alguien que está organizando una jira campestre. Su seguridad convenció al archiduque, que se inclinó ante Cécile y tendió la mano a Fajon.

—Amigos, intuyo que, gracias al príncipe Sernín, nos hemos salvado todos. Por eso, os prometo que volveremos a encontrarnos… más adelante, y usted, príncipe, considérese por favor como mi permanente invitado en la corte de Servia.

Miró una vez más a su alrededor, y luego salió el primero.

—Conduciré yo —dijo Sernín—. Tú, Emile, sube detrás. Nos cubrirás en caso de necesidad.

Llegaron a la carretera sin engorros.

—Mi coche está un poco más lejos —dijo el archiduque—. Es un Daimler de 40 HP.

La luna, desde lo alto, iluminaba los campos desiertos. Descubrieron el automóvil a la entrada de una cañada.

—¡Hermoso animal! —apreció Sernín.

—¿Le gusta? —dijo el archiduque—. Se lo regalo. Aún querría hacer más.

Sernín empuñó la manivela; se alzó un potente rugido. Saltó al volante y dio marcha atrás. Los guijarros volaron.

—Patrón… los faros…

—Para qué. Ya se ve bien así… y si, por casualidad, esos crápulas andan todavía al acecho, les costará seguirnos.

Un martillazo sacudió la carrocería. El motor cubrió el ruido de la detonación. Mongougeot torció la cabeza para mirar por la ventanilla trasera.

—¡Ahí están! —gritó—. Nos siguen… a cien metros.

Comenzó una carrera demencial. Sernín estaba acostumbrado a conducir rápido, pero sus perseguidores no se dejaban distanciar. En las rectas, el Daimler les sacaba ventaja. En las curvas, por culpa de su peso, perdía terreno. La carretera desfilaba como un sueño. La noche engullía formas y árboles.

—¿Nos hemos librado ya?

—No, patrón.

—Monseñor, agáchese.

El Daimler saltaba de bache en bache. La ventanilla trasera voló hecha añicos.

—¿Pupa?

—No, patrón. Tiran a bulto.

Apretando los dientes, Sernín escrutaba la penumbra que se extendía ante él. Cualquier torpeza, cualquier curva mal tomada les llevaría a estrellarse. Tenía la impresión de estar sentado junto a la Muerte, como si ésta esperara su momento. Cruzaron una aldea, distinguieron unos carros, con las varas en alto, un anuncio del betún Lion Noir, y estuvieron a punto de atropellar a un perro que aulló.

—Prefiero luchar —dijo el archiduque—. ¡Parémonos!

—¡Nunca! —gritó Sernín—. Ha de embarcar en Marsella… ¡y embarcará!

El Daimler, a ochenta por hora, desembocó en un cruce y Sernín, instintivamente, torció a la derecha.

—Maldición —juró en seguida—. Me he equivocado.

Disminuyó la velocidad. Los faros de los perseguidores le enfocaron brutalmente y sonaron algunos disparos. Sernín, sin dudarlo un instante, viró en medio de un trigal cuyos esmirriados tallos rascaron la carrocería. El Daimler se columpiaba como una barca azotada por las olas. La maniobra, sin embargo, sorprendió a los húngaros cuyos faros se eclipsaron. El coche, tras rebasar los límites del trigal, corrigió su dirección y aceleró a fondo.

—¡Los dejamos atrás! —exclamó Mongougeot alborozado.

—¡Rayos y truenos! —gritó Sernín al mismo tiempo.

Acababa de divisar un paso a nivel cerrado. Frenó con todas sus fuerzas y el Daimler zigzagueó, quedó de través, se enderezó cuando ya estaba al borde de una zanja.

—Emile… ¡Corre!… Ve a abrir.

Un agudo timbrazo resonaba junto a la casita del guardabarrera y a través de la noche llegaba el profundo ronquido de una locomotora asmática. Mongougeot se precipitó y comenzó a empujar por el raíl la pesada valla.

—Demasiado tarde —dijo con calma el archiduque—. Ya llegan.

El chorro de luz de los faros rasgó las tinieblas, iluminando a Mongougeot como sombra china que cruzaba las vías y se doblaba sobre la otra barrera. Sernín, acuciado por los húngaros, penetró en el balasto, vio a su derecha, como un relámpago, la enorme masa de la máquina rodeada de vapor. Un impacto brutal en el hombro le tumbó sobre el volante pero, por un prodigio de voluntad, pisó el acelerador y el

Daimler logró escabullirse por el angosto paso que acababa de abrir Mongougeot. Después, Sernín notó que se le nublaba la vista. Oyó, a sus espaldas, un estruendo terrible, aún tuvo tiempo de poner punto muerto y perdió el conocimiento.

Volvió en sí casi al instante. Un dolor lancinante le hurgaba las carnes.

—No se mueva, patrón.

Era la voz de Mongougeot.

Sernín recuperó todos sus sentidos.

—Me dieron, ¿eh?… ¿Es grave?

—No. Es sólo una bala que le agujereó el hombro, justo por encima de la clavícula… Pero sangra bastante. Quédese quieto, que voy a vendarle.

—¿Y los húngaros?

—Una papilla. La máquina los alcanzó de lleno.

—¿A todos?

—Seguro. El archiduque ha ido a ver. Quise retenerlo, pero…

Doscientos metros más atrás, había un gran revuelo. Sernín se asomó a la ventanilla haciendo una mueca. Vio un tren de mercancías inmóvil y varias linternas que se agitaban en torno a la locomotora chorreante de vapor. El archiduque llegó al Daimler corriendo.

—Da grima verlo —dijo—. Pero ya no nos harán daño.

—Suba aprisa —dijo Sernín.

—¿Le duele mucho? —preguntó el archiduque.

—Escuece un poco. Voy a tener el hombro tieso durante una semana. Pero no es mi primer bautizo de fuego… ¡Emile, ayúdame a cambiar de sitio y enséñanos cómo conducen los policías!

Mongougeot cogió el volante y, media hora más tarde, se detenía delante de la estación de Perrache. El archiduque saltó a tierra y se acercó a Sernín.

—Lo repito —dijo—, nunca podré pagarle esta deuda… Pero seré su amigo… para siempre.

—Gracias —murmuró Sernín, que se sentía cada vez más débil—… Vaya tranquilo… y llámeme, como quedamos, a las tres y media… Quemaré las cartas… ¡Buena suerte!

Esperó a que se alejara el joven, que andaba con paso rápido.

—Tener su edad —dijo—… ser archiduque… ¡la de cosas que yo haría!…

Hundió su rostro en el brazo de Mongougeot y farfulló:

—Pero, de momento, solamente sirvo para desmayarme…

Cuando Sernín recobró el conocimiento, se encontró en su habitación del castillo. Quiso sentarse y el dolor le arrancó un grito. Mongougeot apareció en seguida. Sernín

se palpaba el hombro. Su mano exploraba el grueso vendaje que le inmovilizaba la parte superior del brazo.

—Pues menos mal, Emile. También sabes hacer de enfermero.

—No se excite, patrón. Ha perdido mucha sangre.

—¡Bah! No soy ningún alfeñique. Prueba de ello es que tengo hambre… Me estáis castigando. Me tratáis mal… ¿Ah, no?… ¿Conque ya no tengo derecho a desayunar?… ¿Qué?… No me vas a decir que es muy temprano.

—Pero, patrón… ¿Sabe qué hora es?

—Aún no.

—¡Las tres menos veinte!

Sernín asió a Mongougeot por la muñeca.

—¿Cómo?

—Las tres menos veinte.

—¿De la tarde?

—Sí… claro… Como estaba durmiendo, no nos atrevimos a despertarle.

—¡Imbécil!… ¡Ah, buena la has hecho!

—Pero…

—Cállate. ¡Cincuenta minutos para encontrar las cartas!… Pero es que no entiendes, idiota, que aún no sé por dónde empezar… ¡Cincuenta minutos!… Que yo no soy Dios, Emile… ¡Pásame la ropa!

Se levantó, se agarró a la chimenea. Le daba vueltas la cabeza. Mongougeot hizo ademán de salir. Sernín le llamó.

—¡Eh!… Que ya no tengo tiempo de comer.

—Pero una taza de café sí, patrón.

—Después… De momento, me vas a llevar a la bodega y, si por el camino flojeo, me sostienes… La bata… Gracias… El húngaro se pasó media hora en la bodega… Sólo media hora… He de descubrir lo que hizo durante ese tiempo… Todo el problema se reduce a eso… ¡Cuando sepa cómo se las arregló para desaparecer, sabré cómo desaparecieron las cartas!

—Si no se tiene en pie.

—No necesito tenerme en pie, mientras lo de dentro funcione…

Se golpeó la frente con el índice.

—Vamos, Emile, échame una mano.

Se colgó del cuello de Mongougeot y los dos hombres, muy despacio, llegaron a la puerta, bajaron la escalera, paso a paso.

—Emile —prosiguió Sernín—, eres una buena persona. No hubieras debido dejarme dormir… Tienes un corazón demasiado tierno… pero eres buena persona… Me gustaría que te quedaras conmigo… Tu agencia no pasa de ser un chiste… Te enseñaré a tratar asuntos de verdad… que reportan millones.

—Patrón… tiene fiebre.

—La fiebre de descubrir. También te enseñaré… ¡Ay!

Llegaron al vestíbulo. Cécile apareció en el umbral del salón. Mostraba un aspecto más pálido y más descompuesto que el herido.

—¡Oh! —dijo—. ¡Qué imprudencia! ¿Adónde van?

—A la bodega —contestó Sernín—. El prisionero necesitó media hora para evadirse… Media hora; esto nos lleva a las tres y veinte… El archiduque llamará a las tres treinta… Diez minutos de premio… Diez minutos de más… Sobre todo, no proteste… No hay más remedio.

Renqueando, sostenido a la izquierda por Mongougeot y a la derecha por Cécile, Sernín llegó como pudo a la bodega.

—Eso es… No os preocupéis. Ahora, dejadme. Cuando salgáis, echad el cerrojo. Dentro de treinta minutos exactamente, Emile, me vendrás a abrir.

—¿Y ya no estará aquí, patrón?

Sernín sonrió y acarició el cuello del detective.

—¡Muy bien, Emile! Me gusta ver que empiezas a tener confianza. Instálame en la carretilla, aquí… ¡Perfecto! Y esfúmate. No quiero que te quedes delante de la puerta. No quiero a nadie cerca de la bodega… ¡Lárgate!

Mongougeot salió y cerró la puerta dando dos vueltas a la llave. Luego asió a Cécile por el brazo.

—¡Vámonos! No desea nuestra presencia.

—Qué ser más extraño, ¿no? —dijo Cécile—. ¿Qué impresión le causa?

—No lo sé muy bien —confesó Mongougeot—. A su lado, me siento muy pequeño. Recuerdo un comentario de mi ex jefe, Ganimard: «Si algún día te encuentras con un hombre apuesto, que se burla de la ley, aficionado a bromear en momentos en que cualquier otro se creería perdido, capaz de mudar de rostro a capricho, y dotado para colmo de una extraordinaria energía, échale el guante: es Arsène Lupin».

—Entonces… ¿es él? —dijo Cécile.

—No. No creo. Con todo este asunto sólo ha ganado una bala en el hombro. ¡No es éste el estilo de Arsène Lupin!

Entraron en el salón. Mongougeot consultó el reloj.

—¡Veinticinco minutos todavía!

Echó dos leños al fuego. ¡Veinticinco minutos! ¡Y estaba todo por hacer! Había que cavar una tumba y ante todo preparar a la joven muerta de arriba. Pero, mientras el príncipe no diera señales de vida, se sentiría incapaz de moverse. Veinticinco minutos, veintitrés ya… para descubrir… de hecho, para descubrir qué, pues Sernín había dicho que no existía ningún subterráneo… ¡y si lo había dicho, es que era verdad!… Veinte minutos… para encontrar el modo, a través de una puerta de roble, de maniobrar la llave, una llave que había que empuñar con fuerza para que girara, de tan oxidada como estaba la cerradura. ¡Y ese ser tan extraño se hallaba disminuido por su herida, debilitado por la hemorragia!…

Mongougeot sostenía en la mano su pesado reloj de acero y seguía atento la lenta

evolución de la manecilla. Cécile, acurrucada en su sillón como si se muriera de frío, parecía soñar. ¡Quince minutos! Si Arsène Lupin… Mongougeot se estremeció. Con toda espontaneidad, acababa de pensar en Arsène Lupin y no en el príncipe Sernín. ¡Qué ridiculez!… ¡Si el príncipe Sernín no atinaba a dar con las cartas, ese locuelo de archiduque era muy capaz de pegarse un tiro! Lo demás, no. Mongougeot no se lo creía… todas esas complicaciones diplomáticas, con la guerra al final… eran fantasmagorías brillantes… elucubraciones ingeniosas… el príncipe era un artista, a su manera… aunque los húngaros… A fin de cuentas, habían dado su vida por apoderarse de esas cartas… Diez minutos… Había que ser un estúpido para escribir cartas de amor… «Nunca se me ha ocurrido —pensó Mongougeot—… Nunca tuve tiempo… El pobre Gaston y yo teníamos que ganarnos la vida… El amor es para los ricos. ¡Y cuando ves sus resultados!».

Se levantó y echó a andar. Cécile había cerrado los ojos. ¡Pobre mujer! ¡Tan sola, ahora! ¿Qué haría?… Acaso el príncipe se ocupara de ella… ¡Cinco minutos!… ¡Esos dos, con tanto sentimentalismo, parecían hechos tal para cual!… ¿Por qué no se casaban?… Cécile tenía a veces una cierta manera de mirar a Sernín… Y, desde luego, Sernín no era insensible al encanto de Cécile… ¡Pues Cécile tenía un encanto! ¡No tanto como Simone! ¡Ah, qué chiquilla!… El rudo Mongougeot llegó a confesarse que hasta él mismo… ¡Qué pronto le hubiera manejado a su antojo, la pobretona! ¡Tres minutos!…

—Voy a ver —decidió Mongougeot—. Espéreme.

Salió y se encaminó velozmente a la bodega. No le hubiera extrañado encontrar la puerta abierta. Sin embargo, la bodega presentaba su aspecto habitual. Mongougeot tuvo que dar dos vueltas a la llave. Nadie la había tocado. Abrió la puerta.

El príncipe Sernín seguía sentado en la carretilla, con el codo izquierdo hincado en la mano derecha.

—Hola, Emile. ¿Qué hora es?

—Las tres y veinte —balbuceó Mongougeot.

—Mucho más tiempo del que hace falta.

—¡Cómo, patrón! ¿Ya sabe de qué modo salió el tipo?

—Lo he sabido casi en seguida.

—¿Y aún sigue aquí?

—Precisamente. Esto es lo que apoya mi demostración. Estaba aquí… Estoy aún… sigo estando… ¿Entiendes? ¿No?… ¡La verdad es que hay que explicártelo todo!… Mira, ayúdame… Estoy anquilosado… ¡Ay! Una carretilla, sabes, no es el sitio ideal para meditar… ¡Y démonos prisa!… El chico, en Marsella, estará a punto de coger el teléfono… Fíjate, lo que decía…

Sonaba el teléfono en la biblioteca.

—¡Condenado! Hasta se ha adelantado un minuto… Ya va… Ya va…

Sernín se desasió de Mongougeot y corrió al aparato, y Mongougeot recordó las palabras de Ganimard: «Un hombre dotado de extraordinaria energía… Es Arsène

Lupin…». ¿Podría ser que…?

Pero Sernín ya había descolgado el teléfono. Cécile apareció en el umbral.

—Diga… Va usted adelantado, Monseñor… No, no es un reproche. No me lo permitiría… bien, gracias, voy tirando… ¿Y usted, Monseñor?… ¿Hizo un buen viaje?… ¿Hace buena mar?… ¿Cómo dice? ¡Ah, las cartas!… Sí, claro, las cartas… Siempre cumplo mi palabra, Monseñor… Las tengo aquí, delante mío… Sí, todas… ¡Oh! Sería muy largo de entrar en detalles…

Mongougeot abrió unos ojos como platos.

—Esperaba que me llamara para quemarlas… ¡Empecemos pues!… Cojo la primera y la rompo… en dos, en cuatro… ¿Oye el ruido, Monseñor?… Ahora les prendo fuego… ¡Emile, una cerilla!

Mongougeot se acercó e intentó arrebatar el teléfono de manos de Sernín. Se sentía indignado.

—¡Está usted loco, patrón!

—Quieto, imbécil… ¿Oiga? Monseñor… No, no es nada. Es el bueno de Mongougeot que pretendía quemarlas todas juntas… Pero más vale quemarlas de una en una, ¿no es cierto? Resulta más seguro… Sí, esto es lo que le estaba explicando… Puede marcharse tranquilo, Monseñor.

—Está haciendo trampa, patrón —dijo Mongougeot con una cara de decepción que daba pena.

—Y ahora, quemo la última… Ya está… Se acabó. Hemos borrado el pasado… No, Monseñor, nos hemos limitado a cumplir con nuestro deber de franceses… ¡Ah! Si desea mandarle a Mongougeot la medalla del Águila Blanca, quedará encantado.

—Antes reviento —gruñó Mongougeot, cuyo honrado semblante se crispaba de angustia.

—Me dice que le dé las gracias, Monseñor… ¡Buen viaje! Mis respetos…

Sernín colgó y se dirigió con esfuerzo al sillón más cercano. Cécile, que seguía en el umbral, parecía petrificada.

—¡Uf! —suspiró Sernín—. ¡Por fin se ha ido!

—Patrón —gimió Mongougeot—, ¿por qué le ha mentido con tanto aplomo? Si tuviera las cartas, éste sería el momento de destruirlas para siempre… Pero no las tiene… El pobre chico embarca confiado y sin embargo no hay nada resuelto. ¡Ah, patrón, no está bien!

Sernín agitó un índice regañón.

—Tú, Emile, te mereces una lección… ¿O sea que te figuras que he engañado a ese joven?… Pero si ya tengo las cartas. O, mejor dicho, las voy a tener. Lo que ocurre es que como el archiduque llevaba tanta prisa… Me he tenido que anticipar un poco… Policía de poca fe… Cabezota… Quería que fueras tú quien me trajera las cartas… Pero en fin, peor para ti… No te corresponderá este honor… Apártate un poco. He de decirle dos palabras a Cécile… Acérquese, Cécile. Le voy a confiar una misión.

Mongougeot, abrumado, se retiró al vano de una ventana y, por hacer algo, comenzó a cargar su pipa, mientras Sernín se inclinaba hacia Cécile y cuchicheaba largo rato. Cécile le escuchaba muy atenta, con gravedad. Al final, abandonó la sala sin decir palabra, cerrando la puerta tras sí.

—Todo llega, Emile, todo llega… ¡Paciencia!

—En fin, patrón… ya me lo puede decir… ¿Dónde están?

—¿Dónde quieres que estén?… ¿Dónde hay un escondrijo seguro en este castillo, eh?

—¿Quéeee?… ¿El cuarto secreto? ¿El de detrás de la chimenea?… Pero si se las llevó Simone…

Sernín se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Ay! Por favor, Emile, no me obligues a… No ves que cualquier cosa me hace daño… ¡Mira que tienes gracia! ¡Vamos a ver! Me pongo en tu lugar. Ahora soy yo, Mongougeot, el que razona… Y yo, Emile Mongougeot, detective privado, me digo: como el patrón no ha podido salir de la bodega, señal de que tampoco el prisionero pudo salir. O sea que cuando, esta noche, el patrón abrió la puerta, forzosamente tenía que estar aún allí el prisionero. Y si el patrón no lo vio, señal de que el prisionero se había vuelto invisible… Ahora bien, ¿cómo puede volverse invisible un hombre?… Y como eres una persona instruida, como has leído a Platón y a Cicerón… *La República* y el *De Officiis*… te has acordado de la historia del pastor Giges… ¡A la fuerza!… Aquel pastor y su anillo mágico que le volvía invisible a voluntad… Felicidades, Emile… O sea que has llegado a la conclusión de que el húngaro poseía el anillo de Giges… Y a partir de ahí, todo está claro… Déjame hablar… deja que acabe de desarrollar tus ideas… Te ha parecido evidente que nuestro hombre invisible no podía tener las cartas encima, sino yo las hubiera visto pasar por delante de mis narices, imagínate, las cartas flotando en el aire.

—En fin, patrón…

—¡Ah! Qué listo eres, Emile… Tu razonamiento es digno de mi amigo Sherlock Holmes… Como el húngaro no llevaba las cartas encima, significa que no tuvo tiempo de cogerlas del dormitorio de Simone… Allí estaban aún cuando descubrimos a la pobre niña asesinada… Y después, cuando se marchó el archiduque, cuando todos salimos del castillo, regresó el hombre invisible, entró en la habitación de Simone. Esta vez, se apoderó de las cartas y fue a ocultarlas en el cuarto secreto con el propósito de recuperarlas más tarde… Es tan sencillo, pero no se me hubiera ocurrido si no me hubieses puesto sobre la pista…

Mongougeot se llevó las manos a la cabeza mientras sus ojos echaban chispas.

—¡Basta! Se está burlando de mí, patrón… Tanto pastor y tanto anillo…

—¿Cómo? ¿Que me estoy burlando de ti? ¡Ahora vas a ver!

Ya regresaba Cécile. Tendió a Sernín un fajo de cartas sujetas por una goma. Sernín las cogió y las enseñó a Mongougeot.

—¿Qué?… ¿Convencido?

Mongougeot enrojeció. Abrió y cerró la boca, después dio media vuelta y salió dando un portazo.

Hubo un momento de silencio.

—Siéntese, Cécile —dijo Sernín—. Seguramente tendrá muchas cosas que contarme.

La condesa se mantenía erguida en su silla; su rostro bello e inmóvil había adquirido la palidez de una estatua.

—Lo comprendí todo en la bodega —prosiguió Sernín— cuando tuve la certeza de que el hombre no había podido fugarse por sus propios medios. *Alguien le había abierto la puerta*. ¿Quién?

—Yo —dijo Cécile, con voz de reto.

—¡Sí, Cécile, usted!… ¿Y por qué?… Para que yo no lo interrogara. Pues si lo hubiera interrogado, me hubiera dicho… me hubiera demostrado que él no había matado a Simone, que ni siquiera había subido a la habitación… En cambio, si desaparecía, si se fugaba, quedaba frenada mi investigación. A mis ojos, a ojos de todos, él seguía siendo el asesino. Para qué buscar más lejos… Por desgracia, siempre busco más lejos.

Sernín separó una carta del fajo, la sostuvo por una esquina y le prendió fuego con su encendedor; luego, miró cómo ardía.

—Su pobre amor —dijo—, ya sólo queda un poco de ceniza y humo… Sobre todo, no se vaya a creer que la estoy juzgando, Cécile. No tengo derecho a hacerlo. ¿Quién soy yo? Alguien que pasaba y que reaccionó al verla desamparada.

—¡Puedo prescindir de su piedad!

—De acuerdo. Me gustan las mujeres orgullosas. La dejaré sola en este castillo poblado de fantasmas… Pero, antes de irme, quiero saber la verdad, toda la verdad… Ya la conozco, en realidad. O mejor dicho, la adivino.

Cogió otra carta y le prendió fuego.

—Cuando, ayer noche, dejé aquí a su hermana y al archiduque, cómo se me iba a ocurrir que usted se despertara, que bajara y los viera abrazándose, que sorprendiera sus proyectos de huida… ¡Cécile! Sé muy bien lo que sintió… Aquel amor, que tanto la había torturado, renacía de nuevo… Todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, todo debía empezar otra vez. Es así, ¿no es cierto?

Cécile, sin perder un ápice de su impasibilidad, seguía mirando fijamente a Sernín, que se dedicaba a quemar otra carta. Los destellos de la llama bailaban en sus pupilas.

—El disparo de hace dos años, fue usted, ¿no? —murmuró.

—Sí.

—Estaba seguro. Estaba enamorada de Miguel y Miguel no le hacía ningún caso. Por un momento, creyó usted que la boda con Marika lo alejaría para siempre; y después comprendió, por el tono de las cartas, que él nunca renunciaría a Simone. Entonces perdió usted la cabeza; disparó…

—No perdí la cabeza —dijo Cécile.

—Le pido perdón. No cometeré el agravio de excusarla… De modo que fue a la habitación de su hermana, la encontró dormida y la ejecutó, dejando el revólver a su lado… Así concluía esa pasión, que para usted suponía un insulto… Pero se dejó llevar por la emoción… Tiene un corazón feroz; su mano, en cambio, no es inexorable… Creyó muerta a Simone y sólo acertó a herirla…

Calló, mientras quemaba dos cartas más.

—Qué trance más horrible tuvo que soportar, Cécile. ¡Una hermana amnésica, menos mal, pero demente!… ¡Cada día debía usted presenciar la imagen repetida de su gesto! La debilidad de su víctima le creaba unos lazos de dependencia… ¡Oh!, ¡qué castigo ha sufrido! ¡Y con cuánta abnegación!… A costa de mil sacrificios, intentó devolverle la vida que había querido quitarle.

—Cállese —susurró Cécile.

—Pero —dijo Sernín— si hablo, es para ayudarla… Hay que chupar las heridas venenosas… Se entregó por entero al servicio de su hermana, pues es usted muy íntegra en todas sus decisiones… Y luego intervinieron esos húngaros… Aquella noche, cuando la conocí por primera vez, iba usted al Châtelet para ver al archiduque, ¿no es cierto?… Y después… y después vinimos a encerrarla aquí… Simone recuperaba casi una vida normal… Cada día, aumentaba de nuevo la antigua rivalidad. Y, para colmo, estaban los húngaros quienes, a su modo, imponían una continua evocación del pasado. Los celos, el asco, el cansancio resultaban ya insoportables… Cuando descubrió que Miguel estaba aquí y que Simone, metamorfoseada por el amor, estaba a punto de irse con el hombre que tanto deseara usted en exclusiva, no pudo contenerse más… Ellos no se dieron cuenta de su presencia… Se fue usted de puntillas; se armó de un cuchillo…

Se retorcieron otras dos cartas y cayeron en fragmentos negruzcos sobre el mármol de la chimenea.

—¿Hace falta que explique lo demás? —dijo Sernín al fin.

—Explíquelo. No me da miedo.

—Pues bien, subió a la habitación de Simone, la esperó, la mató… A continuación, se apoderó de las cartas que ella, en efecto, se había traído del escondrijo, pero tuvo el cuidado de dejar una caída en el suelo… y abrió la ventana. Todos creeríamos que el asesino procedía del parque y que, en su huida, había perdido una carta… La puesta en escena resultaba perfecta. Luego baja, le dice al archiduque que se acaba de enterar por su hermana de que ha llegado… Yo aparezco a mi vez… Logro convencer al archiduque de que se marche solo y le pido a usted que suba a buscar las cartas. Entonces, «descubre» usted el crimen. Por una coincidencia providencial, su grito pone en fuga al hombre que esperábamos, y que ya se disponía a introducirse en el castillo… Las apariencias jugaban en favor suyo, Cécile… La habrían salvado si yo no llego a estar aquí… Pero siempre estoy cuando no conviene.

Terminó de quemar las cartas, se limpió los dedos con el pañuelo.

—Me he enfrentado a jugadores muy buenos —concluyó—. Pero de su clase, jamás… ¡Y pensar que no se turbó usted, hace un rato, cuando le dije, al oído, que sabía que era usted quien tenía las cartas y cuando le rogué que me las trajera!… Mongougeot no se percató de nada.

—Siempre supe que estaba perdida —dijo Cécile—. Y se lo puedo demostrar.

Fue hasta un escritorio y tendió a Sernín una carta doblada en cuatro.

—¡Lea!

De inmediato, el membrete atrajo las miradas de Sernín. *Convento de las Damas Agustinas de Saint-Rambert*.

—¡Lea!

En respuesta a su carta, tan conmovedora, me apresuro a decirle con qué gozo la acogeremos, mis hijas y yo, en nuestra comunidad. Venga cuando guste. En nuestra casa encontrará el reposo y la paz.

Su hermana en J. C.

MARIE ANGÈLE, MADRE SUPERIORA.

—Ya ve —murmuró Cécile—, qué fácil es conservar la calma cuando una está muerta. Si usted no se hubiera anticipado, yo misma le hubiera contado la verdad.

—Sor Cécile —dijo Sernín—… hasta el final.

—Hasta el perdón… quizá.

Mongougeot conducía, sin decir palabra.

—Pareces una vieja foca neurasténica —dijo Sernín.

—Será que no estoy de humor.

—¿Y por qué no estás de humor?

—Porque siempre se burla usted de mí, patrón.

—¿Yo?

—Sí, usted. Ese cuento de anillos mágicos y pastores y no sé qué encima… Tampoco hay que tomarme por un majadero, que yo también me exprimo la mollera. No soy Arsène Lupin, pero al menos sé que dos y dos son cuatro… ¡La culpable es ella!

—¿Y qué pinta aquí Arsène Lupin?

—¿Me lo pregunta usted, patrón?

Mongougeot miró al príncipe con su faz bigotuda y simpática, iluminada por una sonrisa de amistad.

—¡Eh! —exclamó Sernín—. Mira por dónde vas, que Arsène Lupin ya tiene un hombro hecho trizas. ¡O sea que cuídalo!

